FLAMMARION

LO
DESCONOCID

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

600

1891

UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA
ESTE
TABA
13145

LO DESCONOCIDO

Y LOS

PROBLEMAS PSÍQUICOS

R. 14. 387

CAMILO FLAMMARIÓN

LO DESCONOCIDO

Y LOS

PROBLEMAS PSÍQUICOS

Traducción de F. SARMIENTO

MANIFESTACIONES DE LOS MORIBUNDOS.
APARICIONES. TELEPATÍA.
COMUNICACIONES PSÍQUICAS. SUGESTIÓN MENTAL.
VISTA Á DISTANCIA.



BIBLIOTECA PROVINCIAL
MURCIA

LIBRERIA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1901

Propiedad del Editor.

2182

INTRODUCCIÓN

Las aspiraciones universales y constantes de la humanidad que piensa, el recuerdo y el respeto de los muertos, la idea innata de una justicia inmanente, el sentimiento de nuestra conciencia y de nuestras facultades intelectuales, la miserable incoherencia de los destinos terrestres comparada con el orden matemático que rige al universo, el inmenso vértigo de infinito y de eternidad suspendido en las alturas de una noche estrellada, la identidad permanente de nuestro *yo* en el fondo de todos nuestros conceptos á pesar de las variaciones y de las transformaciones de la substancia cerebral, todo concurre á establecer en nosotros la convicción de la existencia del alma como entidad individual, de su supervivencia á la destrucción de nuestro organismo corporal y de su inmortalidad.

La demostración científica, sin embargo, no está todavía hecha y los fisiólogos enseñan, por el contrario, que el pensamiento es una función del cerebro, que sin éste no hay pensamiento y que todo muere con nosotros. Hay contradicción entre las aspiraciones ideales de la humanidad y lo que se llama la ciencia positiva.

Por otra parte, no se sabe ni se puede afirmar más que lo que se ha aprendido. Sólo la ciencia progresa en la historia actual de la humanidad. La ciencia ha transformado el mundo, aunque sea raro que se le haga la justicia y se le rinda el agradecimiento que le son debidos. Por ella vivimos intelectualmente y hasta mate-

rialmente hoy en día. Ella sola puede esclarecernos y conducirnos.

Esta obra es un ensayo de análisis científico de asuntos considerados en general como extraños á la ciencia y hasta como inciertos, fabulosos y más ó menos imaginarios.

Voy á demostrar que esos hechos existen.

Voy á tratar de aplicar los métodos de las ciencias de observación al análisis de unos fenómenos relegados generalmente al dominio de los cuentos, de lo maravilloso y de lo sobrenatural, y á establecer que son producidos por fuerzas todavía desconocidas y pertenecientes á un mundo invisible, natural y diferente del que perciben nuestros sentidos.

¿Esta tentativa es racional? ¿Es lógica? ¿Puede conducir á algún resultado? Lo ignoro. Pero es interesante y si nos pone en camino de conocer la naturaleza del alma humana y de demostrar científicamente su supervivencia, hará realizar á la humanidad un progreso superior á todos los que ha producido hasta hoy la evolución gradual de todas las demás ciencias reunidas.

La razón humana no puede admitir como cierto sino lo que está demostrado, pero, por otra parte, no tenemos derecho de negar nada de antemano, porque el testimonio de nuestros sentidos es incompleto y engañoso.

Debemos abordar todo asunto de estudio sin ninguna idea preconcebida y estar dispuestos á admitir lo que se nos pruebe, pero no lo que no esté probado. En general, en estos asuntos relacionados con la telepatía, las apariciones, la vista á distancia, la sugestión mental,

los sueños premonitorios, el magnetismo, las manifestaciones psíquicas, el hipnotismo, el espiritismo y ciertas creencias religiosas, es inaudito el ver cuán poca crítica esclarecida se ha dedicado á las cosas en discusión y qué incoherente conjunto de tonterías se ha acogido como verdades. ¿Pero es aplicable á todas estas investigaciones el método de observación científica? Esto es lo que debemos apreciar desde luego por las mismas investigaciones.

En principio, no debemos creer nada sin pruebas.

No hay más que dos métodos en este mundo: el de la antigua escolástica, que afirmaba ciertas verdades *a priori*, á las que los hechos estaban obligados á conformarse, y el de la ciencia moderna desde Bacón, que parte de la observación de los hechos y no construye la teoría hasta después de haberlos hecho constar. Inútil añadir que el segundo de estos métodos es aquí el único aplicable.

El objeto de esta obra es esencialmente científico. Por principio dejaré á un lado las cosas que no me parezca que han sido certificadas por la observación ó por la experiencia.

Muchos dicen: « ¿Para qué buscar? No encontraréis nada. Son secretos que Dios se reserva. » Siempre ha habido personas que han preferido la ignorancia al saber. Con ese modo de razonar y de obrar, jamás se hubiera sabido nada y más de una vez ha sido aplicado también á las investigaciones astronómicas. Es el razonamiento de los que no tienen costumbre de pensar personalmente y confían á pretendidos directores el cuidado de tener sus conciencias en andadores.

Otros objetan que esos capítulos de las ciencias ocultas hacen retroceder nuestros conocimientos hasta la edad media, en vez de adelantarlos hacia el porvenir luminoso del progreso moderno. Pues bien, el estudio razonado de estos hechos no puede conducirnos á los tiempos de las brujerías, como el de los fenómenos astronómicos no nos lleva al tiempo de la astrología.

Al empezar esta obra, acabo de ver el prefacio del libro del conde Agenor de Gasparín sobre *Las mesas giratorias* y de leer en él lo que sigue:

« Hay una palabra, una palabra dura, que pide ser esclarecida: « el asunto de mi trabajo no es serio. » En otros términos, no queremos saber si tiene usted ó no razón; nos basta observar que la verdad que usted pretende defender no está en el número de las verdades patentadas y autorizadas, de las verdades en que se puede uno ocupar sin comprometerse, de las verdades confesables, de las *verdades serias*. ¡Existen verdades ridículas! ¡Peor para ellas! Llegará acaso su turno y entonces las personas que se respetan se dignarán tomarlas bajo su protección, pero entretanto, mientras haya individuos que frunzan el ceño, mientras haya ciertos salones que se burlen, será de mal gusto afrontar el anatema de la opinión impuesta. No nos hable usted de la verdad. Se trata de las conveniencias, del buen tono, de permanecer en el surco por el que marchan en fila los hombres *serios*. »

Estas palabras, escritas hace cerca de medio siglo, son aún verdaderas. Nuestra pobre especie humana, tan ignorante de todo y cuyas horas pasan, en general,

tan estúpidamente, comprende en sus filas algunos individuos que se admiran seriamente á sí mismos y juzgan á los hombres y á las cosas. Cuando se estudia una cuestión cualquiera, el solo partido que hay que tomar es el de no preocuparse de esos individuos ni de su opinión pública ó privada é ir en derechura á la investigación de la verdad. Las tres cuartas partes de la humanidad están compuestas de seres todavía incapaces de comprender esa investigación y que viven sin pensar por ellos mismos. Dejémosles con sus juicios superficiales y desprovistos de valor real.

Hace mucho tiempo que me ocupo de estas cuestiones en las horas libres de mis trabajos astronómicos. Tengo á la vista mi antigua tarjeta de « miembro libre de la Sociedad parisiense de estudios espiritistas », firmada por Allan Kardec. Está fechada el 15 de noviembre de 1861. (Tenía yo entonces diez y nueve años y hacía tres que era alumno-astrónomo en el Observatorio de París.) Desde hace más de un tercio de siglo estoy al corriente de los fenómenos observados por todo el globo y he examinado la mayor parte de los « *mediums* ». Siempre me ha parecido que esos fenómenos merecían ser estudiados con un espíritu de libre examen y he creído en muchas circunstancias que debía insistir sobre ese punto. Á causa, sin duda, de esa larga experiencia mía, se ha insistido tanto en reclamarme la redacción de esta obra.

Acaso también la práctica habitual de los métodos experimentales y de las ciencias de observación asegura una censura más digna de confianza que las vagas aproximaciones con que se contenta la vida ordinaria.

Pero yo dudaba, sin embargo. ¿Ha llegado verdaderamente el tiempo oportuno? ¿Se está suficientemente preparado? ¿El fruto está maduro?

Se puede, con todo, empezar. Los siglos desarrollarán el germen.

Este es, pues, un libro de *estudios*, concebido y hecho con el único fin de conocer la realidad sin preocuparse de las ideas generalmente admitidas hasta ahora y con la independencia de espíritu más completa y el olvido más absoluto de la opinión pública.

Hay que reconocer, por otra parte, que si este trabajo es interesante desde el punto de vista de la investigación de verdades desconocidas, es muy ingrato considerado ante la opinión. Casi todo el mundo desaprueba á los que le consagran algún tiempo. Los hombres de ciencia piensan que no es un asunto científico y que siempre es lamentable que se pierda el tiempo. Las personas, por el contrario, que creen ciegamente en las comunicaciones espiritistas, en los ensueños, en los presentimientos y en las apariciones, encuentran inútil que se lleve á estos asuntos un espíritu crítico de análisis y de examen. No se nos oculta tampoco que el asunto resulta impreciso y obscuro y que nos costará gran trabajo iluminarle con una verdadera luz. Pero si este trabajo no sirviera más que para aportar una piedrecilla al edificio de los conocimientos humanos, estaría muy contento de haberlo emprendido.

Parece que lo más difícil para el hombre es permanecer absolutamente independiente de toda ambición personal, decir lo que piensa y lo que sabe, sin cuidarse para nada de la opinión que se pueda formar de él y

desinteresándose de todo. El practicar la noble divisa de Juan Jacobo no produce más que enemigos, porque la humanidad es ante todo una raza egoísta, grosera, ignorante, cobarde é hipócrita. Los seres que viven para la inteligencia y para el corazón son excepcionales.

Y lo que hay acaso más curioso es que la libre investigación de la verdad es desagradable á todo el mundo, pues cada cual tiene sus pequeños prejuicios de los que no quiere desprenderse.

Si digo, por ejemplo, que la inmortalidad del alma, que ya enseña la filosofía, será pronto probada experimentalmente por las ciencias físicas, más de un escéptico sonreirá ante mi afirmación.

Si digo, por el contrario, que el espiritista que llama á su velador á Sócrates ó á Newton, á Arquímedes ó á San Agustín, y que cree conversar con ellos, está engañado por una ilusión, todo un partido me arrojará piedras y anatemas.

Pero, una vez más, no nos preocupemos de esas diversas opiniones.

¿Á qué conducen esos estudios sobre los problemas psíquicos? se puede preguntar.

Á demostrar que el alma existe y que las esperanzas de inmortalidad no son quimeras.

El materialismo es una hipótesis que no se puede sostener desde que conocemos mejor « la materia ». Ésta no ofrece ya el sólido punto de apoyo que se creía. Los cuerpos están compuestos de miriadas de átomos movibles é invisibles que no se tocan y están en movimiento perpetuo los unos al rededor de los otros. Estos átomos infinitamente pequeños están ahora considerados,

ellos mismos, como centros de fuerza. ¿Dónde está, pues, la materia? La materia desaparece bajo el dinamismo.

Una ley intelectual rige al universo, en cuya organización nuestro planeta no es más que un humilde órgano: la ley del Progreso. En mi obra *El Mundo antes de la creación del hombre* he demostrado que el transformismo de Lamarck y de Darwin no es más que una observación de hechos y no una causa (el producto no puede nunca ser superior á la causa generadora), y en mi libro *El fin del Mundo* he probado que nada puede acabar, puesto que todo existe aún de la eternidad pasada.

El estudio del universo nos hace entrever la existencia de un plan y de un fin que no tienen por objeto especial al habitante de nuestro planeta y que son, por otra parte, incognoscibles para nuestra pequeñez.

La ley del Progreso que rige la vida, la organización física de la vida misma, la atracción de los sexos, la previsión inconsciente de las plantas, de los insectos, de los pájaros, etc., para asegurar su progenitura, y el examen de los principales hechos de la historia natural, establecen, como ha dicho OErsted, que existe « el espíritu en la naturaleza. »

Los actos de la vida habitual no nos muestran el pensamiento más que en el cerebro del hombre y de los animales. De aquí han deducido los fisiólogos que el pensamiento es una propiedad, un producto del cerebro.

Nada, sin embargo, nos autoriza á admitir que la esfera de nuestras observaciones es universal y comprende todas las posibilidades de la naturaleza en todos los mundos.

Nadie tiene derecho de afirmar que el pensamiento no puede existir sin cerebro.

Si uno cualquiera de los microbios que habitan por millones en nuestro cuerpo tratase de generalizar sus impresiones, ¿podría sospechar, navegando en nuestra sangre, devorando nuestros músculos, agujereando nuestros huesos y viajando por los diversos órganos de nuestro cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, que este cuerpo, como el suyo, está regido por una unidad orgánica?

En el mismo caso nos encontramos sensiblemente con relación al universo astral.

El sol, corazón gigantesco de su sistema, fuente de la vida, despide sus rayos en el foco de las órbitas planetarias y gravita él mismo en un organismo sideral más vasto todavía. No tenemos derecho para negar que en el espacio rija un pensamiento que dirige esas acciones como nosotros dirigimos los movimientos de nuestros brazos ó de nuestras piernas. La potencia instintiva que rige á los seres vivientes, las fuerzas que conservan el latido de nuestros corazones, la circulación de nuestra sangre, la respiración de nuestros pulmones, el funcionamiento de nuestros órganos, ¿no corresponde á otros que en el universo material rigen unas condiciones de existencia más importantes que las de un ser humano, puesto que si el sol, por ejemplo, se apagase ó si se dislocase el movimiento de la tierra, no es sólo un ser humano el que moriría, sino la población entera del globo, sin hablar de otros planetas?

Existe en el cosmos un elemento dinámico invisible é imponderable, repartido en el universo, indepen-

diente de la materia visible y ponderable y que obra sobre ella; y en ese elemento dinámico hay una inteligencia superior á la nuestra.

Sí, pensamos, sin duda, con el cerebro, como vemos con los ojos, como oímos con los oídos, pero no es el cerebro el que piensa, así como no son los ojos los que ven. ¿Qué se diría de una persona que felicitase á un anteojo porque veía bien los canales de Marte? El ojo es un órgano y el cerebro es otro.

Los problemas psíquicos no son tan extraños como se supone á los problemas astronómicos. Si el alma es inmortal, si el cielo es su futura patria, el conocimiento del alma no puede ser ajeno al conocimiento del cielo. ¿El espacio infinito no es el dominio de la eternidad? ¿Qué tiene de sorprendente que los astrónomos hayan sido pensadores, investigadores, ávidos de conocer la naturaleza real del hombre y de la creación? No acusemos, pues, á Schiaparelli, director del Observatorio de Milán y observador asiduo del planeta Marte, ni al profesor Zœllner, del Observatorio de Leipsig y autor de importantes investigaciones sobre los planetas, ni á Crookes, que fué astrónomo antes de ser químico, ni al astrónomo y físico Huggins, ni á otros sabios, como Richet, Wallace, Lombroso, etc., por haber tratado de saber lo que hay de verdad en esas manifestaciones. La verdad es una y en la naturaleza todo se corresponde.

Me atrevo á añadir que no tendría gran interés para nosotros el estudio del universo sideral si estuviésemos ciertos de que había de ser siempre extraño á nosotros y de que jamás habríamos de conocerle personalmente. La inmortalidad en los astros me parece el comple-

mento lógico de la astronomía. ¿En qué puede interesarnos el cielo si no vivimos más que un día en la tierra?

Las ciencias psíquicas están muy retrasadas respecto de las físicas. La astronomía ha tenido un Newton, la biología está todavía en Copérnico y la psicología en Hiparco y Ptolomeo. Todo lo que podemos hacer actualmente es recoger observaciones, coordinarlas y ayudar á los comienzos de la nueva ciencia.

Se presiente, se prevé que la religión del porvenir será científica y fundada en el conocimiento de los hechos psíquicos. Esa religión de la ciencia tendrá sobre todas las anteriores una ventaja considerable : *la unidad*. Hoy un judío ó un protestante no admiten el culto de la Virgen y de los santos, un musulmán odia á los « perros cristianos », un budista repudia los dogmas de occidente. Ninguna de esas divisiones podría existir en una religión fundada en la solución científica general de los problemas psíquicos.

Pero aquí estamos lejos de llegar á las cuestiones de teorías y de dogmas. Lo que importa ante todo es saber si en efecto los fenómenos de que se trata existen, y evitarse la pérdida de tiempo y el ridículo de buscar la causa de lo que no existe. Hagamos constar ante todo los hechos; las teorías vendrán después. Esta obra estará compuesta sobre todo de observaciones, de ejemplos, de testimonios y de la menor cantidad posible de frases. Se trata de acumular las pruebas de manera que resulte de ellas la certidumbre. Intentaremos una clasificación metódica de los fenómenos, agrupando juntos los que presentan entre sí más analogía y tratando en

seguida de explicarlos. Este libro no es una novela, sino una recopilación de documentos, una tesis de estudio científico. He querido seguir en él esta máxima del astrónomo Laplace : « Estamos tan lejos de conocer todos los agentes de la naturaleza, escribía, precisamente á propósito del magnetismo humano, que no sería filosófico negar los fenómenos únicamente porque son inexplicables en el estado actual de nuestros conocimientos. Solamente, debemos examinarlos con una atención escrupulosa y determinar hasta qué punto hay que multiplicar las observaciones y los experimentos para obtener una probabilidad superior á las razones que se pueden tener para no admitirlos. »

Hemos dicho nuestro programa. Los que quieran seguirnos verán que si este trabajo tiene algún mérito es el de la sinceridad. Queremos saber si se puede afirmar que los fenómenos misteriosos de que la humanidad parece haber sido testigo desde la más remota antigüedad existen realmente, y no tenemos otro fin que la investigación de la verdad.

París, Marzo de 1900.

LO DESCONOCIDO

I

Los incrédulos.

> Creer todo descubierto es un error profundo
> Tomar el horizonte por límite del mundo.
>
> Lemierre.

Hay muchos hombres que padecen una verdadera miopia intelectual y que, según la exacta imagen de Lemierre, toman su horizonte por los límites del mundo. Los hechos ó las ideas nuevas les ofuscan y les horrorizan. No quieren ver cambiar nada en la marcha acostumbrada de las cosas. La historia del progreso de los conocimientos humanos es para ellos letra muerta.

La audacia de los investigadores, de los inventores, de los revolucionarios les parece criminal. Á sus ojos la humanidad ha sido siempre lo que es hoy y no se acuerdan de la edad de piedra, ni de la invención del fuego, ni de las casas, de los coches y de los ferrocarriles, ni de las conquistas de la razón, ni de los descubrimientos de la ciencia. Se encuentran en ellos todavía ciertas reliquias de la herencia de los peces y hasta de los moluscos. Cómodamente sentados en sus anchos sillones, esos excelentes ciudadanos están imperturbablemente satisfechos y son del todo incapsces de admitir lo que no comprenden, sin sospechar que no comprenden absolutamente nada. No saben que en el fondo de la

explicación de todos los fenómenos de la naturaleza está lo desconocido y se conforman con un cambio de palabras. ¿Por qué caen las piedras? « Porque la Tierra atrae ». Esta clara respuesta satisface su ambición. Creen comprender. Como en los tiempos de Molière, les seduce una fraseología clásica : « Ossabandus nequeis, nequer, potarinum quipsa milus... he aquí precisamente la causa de que vuestra hija sea muda », decía Sganarello.

En todos los siglos y en todos los grados de civilización se encuentran esos hombres sencillos, tranquilos, no desprovistos, sin embargo, de vanidad, que niegan cándidamente las cosas inexploradas y pretenden juzgar la insondable organización del universo, como si dos hormigas hablasen en un jardín de la historia de Francia ó de la distancia del sol.

Recorramos la historia para edificarnos con algunos ejemplos.

La escuela de Pitágoras, libre de las ideas comunes sobre la naturaleza, se había elevado á la noción del movimiento diario de nuestro planeta, que evita al cielo inmenso y sin límites la obligación absurda de dar la vuelta en veinticuatro horas al rededor de un punto insignificante. Se comprende que el sufragio universal se subleve contra esa idea genial : no se puede pedir á un elefante que remonte el vuelo hasta el nido de las águilas. Pero la fuerza de los prejuicios vulgares es tan grande, que hasta á las inteligencias superiores les fué imposible elevarse á aquella concepción, como les sucedió al mismo Platón y á Arquímedes, dos brillantes espíritus, y á los mismos astrónomos Hiparco y Ptolomeo. Éste no pudo menos de reir á carcajadas de semejante cuento de viejas, y calificó la teoría del movi-

miento de la tierra de « completamente ridícula » πανυ γελοιότατον. La expresión es enteramente pintoresca. ¡ Parece que se ve el vientre de un buen canónigo agitarse á impulsos de la risa ante una broma de tal calibre, *panu gueloiotaton*. ¡ Dioses ! ¡ Cosa más chusca ! ¡ La Tierra dando vueltas ! Los pitagóricos están chiflados ; lo que da vueltas es su cabeza.

Sócrates bebe la cicuta por haberse libertado de las supersticiones de su tiempo. Anaxágoras es perseguido por haberse atrevido á enseñar que el sol era más grande que el Peloponeso. Dos mil años después se persigue también á Galileo por afirmar la grandeza del sistema del universo y la insignificancia de nuestro planeta. La investigación de la verdad no avanza sino á pasos lentos, pero las pasiones humanas y los ciegos y dominantes intereses son siempre los mismos.

Y las dudas siguen todavía á pesar de las pruebas acumuladas por toda la astronomía moderna. En todas las bibliotecas existe una obra publicada en 1806 expresamente contra el movimiento de la tierra y en la que el autor declara que jamás admitirá que él está dando vueltas como un pollo en el asador. Ese valiente pollo era un hombre de mucho talento (lo que no excluye la ignorancia), miembro del Instituto, llamado Mercier, más conocido por su *Cuadro de París*, y á quien se debía suponer un juicio más extenso y más seguro.

Yo asistí un día á una sesión de la Academia de ciencias en la que el físico Du Moncel presentó el fonógrafo de Edison á la docta asamblea. Una vez hecha la presentación, el aparato se puso á recitar dócilmente la frase registrada en su película. Entonces se vió á un académico de edad madura, muy penetrado y hasta saturado de las tradiciones de la cultura clásica, suble-

varse noblemente contra la audacia del innovador, precipitarse contra el representante de Edison y cogerle por el cuello gritando: « ¡ Miserable ! ¡ No nos dejaremos engañar por un ventrílocuo ! » Aquel miembro del Instituto se llamaba M. Bouillaud. Era el 11 de Marzo de 1878. Y lo más curioso del caso es que seis meses después, el 30 de Septiembre, en una sesión análoga, tuvo el aplomo de declarar que, después de un maduro examen, no había en todo aquello, para él, más que la ventriloquia y que « no se podía admitir que un vil metal reemplazase al noble aparato de la fonación humana. » El fonógrafo no era para él más que una *ilusión de acústica*.

Cuando Lavoisier hizo el análisis del aire y descubrió que está compuesto principalmente de dos gases, el oxígeno y el nitrógeno, este descubrimiento turbó á más de un espíritu sentado y positivo. Un miembro de la Academia de Ciencias, el químico Baumé (el inventor del areómetro), creyendo con firmeza en los cuatro elementos de la ciencia antigua, escribía en tono doctoral: « Los elementos ó principios de los cuerpos han sido reconocidos y confirmados por los físicos de todos los siglos y de todas las naciones. No se puede presumir que esos elementos, mirados como tales desde hace dos mil años, sean incluídos en nuestros días en el número de las substancias compuestas y que se puedan dar como ciertos unos procedimientos para descomponer el agua y el aire y unos *razonamientos absurdos*, *por no decir otra cosa*, para negar la existencia del fuego y de la tierra. Las propiedades reconocidas á los elementos proceden de todos los conocimientos físicos y químicos adquiridos hasta el presente; esas propiedades han servido de base á una infinidad de descubrimientos y de

teorías más luminosas las unas que las otras y á las cuales habría que quitar todo crédito si *el fuego*, *el aire*, *el agua y la tierra no fuesen ya elementos*. »

Todo el mundo sabe hoy que esos cuatro elementos, tan religiosamente defendidos, no existen y que los químicos modernos tenían razón al descomponer el aire y el agua. En cuanto al fuego ó flogística que, según Baumé y sus contemporáneos, era el *deus ex machina* de la naturaleza y de la vida, jamás ha existido más que en la imaginación de los profesores.

El mismo Lavoisier, aquel gran químico, no está libre de la misma acusación contra los que lo creen todo descubierto, porque escribió un docto informe á la Academia para demostrar *que no podían caer piedras del cielo*. Y, sin embargo, la caída de aerolitos, á propósito de la cual se hizo aquel informe, había sido perfectamente observada en todos sus detalles; se había visto y oído estallar al bólido, se había visto caer el aerolito, se le había recogido aún ardiendo, se le había en seguida sometido al examen de la Academia, y la Academia declaró, por medio de su ponente, que la cosa era increíble é inverosímil. Hagamos observar que hacía millares de años caían piedras del cielo ante centenares de testigos, que se las había recogido en gran número y que muchas se conservaban en las iglesias, en los museos y en las colecciones. Pero faltaba todavía al acabar el siglo XVIII un hombre independiente para afirmarlo. Ese hombre llegó y fué Chladni.

Entiéndase bien que no arrojo la piedra á Lavoisier ni á nadie, sino á la tiranía de los prejuicios. No se creía, no se quería creer que las piedras pudiesen caer del cielo, como cosa contraria al sentido común. Gasendi, por ejemplo, era uno de los espíritus más indepen-

dientes y más instruídos del siglo XVII. En 1627 cayó en Provenza un aerolito que pesaba 30 kilogramos, en un claro día de sol. Gasendi le vió, le tocó, le examinó y lo atribuyó á una erupción terrestre desconocida.

Los profesores peripatéticos del tiempo de Galileo afirmaban doctoralmente que el sol *no podía* tener manchas.

El espectro del Brocken, la fata Morgana, el espejismo, han sido negados por gran número de personas sensatas mientras no han sido explicados.

La historia de los progresos de la ciencia nos prueba á cada instante que las observaciones sencillas y casi vulgares pueden producir grandes y fecundos resultados. En el dominio del estudio científico no se debe desdeñar nada. ¡ Qué maravillosa transformación de la vida moderna ha producido la electricidad ! Telégrafo, teléfono, luz eléctrica, motores ligeros y rápidos, etc. Sin la electricidad, las naciones, las ciudades, las costumbres, serían diferentes. Sin ella, por ejemplo, la locomoción por el vapor no se hubiera desarrollado, pues si las estaciones no pudieran comunicar instantáneamente entre sí, los trenes no circularían con seguridad por las vías. Ahora bien, la cuna de esta hada admirable está velada humildemente en los primeros albores, apenas sensibles, de la aurora naciente.

Todo el mundo recuerda el caldo de ranas de la mujer de Galvani, en 1791. Galvani se había casado con la hija de su antiguo profesor, Lucía Galeozzi, y la amaba tiernamente. La de Galvani cayó gravemente enferma del pecho en Bolonia ; el médico ordenó un caldo de ranas, plato en efecto excelente, y Galvani quiso prepararlo él mismo.

Sentado en el balcón, se dice, despellejó cierto número de esos animalillos y suspendió los miembros inferiores, separados del tronco, á los hierros del balcón por medio de unos ganchos de cobre que le servían para sus experimentos. De pronto vió con un asombro, justificado por la extrañeza del fenómeno, que los miembros de las ranas se agitaban convulsivamente siempre que tocaban al hierro del balcón. Galvani, que era profesor de física en la universidad de Bolonia, estudió el hecho con rara sagacidad y descubrió en seguida las condiciones necesarias para reproducirle. Tomando los miembros inferiores de una rana despellejada se ven unos filetes blancos, que son los nervios lumbares. Si se cogen esos nervios y se les envuelve en una hoja de estaño, poniendo los muslos en flexión en una lámina de cobre, al hacer que se toquen las láminas de estaño y de cobre, los músculos se contraen y las patas despiden con bastante fuerza un ligero obstáculo contra el cual se les haya apoyado. Tal fué el experimento que Galvani realizó por casualidad, al que debió el descubrimiento que lleva su nombre, *el galvanismo*, y que dió origen á la pila de Volta, á la galvanoplastia y á tantas otras aplicaciones de la electricidad.

La observación del físico de Bolonia fué acogida por una inmensa carcajada, á excepción de algunos sabios serios que le prestaron la atención que merecía. El pobre inventor se quedó muy entristecido. « Soy atacado, escribía en 1792, por dos sectas muy opuestas: los sabios y los ignorantes. Unos y otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas. Y sin embargo, sé que he descubierto una de las fuerzas de la naturaleza ».

En la misma época ¿no fué negado en absoluto el

magnetismo humano, en París, por la Academia de ciencias y la Facultad de medicina ? Se esperaba para creer en él — y gracias — á que Julio Cloquet operase un cáncer en un pecho, sin dolor, á una mujer previamente magnetizada.

Lo mismo sucedió con el descubrimiento de la circulación de la sangre. Guy-Patin y la Facultad hicieron objeto á Harvey de todos sus sarcasmos.

He conocido en Turín, en 1873, un descendiente, muy pobre, del marqués de Jouffroy, inventor de los barcos de vapor, en 1776. Se sabe que aquel ingenioso investigador agotó todos sus recursos para demostrar la posibilidad de aplicar el vapor á la navegación. Un barco así movido navegó en el Doubs; otro remontó el Saona en Lión, hasta la isla Barbe. Jouffroy quiso fundar una compañía para la explotación de su invento, pero le hacía falta un privilegio. El Gobierno sometió la cuestión á la Academia de ciencias, la cual, bajo la inspiración de Perier, el autor de la bomba de incendios de Chaillot, respondió con un dictamen desfavorable. Todo el mundo, por otra parte, acribillaba al pobre marqués de burlas por su pretensión de « acordar el agua y el fuego » y se le puso el mote de « Jouffroy la Bomba ». El desgraciado inventor acabó por desanimarse, emigró, después, cuando la revolución y volvió á Francia durante el consulado para observar que Fultón, á su vez, no era más dichoso con el primer cónsul que él lo había sido con el antiguo régimen. Fultón no consiguió tampoco convencer á la Inglaterra, en 1804, y sólo en 1807 su primer barco de vapor fué lanzado victoriosamente en el Hudson, en su misma patria, que acabó por hacerle una justicia un poco tardía.

Á todos los inventores les ha sucedido lo mismo.

Felipe Lebón, que inventó el alumbrado de gas en 1797, murió en París en 1804, asesinado, según se dice, el mismo día de la coronación del emperador, sin haber visto adoptar su idea. ¡Se objetaba sobre todo que una lámpara sin mecha no podría arder! El alumbrado de gas fué aplicado en 1805 por Inglaterra, en Birmingham; en 1813 en Londres; en 1818 en París.

Cuando la creación de los caminos de hierro, hubo ingenieros que domostraron que los trenes no andarían y que las ruedas de las locomotoras girarían en el mismo sitio. En la Cámara de diputados, en 1838, Arago templó el ardor de los partidarios de la nueva invención y habló de la inercia de la materia, de la tenacidad de los metales y de la resistencia del aire. « La velocidad, decía, será muy grande, pero no tanto como se había esperado. No nos fiemos de las palabras. Se habla del aumento del tránsito. En 1836 el importe total del tránsito en Francia ha sido de 2 803 000 francos. Si todos los ferrocarriles estuviesen terminados, esa cifra se reduciría á 1 052 000 francos. El país perdería, pues, 1 751 000 francos, ó sea dos terceras partes del importe total del transporte por carruajes. Desconfiemos de la imaginación, la loca de la casa. Dos barras de hierro paralelas no darán un nuevo aspecto á las landas de Gascuña. » Y todo el discurso siguió en este tono. Se ve que cuando se trata de ideas nuevas las más grandes inteligencias pueden engañarse.

M. Thiers decía : « Admito que los ferrocarriles presentarán *algunas ventajas* para el transporte de viajeros, si su uso se limita á algunas líneas muy cortas que conduzcan á grandes poblaciones, como París. No convienen las grandes líneas. »

Y Proudhon : « Es una opinión vulgar y ridícula el

creer que los caminos de hierro pueden servir para la circulación de las ideas. »

El colegio real de Medicina, de Baviera, declaró que los ferrocarriles harían mucho daño á la salud pública porque un movimiento tan rápido ocasionaría trastornos cerebrales á los viajeros y causaría vértigos á los espectadores, y que se debían construir las vías entre dos empalizadas de la misma altura de los vagones.

Cuando en 1853 se conoció la proposición de tender un cable submarino entre Europa y América, una gran autoridad en física, Babinet, del Instituto, escribió en la *Revue des Deux Mondes* : « No puedo mirar como serias esas ideas ; *la teoría de las corrientes* podría dar *pruebas sin réplica* de la IMPOSIBILIDAD de tal transmisión, aunque no se tengan en cuenta las corrientes que se establecen por sí mismas en un largo alambre eléctrico y que son muy sensibles en el pequeño trayecto de Douvres á Calais. El *único* medio de unir el nuevo mundo con el antiguo es franquear el estrecho de Behring, á menos que se pasase por las islas Feroe, la Islandia, la Groenlandia y el Labrador » (!!!).

El geólogo Elías de Beaumont, secretario perpetuo de la Academia de ciencias, muerto en 1874, no cesó pn toda su vida de negar el hombre fósil sin saber nada eositivo en ese punto. Mi laborioso amigo Emilio Rivière descubrió en 1872 el hombre fósil en una gruta, cerca de Menton y le envió al *Museum* de París, donde todo el mundo puede verle. Apenas si hoy mismo se admite su existencia y M. Rivière no ha sido siquiera condecorado. (Dios sabe, sin embargo, cuántas medianías tienen su condecoración).

La Sociedad real de Inglaterra rehusó en 1841 la

inserción de la memoria más importante del célebre Joule, fundador, con Mayer, de la termodinámica, y Tomás Young, fundador, con Fresnel, de la teoría ondulatoria de la luz, fué ridiculizado por lord Brougham.

¿Y cómo no recordar lo que sucedió cuando la invención del telescopio? Los senadores de los Países Bajos se negaron á conceder una patente, « porqué no se miraba más que con un ojo » y medio siglo después, el eminente astrónomo Hevelius no quiso adaptar lentes á los instrumentos para su catálogo de estrellas porque suponía que alterarían la precisión necesaria para determinar las posiciones.

Estos ejemplos podrían durar hasta el fin del mundo... Bastan para hacernos ver uno de los aspectos del espíritu humano y uno de los caracteres más aprovechables en nuestra investigación de la verdad.

Eugenio Nus ha puesto esta dedicatoria á una de sus obras, *Cosas del otro mundo* :

Á los manes de los sabios
privilegiados, patentados
condecorados y enterrados
que han rechazado
La rotación de la tierra
Los aerolitos
El galvanismo
La circulación de la sangre
La vacuna
La ondulación de la luz
El pararrayos
El daguerreotipo
El vapor
La élice
Los barcos de vapor
Los ferrocarriles
El alumbrado por gas
El magnetismo

Y otras cosas.
Á los vivos ó que nacerán que hacen lo mismo
En el presente
Y lo harán en el porvenir.

Me parecería muy irrespetuoso el imitarle y me guardaré bien de poner la misma dedicatoria al frente de este libro, pero la recuerdo, sin embargo, y la hago imprimir porque no deja de tener valor filosófico. Añadiré, con un historiador de estos fenómenos, que los retrasados en las ciencias, en las artes, en la industria, en la política, en la administración, etc., tienen su utilidad. « Convertidos en postes, marcan las etapas en el camino del progreso. »

Auguste Comte y Littré parece que han trazado á la ciencia su vía « positiva ». No admitir sino lo que se ve, lo que se toca, lo que se oye, lo que cae bajo el testimonio directo de los sentidos, y no tratar de conocer lo incognoscible. Hace medio siglo, esa es la regla de conducta de la ciencia.

Pero es el caso que analizando el testimonio de nuestros sentidos, nos encontramos con que nos engañan completamente. Vemos al sol, la luna y las estrellas dar vueltas al rededor de nosotros : es falso. Vemos salir el sol al horizonte y está todavía debajo. Tocamos cuerpos sólidos y no existen. Oímos sonidos armoniosos y el aire sólo transporta ondulaciones silenciosas en sí mismas. Admiramos los efectos de la luz y de los colores que forman el espléndido espectáculo de la naturaleza y en realidad no existen los colores ni la luz, sino solamente movimientos etéreos obscuros que al herir nuestro nervio óptico nos producen sensaciones luminosas. Nos quemamos un pie y es sólo en el cerebro donde reside la sensación. Hablamos de calor y de frío

y no hay en el universo ni frío ni calor, sino tan sólo movimiento. Así nuestros sentidos nos engañan sobre la realidad, que no es lo mismo que sensación.

Pero esto no es todo. Nuestros pobres cinco sentidos son insuficientes y no nos hacen percibir más que un pequeño número de los movimientos que constituyen la vida del Universo. Para dar una idea de esto repetiré lo que escribí en *Lumen* hace un tercio de siglo : « Desde la última sensación acústica percibida por nuestro oído, debida á 36850 vibraciones por segundo, hasta la primera sensación óptica percibida por nuestros ojos, debida á 400 000 000 000 000 de vibraciones en la misma unidad de tiempo, no podemos percibir nada. Existe, pues, aquí un intervalo enorme con el cual no nos pone en relación ninguno de nuestros sentidos. Si tuviéramos otras cuerdas en nuestra lira, diez, ciento, mil, la armonía de la naturaleza se traduciría más completamente haciéndolas entrar en vibración. » Por una parte, nuestros sentidos nos engañan y por otra su testimonio es incompleto. No tenemos por qué estar tan orgullosos de ellos y adoptar como principio una pretendida filosofía positiva.

Bueno es, sin duda, servirnos de lo que tenemos. La fe religiosa dice á la razón : « Amiga mía, no tienes más que una linterna para encaminarte; apágala y déjate conducir por mí. » No es esta nuestra opinión. No tenemos más que una linterna y ésta bastante mala, pero apagarla sería el colmo de la ceguera. Reconozcamos, por el contrario, en principio, que la razón, ó si se quiere, el razonamiento debe ser siempre y en todo nuestra guía. Fuera de esto no hay nada. Pero no circunscribamos la ciencia en un estrecho círculo. Augusto Comte, fundador de la ciencia moderna y una de las

más grandes inteligencias de nuestro siglo, limita la esfera de la astronomía á lo que se sabía en su tiempo, lo cual es absurdo. « Concebimos, dice, la posibilidad de estudiar la forma de los astros, sus distancias y sus movimientos, mientras que nunca y por ningún medio podremos estudiar su composición química. » Este célebre filósofo murió en 1857 y cinco años después el análisis espectral hacía precisamente conocer la composición química de los astros y clasificaba las estrellas con arreglo á su naturaleza química.

Los astrónomos del siglo XVII afirmaban que *no podían* existir más que siete planetas.

Lo desconocido de ayer es la verdad de mañana.

Sería un error, sin embargo, suponer que los sabios, (algunos de ellos) y los hombres visibles son los únicos responsables de estos actos de inercia. La mayoría de la humanidad está en el mismo caso. Las acusaciones que se podrían dirigir á los hombres que, como Napoleón, por ejemplo, no han comprendido la invención del vapor (que hubiera causado la ruina de su más poderosa enemiga, la Inglaterra), se aplican á todo el mundo. Un hombre, además, puede ser muy superior en ciertas facultades y muy inferior en otras.

Es justo que recordemos, sin embargo, que estas obstrucciones y estas resistencias tienen una excusa. En general, se duda de la realidad y del valor de las cosas nuevas. Los primeros barcos de vapor andaban mal y no valían lo que los de vela. Las primeras luces de gas alumbraban poco y olían mal. La tierra, realmente, parece muy fija y estable. El agua y el aire parecen elementos. No es natural que caigan piedras del cielo. Las primeras manifestaciones de la electricidad fueron incoherentes. Los ferrocarriles lo pertur-

baron todo y los pueblos trataban de alejarlos lo más posible.

Además el genio está adelantado y los nuevos descubrimientos son adelantos. Nada tiene de extraño que la generalidad se quede atrás y no comprenda.

Los hechos nuevos y poco conocidos, son vagos, embrollados, de un análisis difícil y están mal presentados por los inventores. ¡Cuántas dificultades ha tenido que atravesar el magnetismo humano antes de llegar al estado de experimentación científica en que se encuentra hoy bajo otros nombres! En los fenómenos magnéticos, como en los del espiritismo, ¡cuántos fraudes, cuántas supercherías, cuántas infames mentiras, sin contar las personas estúpidas que hacen trampas « para divertirse »! ¡De qué maravillosos juegos son capaces los prestidigitadores! Se pueden, pues, excusar en parte las reservas de los hombres de ciencia.

El reciente descubrimiento de los rayos Röntgen, tan increíble y tan extraño en sí mismo, debería esclarecernos sobre la exigua pequeñez de nuestro campo de observaciones habituales. ¡Ver á través de los cuerpos opacos! ¡Ver el interior de un cofre cerrado! ¡Distinguir el esqueleto de un cuerpo á través de las carnes y de las ropas! Tal descubrimiento es, sin contradicción, enteramente contrario á nuestras certidumbres acostumbradas, ejemplo de los más elocuentes en favor de este axioma : es anticientífico afirmar que la realidad acaba en el límite de nuestros conocimientos y de nuestras observaciones.

¿Y el teléfono, que transmite la palabra, no por ondas sonoras, sino por un movimiento eléctrico? Si pudiéramos hablar por un tubo entre París y Marsella, nuestra voz emplearía tres minutos y medio para llegar

á su destino, de modo que la respuesta tardaría siete minutos. No pensamos en ello, pero el teléfono es tan absurdo como los rayos X desde el punto de vista de nuestro concepto de las cosas anterior á esos descubrimientos.

Se ha hablado de las cinco puertas de nuestros conocimiento : la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Estas cinco puertas no nos dan más que muy poco acceso al mundo exterior, sobre todo las tres últimas. La vista y el oído van bastante lejos, pero en la realidad es la luz casi sola la que pone nuestro espíritu en comunicación con el universo. Ahora bien, ¿qué es la luz ? Un modo de vibración del éter excesivamente rápida. La sensación de luz es producida en nuestra retina por vibraciones que van desde 400 trillones por segundo (extremo rojo del espectro luminoso) hasta 756 trillones (extremo violeta). Estas vibraciones han sido medidas con precisión hace mucho tiempo. Antes y después de estos números hay otras vibraciones del éter no perceptibles á nuestros ojos. Más allá del rojo son vibraciones caloríficas obscuras. Más allá del violeta, son vibraciones químicas, actínicas, fotografiables é igualmente obscuras. Hay otras muchas que permanecen desconocidas. Á estos datos añadiré una comparación, hecha recientemente por sir William Crookes, á propósito de la continuidad probable de los fenómenos del universo y de las lagunas que nuestra organización terrestre sufre en esa continuidad. Tomemos un péndulo que marque un segundo en el aire. Doblando los movimientos obtenemos la serie siguiente :

1er grado	2	
2	4	
3	8	
4	16	
5	32	Sonido.
6	64	
7	128	
8	256	
9	512	
10	1.024	
15	32.768	
20	1.047.576	Desconocido.
25	33.554.432	
30	1.073.741.824	Electricidad.
35	34.359.738.368	Desconocido.
40	1.099.511.627.776	
45	35.184.372.088.832	
48	281.474.976.710.656	Luz (1).
49	562.949.953.421.312	
50	1.125.890.906.842.624	
55	36.028.797.018.963.968	Desconocido.
56	72.057.594.037.927.936	
57	144.115.188.075.855.872	
58	288.230.376.151.711.744	Rayos X.
59	576.460.752.303.423.488	
60	1.152.921.504.606.846.976	
61	2.305.843.009.213 693.952	
62	4.611.686.018.427.387.904	Desconocido.
63	9.223.372.036.854.775.808	

En el quinto grado á partir de la unidad, á 32 vibraciones por segundo, entramos en la región en que la vibración de la atmósfera nos es revelada bajo la forma de sonido. Aquí encontramos la nota musical más baja. Si entre los sonidos musicales se escoge uno muy grave, por ejemplo, la octava inferior del órgano, se percibe que las sensaciones elementales, aunque formando un todo contínuo, como es necesario para que el sonido sea musical, permanecen, sin embargo,

(1) Rayos luminosos, caloríficos y químicos, espectro del infrarrojo al ultravioleta.

distintas hasta cierto punto. Cuanto más bajo es el sonido, dice Helmholtz, mejor distingue el oído las pulsaciones distintas del aire.

En los diez grados siguientes las vibraciones por segundo se elevan de 32 á 32768. Cada duplo reproduce la misma nota en la octava superior. El *la* del diapasón normal vibra 435 veces por segundo, ó sea 870 vibraciones dobles. El sonido más agudo está hacia las 36 000 vibraciones y aquí se detiene la región del sonido para un oído humano ordinario. Probablemente ciertos animales mejor dotados que nosotros oyen sonidos demasiado agudos para nuestros órganos, es decir, sonidos en los que la velocidad de las vibraciones excede de aquel número.

Llegamos en seguida á una región en que la velocidad de las vibraciones aumenta rápidamente y en que el medio vibrante no es ya la grosera atmósfera, sino un medio infinitamente sutil « un aire más divino », llamado éter. En él hay vibraciones de un orden desconocido. Más allá, penetramos en la esfera de los rayos eléctricos.

Después viene la región que se extiende del 35° al 45°, de 34 359 millones á 35 trillones, 184 mil millones de vibraciones por segundo. Esta región nos es *desconocida*; ignoramos las funciones de esas vibraciones, pero existen y obran en el universo, lo que es imposible no admitir.

Ahora nos aproximamos á la región de la luz ó sea á las velocidades comprendidas entre el 48 y el 50°. La sensación de *luz*, ó sea las vibraciones que transmiten los signos visibles, está comprendida en los estrechos límites de 400 trillones (luz roja) á 756 trillones (luz violeta), lo que da menos de un grado.

Los fenómenos naturales que se verifican constantemente al rededor nuestro, se realizan bajo la acción de fuerzas invisibles. El vapor de agua cuya obra es tan considerable en la climatología, es invisible. También lo es el calor. También la electricidad. También son invisibles los rayos químicos. El espectro solar, que representa el conjunto de los rayos luminosos sensibles á la retina humana, los rayos visibles, es hoy conocido de todo el mundo. Si se hace pasar un rayo de sol á través de un prisma se obtiene á la salida una faja coloreada que va del rojo al violeta, atravesada por gran número de rayas, que son líneas de absorción producidas por las substancias que arden en la atmósfera solar y por el vapor de agua de la atmósfera terrestre.

Si se pasa un termómetro por la izquierda del espectro visible, más allá del rojo, se le ve elevarse y se observa que hay allí rayos caloríficos invisibles para nosotros. Si se coloca una placa fotográfica á la derecha, más allá del violeta, se la ve impresionarse, lo que prueba la presencia de rayos químicos muy activos invisibles para nosotros. Observación muy importante: hay cuerpos invisibles que pueden convertirse en visibles; así el uranio y el sulfato de quinina se hacen visibles en la oscuridad bajo las radiaciones ultravioletas.

Hoy se definen todos esos rayos por su longitud de onda, que es el espacio recorrido por la onda durante un período vibratorio. Aunque las longitudes de onda de las radiaciones sean de una extremada pequeñez, se llega, gracias al empleo de enrejados de difracción, á determinarlas muy exactamente. Helas aquí:

(La unidad es el diezmillonésimo de milímetro.)

Espectro solar visible.

Color.	Longitud de la onda.	Vibraciones por segundo en trillones.
Rojo fuerte.....	734	400
Límite del rojo y del naranjado.....	647	490
Límite del naranjado y amarillo.....	587	558
Límite del amarillo y verde.	535	590
— del verde y azul....	492	596
— azul y morado.....	456	675
— morado y violeta....	424	700
Violeta fuerte.....	397	756

Parte infrarroja invisible, calorífica. Longitud de la onda : de 1940 á 734.

Parte ultravioleta invisible, química. Longitud de la onda : de 397 á 295.

El primero de estos dos espectros invisibles ha sido determinado con gran precisión por el astrónomo americano Langley, por medio del aparato de su invención llamado bolómetro. La mayor parte de la energía solar se ejerce en esta región invisible. La parte de este espectro ya explorada es diez y seis veces mayor que el espectro visible.

Por otra parte, el físico francés Edmundo Becquerel ha fotografiado hace mucho tiempo el espectro químico, el cual es unas dos veces mayor que el espectro visible.

Dejando la región del espectro solar estudiado, llegamos á lo que es para nuestros sentidos otra *región desconocida* y á funciones que apenas empezamos á sospechar. Es verosímil que se encuentren los rayos Röntgen entre el 58 y el 61 grado, donde las

vibraciones van desde 288 230 376 151 711 744 á 2 305 843 009 213 693 952 por segundo y aun más.

Se ve que en esta serie hay muchas grandes lagunas ó regiones desconocidas de las cuales no sabemos absolutamente nada. ¿Quién puede decir que esas vibraciones no desempeñan un papel importante en la economía general del universo?

Por fin, ¿no existen vibraciones más rápidas aún que aquellas en que se detiene la serie precedente?

Vivimos en un espacio de tres dimensiones; los seres que vivieran en un espacio de dos dimensiones, en la superficie de un círculo, por ejemplo, no conocerían más que la geometría de dos dimensiones, no podrían pasar más allá de la línea que limita un círculo ó un cuadrado y estarían presos en una circunferencia, sin poder salir de ella. Dadles la tercera dimensión con la facultad de moverse en ella y pasarán sencillamente por encima de la línea, sin romperla y hasta sin tocarla. Las seis superficies de una habitación cerrada (cuatro paredes, suelo y techo) nos aprisionan, pero supongamos una cuarta dimensión y dotémonos de la facultad de vivir en ella, y saldremos de nuestra prisión tan fácilmente como un hombre pasa sobre una línea trazada en el suelo.

No podemos concebir ese hiperespacio, como un ser construído para moverse sólo en un plano no podría concebir el espacio cúbico, pero no estamos autorizados para declarar que no existe.

Hay en la vida terrestre ciertas facultades que no se explica el hombre, ciertos sentidos ignorados. ¿Cómo encuentran sus nidos el pichón viajero y la golondrina? ¿Cómo vuelve el perro á su casa desde muchos cientos de kilómetros y por un camino que no ha recorrido?

¿ Cómo una víbora hace bajar un pájaro hasta su boca y cómo atrae el lagarto á la mariposa fascinada? En otra parte he demostrado que los habitantes de otros mundos deben estar dotados de sentidos muy diferentes de los nuestros.

No conocemos nada ABSOLUTO. Todos nuestros juicios son *relativos* y por consecuencia imperfectos é incompletos.

La cordura científica consiste, pues, en ser muy reservados en nuestras negaciones. Tenemos el deber de ser modestos. « La duda es una prueba de modestia, diremos con Arago, y es raro que haya estorbado al progreso de las ciencias. *No se puede decir lo mismo de la incredulidad.*

Existe todavía un gran número de hechos no explicados que pertenecen al dominio de lo desconocido. Los fenómenos de que vamos á tratar están en ese número. La telepatía, ó sensación á distancia; las apariciones ó las manifestaciones de moribundos; la transmisión del pensamiento; la vista en sueños ó en sonambulismo, sin el auxilio de los ojos, de paisajes, de ciudades, de monumentos; la presciencia ó premonición de un suceso próximo; la previsión del porvenir, los presentimientos; algunos casos magnéticos extraordinarios; la escritura al dictado por golpes dados en las mesas; ciertos ruidos inexplicados; las casas encantadas; los movimientos de objetos contrarios á las leyes de la gravedad; los efectos que parecen materializaciones de fuerzas (lo que es absurdo); las manifestaciones, aparentes ó reales, de almas separadas del cuerpo ó de espíritus de cualquier orden, y otros muchos fenómenos raros y no explicados actualmente, merecen nuestra curiosidad y nuestra atención científica. Este-

mos, por otra parte, convencidos de que todo lo que podamos observar y estudiar es *natural* y de que debemos examinar los hechos tranquila y científicamente, sin preocupación de misterio, sin turbación y sin misticismo, como cuando se trata de astronomía, de física ó de fisiología. Todo está en la naturaleza, lo desconocido como lo conocido: lo sobrenatural no existe y es una palabra vacía de sentido. Los eclipses, los cometas, las estrellas temporales, fueron mirados como sobrenaturales y como señales de la cólera divina antes de que se conociesen las leyes de esos fenómenos. Se llama sobrenatural á lo que es maravilloso, extraordinario ó inexplicado. Se debe decir sencillamente *desconocido*.

Los críticos que vean en esta obra una vuelta á los tiempos de la superstición, padecerán un grosero error. Se trata, al contrario, de análisis y de examen.

Los que dicen : « ¿ Yo, creer en cosas imposibles? ¡ Jamás ! No creo más que en las leyes de la naturaleza y éstas *son conocidas* », se parecen á los antiguos geógrafos inocentes que escribían en sus mapamundis en las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar) : Hic deficit orbis, *aquí acaba el mundo*, sin sospechar que en aquel espacio occidental desconocido y vacío, hay dos veces más tierras de las que aquellos buenos geógrafos conocían.

Todos los conocimientos humanos pueden ser representados simbólicamente por un islote pequeño y minúsculo rodeado por un océano sin límites.

Nos queda todavía mucho, *muchísimo* que aprender.

II

Los crédulos.

Id á lavaros y comed hierba.
Palabras de la Inmaculada Concepción, en Lourdes.

Nuestro primer capítulo, *los Incrédulos*, nos ha enseñado cuán poco dispuesto está, en general, el espíritu humano á aceptar los hechos no explicados y las ideas nuevas, y cuánto ha perjudicado esta inercia al progreso de nuestros conocimientos sobre la naturaleza y sobre el hombre. Pero por fortuna han existido los Copérnico, los Galileo, los Kepler, los Newtón, los Herschel, los Papin, los Fultón, los Arago, los Niepce, los Daguerre, los Fraunhöfer, los Kirchoff, los Fresnel, los Galvani, los Volta, los Palissy, los Ampère, los Le Verrier, los investigadores y los independientes. La ciencia está obligada por la eterna ley del honor á mirar de frente y sin temor todo problema que se presente francamente á ella, decía sir William Thomson, uno de los físicos más eminentes de nuestra época, y esta es una proposición que hubiéramos podido escribir como epígrafe de este libro. Pero en las cuestiones difíciles, obscuras é inciertas se impone á nosotros un nuevo deber que es el de analizar las cosas con la más severa circunspección y no admitir sino lo que es cierto. Es preciso no reemplazar bajo pretexto de progreso una incredulidad sistemática con una credulidad desprovista de todo sentido crítico, y acaso no es inútil, antes de entrar á fondo en nuestro asunto, demostrar

con algunos ejemplos cuán necesario es ponernos en guardia contra ese exceso contrario, no menos vituperable y peligroso que el primero.

La especie humana forma, por otra parte, un orden compuesto de una diversidad verdaderamente notable. Así como hay seres que no creen en nada, se encuentran otros, no menos numerosos, que creen en todo. La credulidad de los hombres y de las mujeres es verdaderamente ilimitada. Las tonterías más estupendas han sido acogidas, aceptadas y defendidas y, observación singular, los espíritus más escépticos son los que han sido víctimas de las mentiras más audaces y los que han sostenido los absurdos más colosales. Una mirada á la humanidad nos muestra tantos crédulos como incrédulos, engañados unos y otros por su manera de pensar.

Todo el mundo conoce la historia del diente de oro de que habla Fontenelle en su Historia de los Oráculos. En 1593 corrió el rumor de que á un niño de siete años, en Silesia, le había nacido un diente de oro, al cambiar la dentadura. Hortius, profesor de medicina de la Universidad de Helmstœdt, escribió en 1595 la historia de este diente y aseguró que era en parte natural y en parte milagroso y que había sido enviado por Dios á aquel niño para consolar á los cristianos, afligidos por los turcos. No se comprende bien qué relación puede existir entre aquel diente y los turcos, pero la explicación fué sin embargo tomada en serio. En el mismo año Bullandus escribió sobre esto otra historia y dos años después Ingolsterus, otro sabio, publicó una nueva memoria contradictoria con las dos primeras. « Otro grande hombre llamado Livabius, añade Fontenelle, recopiló todo lo que se había dicho

acerca del diente y dijo su opinión particular. No faltó á tantos hermosos trabajos sino que el diente fuese de oro. En cuanto le examinó un orfebre se vió que era una lámina de oro aplicada al diente con mucha habilidad; lo que no impidió que se hubieran escrito muchos libros antes de consultar al orfebre. »

Hay más de un diente de oro en la historia de la credulidad antigua y moderna.

¿Quién no recuerda los ratones con trompa, de que fué víctima hace medio siglo un sapientísimo naturalista?

Un zuavo, para ocupar el ocio que el Gobierno le proporcionaba en África, se divertía en practicar el injerto animal en las ratas; les insertaba un pedazo de rabo en el hocico y la unión se verificaba perfectamente, como se ve reconstituir una nariz con un pedazo de piel. Un sabio del Museum de París pagó muy cara la primera rata que le enviaron como muestra de una especie de roedores desconocida hasta entonces. Le enviaron otras, que él también compró con gran liberalidad y parece que no cayó en la cuenta hasta que vió que de los cruzamientos de machos y hembras no resultaban más que ratas de las más vulgares.

Es de advertir que los hombres de ciencia son esencialmente honrados y por tanto fáciles al engaño.

He conocido un eminente geómetra, sabio profesor de la Escuela politécnica, miembro del Instituto de los más respetados y hombre de grande inteligencia, que fué engañado por la superchería más audaz que se puede imaginar. Un hábil falsificador, Vrain-Lucas, que sabía su afición exagerada á los autógrafos, le vendió á peso de oro escritos de Pascal, de Newton, de Galileo, de Enrique IV y de Francisco I, y en se-

guida cartas de Carlomagno, ¡de Vercingetorix!... ¡de Pitágoras!... ¡de Arquímedes!... ¡de Cleopatra!... y lo que es mejor ¡de Lázaro el resucitado!... ¡de María Magdalena!... ¡y hasta creo que de Jesucristo! M. Michel Chasles compró en siete años (1862-1869), 27 000 de esos autógrafos por la suma redonda de 140 000 francos. En ellos se hacía predecir á Galileo, en 1640 el descubrimiento de Urano hecho en 1781 por Herschel, y se ponía en boca del astrónomo italiano que ese planeta estaba detrás de Saturno. Tuve la curiosidad de calcular la posición de Urano en la época del autógrafo y no estaba, ni con mucho en la región del cielo en que brillaba Saturno. Al demostrar al sabio geómetra qué tontería se hacía decir á Galileo, M. Chasles me respondió, con gran asombro mío, que eso no importaba y que estaba seguro de la autenticidad de la carta. El aficionado á autógrafos estaba tan ciego, que por poco acepta contra dinero al contado, pocos meses después, un salvoconducto escrito *en francés* por Vercingetorix, en favor de Julio César.

No sé que existan ejemplos de credulidad más elocuentes que este.

Hay todavía muchas personas que no se ponen en cámino un viernes ni un 13, como lo acusan las recaudaciones de los ferrocarriles, de los tranvías y de los ómnibus. En muchas calles de París no hay número 13, pues se reemplaza con el 11 duplicado. Todo el mundo conoce personas que consultan á las sonámbulas *extralúcidas* de las ferias.

Nuestros antepasados de las edades de piedra y de bronce, que temblaban ante todas las fuerzas de la naturaleza que tenían que combatir, divinizaron esas fuerzas y llenaron los campos, los bosques, las fuentes,

los valles y las grutas de seres imaginarios cuyo recuerdo no ha desaparecido todavía por completo.

Hay personas que siguen creyendo, como los romanos, que se pueden conjurar las tempestades. Hacia 1870 había en una aldea de los alrededores de Issoire (Puy-de-Dôme) un sacerdote que tenía la reputación de garantir su parroquia y de enviar el viento y el granizo á las regiones vecinas, para lo cual se colocaba en una ventana del campanario y hacía desde allí sus conjuros. El cura que le reemplazó á su muerte no tenía esa habilidad y sufrió los insultos y la animadversión del pueblo hasta el punto de tener que pedir al Obispo su traslado.

Un antiguo marino que habitaba Tolón en 1885, tenía la reputación de hacer estallar una tormenta precisamente el día en que se iba en peregrinación á Nuestra Señora del Mayo, en la montaña de Sicié. Tan sinceramente se creía esto, que se le ocultaba con gran cuidado la fecha de la peregrinación.

El 13 de Julio de 1899, cerca de Albertville (Saboya) el cura de Thinesol bendijo una nueva cruz, colocada con gran ceremonia á una altura de 1836 metros sobre el nivel del mar, para reemplazar otra cruz que los habitantes de Scythenex habían quemado porque preservaba del granizo, con perjuicio suyo, al término vecino, de Mercury-Gemilly. Trescientas personas fueron á la ceremonia, bajo un ardiente sol.

M. Bérenger-Féraud cuenta en su interesante libro *Supersticiones y supervivencias* que en ciertos sitios de la Provenza las mujeres tienen una receta infalible para curar la tos ferina á los niños, receta que consiste en pasar al paciente siete veces por debajo del vientre de un burro, yendo de derecha á izquierda y jamás de

izquierda a derecha. En la aldea de Luc había un asno tan afamado para esas curas, que le llevaban los niños de Draguignan y hasta de Cannes, es decir desde más de sesenta kilómetros.

El mismo autor dice haber visto que unos religiosos de la Provenza castigaban á San José volviendo su imagen cara á la pared cuando no les concedía lo que habían pedido. Cuando se observó el hecho, la comunidad había solicitado inútilmente del santo que inspirase á un vecino la idea de legar al convento un terreno que necesitaba, y siendo el tal vecino muy piadoso, la comunidad le había amenazado con bajar á san José á la cueva y hasta azotarle si continuaba sordo á sus oraciones. « No quería, dice el autor, dar crédito á mis propios oídos, pero tuve que rendirme á la evidencia ante las declaraciones de veinte personas bien enteradas. Después he sabido que en otros sitios la comunidad de que se trata repite las mismas prácticas. »

Saint-Simon cuenta en sus Memorias que durante el sitio de Namur, en 1692, llovió á chaparrón el día de San Medardo, y los soldados, furiosos por aquel acontecimiento que les presagiaba cuarenta días de lluvia, rompieron en pedazos todas las imágenes del santo que hallaron á su alcance.

Algunas veces se toman las cosas más alegremente aunque una y aun dos novenas no consigan que cese la lluvia. En los tiempos en que las reliquias de santa Genoveva tenían aún influencia en París, se las transportaba en procesión desde San Esteban del Monte hasta Nuestra Señora. Un día se puso á diluviar cuando la procesión acababa de ponerse en marcha. « La santa se equivoca, dijo á su vecino el obispo de Castres; cree que se le pide que llueva. »

El baron d'Hausser cuenta en su *Viaje á Italia* esta conversación que oyó en Nápoles :

« ¿ Cómo está su hijo de usted ?

— Siempre con fiebre.

— Haga usted encender un cirio á santa Gertrudis.

— No ha dado resultado.

— ¿ Á qué capilla ha ido usted ?

— Á la de la calle de Toledo.

— ¡ Ah ! mi pobre amiga ; esa santa Gertrudis *es la peor* de todo Nápoles. No se consigue nada de ella. Vaya usted á la iglesia de la plaza de los Carmelitas y verá como aquella santa Gertrudis es mucho más compasiva con los pobres. »

En el mismo Nápoles, los que han asistido al milagro anual de la licuación de la sangre de san Javier, saben lo impacientes y nerviosos que se ponen los espectadores cuando tarda en verificarse. En 1872 estuve á punto de hacerme jugar una mala partida por mirar demasiado de cerca el famoso relicario expuesto á la adoración de la multitud. Todo el mundo sabe la anécdota del general Championnet ó de uno de sus ayudantes, en 1799.

Las supersticiones populares están tan extendidas que se las encuentra en todas partes. En la iglesia de una pequeña aldea de los Alpes-Marítimos hay un cepillo en el que los fieles echan unas esquelas, acompañadas de una ofrenda y dirigidas á San Antonio de Padua, á fin de encontrar los objetos perdidos. La respuesta llega con frecuencia en la misma esquela, á un hueco próximo.

El casamiento da ocasión á usos y costumbres muy curiosos, de los que es interesante dar algunos ejemplos.

En la aldea de Bauduen, (Provenza), hay una roca que forma un plano inclinado. El día de la fiesta del pueblo las solteras que quieren casarse van desde tiempo inmemorial á dejarse escurrir por esa roca, que está ya brillante y pulida como el mármol.

La peregrinación de la *Sainte-Baume*, entre Marsella y Tolón, pasa, desde hace más de mil años, por asegurar el matrimonio y la progenitura y es objeto de un culto muy sincero por parte de los campesinos.

En gran número de pueblos de Francia las muchachas que tienen prisa por casarse arrojan hojas de sauce ó alfileres en las fuentes. Si la hoja sigue directamente la corriente ó si el alfiler flota un momento, la joven será pedida en matrimonio antes de fin de año.

En Saint-Junien-les-Courbes (Alta Viena) las solteras evocan á san Eutropio y cuelgan de una cruz la liga de la pierna izquierda.

En la iglesia de Laval hay una gran estatua de san Cristóbal y las muchachas que quieren casarse en el año van á clavarle alfileres en las piernas. Las de Pevros (Côtes-du-Nord) los clavan en la nariz de Saint-Guiriez.

En los alrededores de Verdun las mujeres que quieren tener hijos van á sentarse en una peña donde se ve la huella de haberse sentado una mujer, huella que se llama en el país la silla de Santa Lucía. Parece que Ana de Austria se sentó allí antes del nacimiento de Luis XIV.

En las Ardennes la intervención de santa Filomena es muy eficaz para impedir que las jóvenes se queden para vestir imágenes.

En Bourges se veía no hace mucho tiempo, en la

calle Chevrière del arrabal del Château, una imagen de saint Greluchon que las mujeres iban á raspar para hacer un brebaje fecundante, y en Poligny (Jura) las jóvenes besan una piedra que, según la leyenda, es la petrificación de un gigante que quiso violentar á una muchacha.

En el Berry (Bretaña) las profundidades misteriosas de los bosques se pueblan de ruidos siniestros en cuanto cae la noche, y lúgubres fantasmas recorren los senderos y sacuden los árboles con fuerzas invisibles. ¡Desgraciado el que se aventura en aquellas sombras!

Las aldeas del bajo Berry admiten aún la existencia de gigantes que en otro tiempo habitaron el país y que han formado las eminencias naturales ó artificiales tan numerosas en la región. Esos gigantes están personificados por Gargantúa, cuya leyenda, popular en todo el oeste de Francia, es muy anterior al héroe de Rabelais. Este escritor tomó sin duda ese mito de las creencias del país, que él habitó mucho tiempo.

Á mi vuelta de España, á donde fuí á estudiar el último eclipse total de sol, en 1900, visité Toledo y vi en una pintoresca callejuela la capilla de la « Virgen de los alfileres », en la cual las jóvenes que quieren casarse arrojan alfileres al suelo. Todos los días se quitan esos alfileres y cuando yo los vi, el 1º de Junio, había treinta y uno y eran las cuatro de la tarde.

El recuerdo de las hadas está todavía vivo en el Berry. Ellas son las que han edificado los dólmenes y los altares druídicos que llevaban, á pesar de su peso enorme, en sus delantales de gasa.

He asistido algunas veces, en los alrededores del mismo París, no lejos de Juvisy, á la fiesta del solsticio

de verano, el fuego de san Juan, fiesta en otro tiempo pagana y hoy cristianizada. El sol, dios de la vida, acaba de ocultarse en el horizonte y el crepúsculo se extiende sobre la naturaleza. En la plaza de la iglesia está preparado un hermoso pino arrancado del bosque próximo. Un sacerdote sale de la iglesia, rodeado de los acólitos y los chantres, y bendice el pino. Se le prende fuego en seguida; la llama se eleva brillante y los jóvenes y las muchachas se aproximan esperando las brasas finales. Las mozas deben saltar por encima y la más audaz se casará en el año. Los tizones son conservados para que preserven las casas, como el romero bendito del domingo de Ramos, del fuego y del rayo. Esta costumbre galorromana de hace diez y ocho siglos subsiste aún en la mayor parte de Francia, ó mejor, de la Galia, para este caso.

¿Quién no conoce las tortas de la Candelaria? Esas tortas son de buen agüero para la agricultura, para el comercio, para toda clase de empresas. Hay que hacerlas el 2 de febrero y sobre todo hacerlas bien. Napoleón, antes de marcharse á Rusia, las estuvo haciendo y decía en broma: « Si vuelvo bien ésta, es que ganaré la primera batalla; si ésta me sale bien, ganaré la segunda. » Y confeccionó hasta tres, pero dejó caer la cuarta en el fuego, como presagio, dice un historiador, del incendio de Moscou.

En Rocamadur (Rouergue), las mujeres que no están satisfechas de sus maridos van á dar besos y á hacer correr el cerrojo de la puerta de la iglesia, ó á tocar una barra de hierro que se llama el chafarote de Rolando.

En Amberes las mujeres invocan contra la esterilidad el « santo prepucio de Jesucristo » que les ha sido

enviado expresamente con ese fin de Jerusalén por Godofredo de Bouillon, marqués de Anvers (1) con la esperanza de hacerles olvidar su antiguo culto pagano por el « Ters », objeto de piedad conocido con otro nombre por las damas romanas. La fiesta de la circuncisión inaugura, con muy poca lógica por cierto, nuestros calendarios cristianos (2).

Las brujerías están extendidas por todas partes. En Italia se cree todavía en el mal de ojo y en Tolón las costureras meten sal en los dobladillos de los equipos de boda para asegurar la dicha de los recién casados.

En París, como en Roma en tiempo de Tiberio, se sigue consultando á los que hacen horóscopos y predicen el porvenir según las reglas astrológicas de la posición de las estrellas y de los planetas en el día del nacimiento. ¡Todavía existen los astrólogos! Y no hay quien reflexione que, según es sabido, nace por término medio un niño por segundo en todo el globo, ó sea 60 por minuto, 3600 por hora y 86 400 por día, de donde se deduce que todos esos nacidos al mismo tiempo debían tener el mismo destino y que una reina y una moza de mesón que dan á luz en el mismo instante debían tener sus hijos regidos por idénticas leyes.

La creencia en los amuletos, en las medallas y en los escapularios es tan viva entre los civilizados como entre los salvajes, en Francia como con el Sudán ó en el Congo. Basta para convencerse leer ciertas obras, tales como los libros de Monseñor Ségur, de Dom

(1) Esta reliquia se conserva también en Roma, en San Juán de Letrán.

(2) El autor se admira aquí, en una nota que juzgamos inútil, de haber tenido noticia de una monja llamada *sor Circuncisión*. El hecho es tan frecuente en España que no hay para qué mencionarle como raro. (*N. del T.*

Guéranger ó del abad de San Pablo sobre la medalla de san Benito. Se ve en ellos, por ejemplo, que esa medalla, aprobada por el papa Benedicto XIV, lo cura todo: los dolores de muelas, de garganta y de cabeza, purifica el agua de los pozos, hace brotar los árboles, apaga los incendios, protege á los caballos, las vacas, los gatos, las gallinas, los árboles, las viñas, los tubos de lámpara, etc. etc. No invento nada; he aquí algunas citas:

« Una vaca tosía de un modo violento, escribe Dom Guéranger (*Croix de Saint-Benoît*, p. 72), no comía y no daba leche. El visitante trazó en la frente del animal el signo de la cruz empleando la fórmula inscrita en la medalla; recomendó que se sumergiese ésta en un poco de agua y salvado, mezcla que debía tomar la vaca todos los días (buena precaución) hasta que estuviese curada, y suspendió una medalla en el establo. Unas semanas después tuvo el gusto de saber que la vaca estaba completamente restablecida. »

La misma medalla obra sobre los árboles. « Corté todas las ramas gordas y no dejé más que el tronco, le escriben al autor de la obra *Origine et effets admirables de la croix de Saint-Benoît*, el abad de Saint-Paul, y habiendo visto en el corte hecho por la sierra que las ramas estaban realmente muertas, coloqué en seguida debajo de la corteza una medalla de san Benito y recé al santo para que hiciese revivir aquel hermoso árbol, que era la admiración de la comarca. En la primavera, el árbol tenía su espléndido follaje. »

Durante la *Commune* unas medallas deslizadas en la barricada de la calle de Rívoli preservaron el ministerio de Marina y el depósito de mapas y planos (1).

(1) Véase Paul Parfait, el *Arsenal de la Dévotion et le Dossier des Pélerinages*. Esa recopilación de las supersticiones se puede

Todo el mundo conoce la historia de Nuestra Señora de Loreto, de la casa de la Virgen María, que hizo un viaje aéreo desde Nazaret hasta Loreto, en 1294, haciendo escala en Dalmacia. No hace mucho tiempo hubiera sido de mal gusto dudar de la autenticidad de esa casa y de su transporte milagroso por los aires.

Hoy, Nuestra Señora de Loreto ha sido reemplazada por Nuestra Señora de Lourdes. Los administradores de esta explotación en toda regla no se toman siquiera el trabajo de disimular el desprecio que les inspira la credulidad de los fieles. Basta leer la inscripción que han grabado en letras de oro en una plancha de mármol, en la que se hace decir á la *madre de Dios* dirigiéndose á la pequeña Bernadette « *Hazme la gracia* de volver aquí », y después « Deseo *que venga gente* » y « *Id á lavaros en este agua y comed de esta hierba.* »

No ataco al sentimiento religioso en sí mismo, como no he atacado á la ciencia en el capítulo precedente,

continuar. San Antonio de Padua parece estar en gran favor en este momento. Se lee en el periódico *La Croix* del 7 de septiembre de 1899 : « 385 cartas han sido depositadas esta semana en el cepillo de San Antonio, 8, calle de François Ier, anunciando ó recomendando: 72 curaciones, 104 gracias espirituales, 227 gracias temporales, 81 conversiones, 59 empleos, 317 acciones de gracias, 12 vocaciones, 15 matrimonios, 302 gracias particulares, 53 escuelas, 47 casas religiosas, 109 casas de comercio, 8 objetos perdidos, 14 exámenes, 96 familias, 56 difuntos, 15 procesos, 106 jóvenes y 8 parroquias. Un pobre obrero, padre de ocho hijos, ha prometido 5 francos á San Antonio de Padua, y encontrándose algo mejor, envía la suma y le ruega que no le deje recaer en sus dolores. — En el registro hecho el 11 de noviembre de 1899 en la casa de los PP. Asuncionistas, se encontró : 1.580.000 francos en la caja de hierro, más 11 testamentos, etc. Ellos son los que han inventado los « Viajeros por deseo. » Si no se puede ir á Lourdes, se envía el dinero y se obtienen oraciones *ad intentionem*.

pues tengo á aquel sentimiento por infinitamente respetable, pero creo que todos debemos rechazar las supersticiones, las puerilidades, los errores y las mentiras á que sirve de pretexto.

No es raro encontrar personas que niegan rotundamente las cuestiones objeto de este libro y aceptan sin inconveniente los absurdos más colosales, como la anécdota del diluvio universal que cuenta la biblia, según la cual « habiendo sido abiertas las cataratas del depósito de las aguas superiores, el agua cayó del cielo á torrentes durante cuarenta días y cuarenta noches, se elevó en toda la tierra á quince codos sobre las más altas montañas y transportó durante ciento cincuenta días el arca en que Noé había metido un macho y una hembra de todas las especies de animales que existían en el globo ». Ningún cuento de las *Mil y una noches* sirve para descalzar á este arca, pero la credulidad religiosa es tan ciega que la acepta sin comentarios, como afirma el milagro de Josué, que detuvo el sol...

En los asuntos que vamos á tratar aquí, en los relatos de apariciones, de sueños premonitorios, de presentimientos, de experimentos de hipnotismo y de sonambulismo, ¡ qué límites ha alcanzado la credulidad ! He conocido un oficial de gran valor que no dudaba ni un momento de la identidad de los nombres que le indicaba una mesa y que conversaba con Leibnitz y con Spinoza todos los domingos, después de almorzar. He conocido otro que hablaba de filosofía social con Juan Valjean, sin pensar en el origen enteramente novelesco de ese personaje imaginario. Una noble señora, muy inteligente y ya de edad madura, que había conocido en otro tiempo á lord Byron, le evocaba todos los sábados por la noche, para consultarle el empleo de

sus capitales. Un doctor en medicina de París había elegido por amigos del otro mundo al Dante y á Beatriz, los cuales acudían puntualmente á hablar con él « pero no juntos, decía, porque les estaba prohibido aproximarse ».

El espiritismo, como la religión, ha sido empleado para usos que no tienen con él más que una relación muy vaga. Ha servido para hacer matrimonios, serios ó pasajeros, para explotar los caracteres débiles, para forzar testamentos, etc. He conocido una mujer, muy amable por cierto, que llegó á ser marquesa y muy rica haciendo que una mesa dijera al hombre con quien quería casarse que su primera mujer la designaba á ella como sucesora. He conocido una viuda que tuvo un hijo anunciado y aceptado como la nueva encarnación de otro hijo tiernamente amado y el lazo providencial indicado para un nuevo matrimonio. Y sé de otra que bajo pretexto de espiritismo, vende anillos cabalísticos con los cuales cura todas las enfermedades, etc.

También es una buena historia la del *Diablo en el siglo diez y nueve* de la francmasonería diabólica y de Diana de Vaughan, que mistificó á una buena parte del clero francés, á varios obispos, á dos cardenales y al mismo papa León XIII, aunque era una pura invención, como lo confesó cínicamente su autor Léo Taxil en 1897. Las apariciones de diablos, machos y hembras, en las ceremonias impías y obscenas fueron tomadas en serio por algunos graves teólogos.

Hay que reconocer, por otra parte, que la credulidad política es aún más extravagante que la religiosa. Cuando se piensa que en este momento los franceses, los alemanes, los rusos, los ingleses, los italianos, los

austriacos, etc., etc., creen todavía que deben ser soldados y habitar unos cuarteles nauseabundos, haciendo en ellos ejercicios grotescos, y que todos los ciudadanos de Europa gastan, por la gloria de unas pretendidas fronteras trazadas en el papel, *diez y seis millones de francos diarios*, destinados á impedir que los hombres se estén en sus casas ocupados cada uno en su oficio y en sus deberes, se ve que la edad de la razón no ha sonado todavía para nuestro pobre planeta y que la servidumbre voluntaria forma parte del patrimonio de la humanidad.

Sí, la credulidad existe en perpetua pugna con la incredulidad, pero creo con Humboldt que un presuntuoso escepticismo que niega los hechos sin examen es en ciertos grados más vituperable que una credulidad no razonada.

Sería fácil multiplicar estos ejemplos. He querido solamente demostrar en este capítulo que debemos ponernos en guardia contra la *credulidad* lo mismo que contra la *incredulidad* y permanecer á igual distancia de esos dos vicios contrarios al apreciar los hechos que vamos á exponer.

No neguemos ni afirmemos nada : observemos imparcialmente. Á los que quieran acusarme de crédulo ó de incrédulo les ruego que no lo hagan á la ligera y que no pierdan de vista que yo estoy constantemente en guardia : lo que hago es BUSCAR.

III

LAS MANIFESTACIONES TELEPÁTICAS DE LOS MORIBUNDOS Y LAS APARICIONES.

¡Hechos! no frases.

Acabamos de prevenirnos contra dos disposiciones intelectuales contrarias á la libre investigación de la verdad : la incredulidad y la credulidad, y cuidaremos de tener siempre nuestro espíritu en esta completa independencia, indispensable para el orden de estudios que vamos á emprender. Á cada instante chocaremos contra nuestras ideas científicas habituales y estaremos inclinados á negar los hechos sin más amplio examen. Á cada momento también, una vez metidos en la corriente, nos sentiremos deslizar demasiado pronto hacia la aceptación de fenómenos insuficientemente observados y estaremos expuestos al ridículo de buscar la causa de lo que no existe. ¡ Que el espíritu positivo del método experimental, al que nuestra especie humana, todavía tan inferior y tan bárbara, debe su escaso progreso, no nos abandone jamás en estas investigaciones !

Sé que el mismo método experimental no es absoluto y que hasta ha conducido á eminentes psicólogos á dudar de todo. Taine enseña que « la percepción exterior es una alucinación verdadera, » y que en nuestro estado normal, sano y razonable « no tenemos más que una serie de alucinaciones, que no llegan á su fin ». Berkeley, Stuart Mill y Bain declaran que los cuerpos,

no son más que una pura nada erigida por una ilusión de nuestro espíritu en substancias y en cosas del exterior. Según estos tres filósofos no hay nada intrínseco en una piedra, en un pedazo de hierro, en un árbol ó en un animal. Uno de los más profundos matemáticos franceses, al que hice recientemente esta pregunta, me declaró que, para él, no hay más que sensaciones. ¿ Qué son las sensaciones sin un ser sensible ? Este ser existe, pues, realmente. Si se admitiese tal teoría, el universo no existiría sino en el pensamiento de los humanos y, por consecuencia, sólo desde que hay hombres en la tierra. Esta es, creo, la opinión de mi inteligente amigo Anatolio France y de otros contemporáneos. Ahora bien, la astronomía y la geología nos prueban, sin contar otras cosas, que el universo existía antes que el hombre. Además, si uno admite sus sensaciones, no puede negarse á admitir las del vecino, luego el vecino existe igual que yo, así como los otros seres y las cosas. Desconfiemos un poco de los razonamientos demasiado transcendentales. ¿ No ha demostrado Zenón de Elée que la flecha que atraviesa el espacio está inmóvil y que la nieve es negra ?

Desconfiemos también del placer de decir paradojas, que es muy agradable, seguramente, y nos eleva sobre el tosco buen sentido vulgar; pero Alejandro Dumas hijo nos ha probado por su propio ejemplo que ese ingenio no está exento de peligros y llega á ser, á veces, de una notable falsedad. Tratemos de permanecer prudentes.

Á fin de no extraviarnos en el mundo misterioso que vamos á visitar y para obtener de estas observaciones algunos resultados instructivos, empezaremos por hacer una *clasificación metódica* de los fenómenos,

agrupando los que se parecen y tratando de deducir de ellos las conclusiones que tengamos por más fundadas. El asunto vale la pena. Se trata de nosotros, de nuestra existencia, de nuestra naturaleza. Habrá sin duda quien moviendo desdeñosamente la cabeza, nos diga :

« Sabéis bien que esos pretendidos horizontes del más allá son imaginarios, puesto que todo acaba para nosotros con la muerte. »

No, por cierto; nadie lo sabe y en esto las afirmaciones y las negaciones no son más que palabras vacías de sentido. Todas las aspiraciones de la humanidad protestan contra esa nada : el ideal, la esperanza, la justicia, pueden no ser puras ilusiones, como los cuerpos de que acabamos de hablar. ¿No existe el sentimiento con el mismo título que la razón? En todo caso, se trata aquí de un problema real y grave. « La inmortalidad del alma es una cosa tan importante, decía Pascal, que hay que haber perdido todo sentimiento para permanecer indiferente á la cuestión. » ¿ Por qué desesperar de llegar á conocer alguna vez la naturaleza del principio pensante que nos anima y á saber si sobrevive ó no á la destrucción del cuerpo? Las investigaciones que emprendemos aquí ¿ nos darán algunas noticias ciertas sobre este punto? Acaso sí.

De todos modos, ruego á los lectores que no sean, si es posible, al leer estas líneas, ni intransigentes, ni intolerantes, ni radicales, ni ateos, ni materialistas, ni israelitas, ni protestantes, ni católicos, ni musulmanes, sino sencillamente *libres*. Esta es una tentativa de instrucción; nada más.

Se objeta también que hace muchos siglos que se busca y jamás se ha encontrado nada; luego nada se

encontrará. Con razonamientos como este nunca se hubiera aprendido nada.

Vitam impendere vero : consagrar la vida á la verdad. Tal era la divisa de Juan Jacobo y no la hay más noble para un filósofo, para un pensador.

Se trata, pues, de una tentativa de instrucción que será á veces semejante á los sumarios de los jueces en las causas criminales, porque habrá en ella elementos humanos que habrá que tener en cuenta y estos fenómenos no tienen la sencillez de una observación astronómica ó de un experimento de física.

Empezaremos por las manifestaciones telepáticas de *moribundos*. Y digo manifestaciones y no solamente apariciones para generalizar un conjunto de hechos del que las apariciones visuales no son más que una parte.

La palabra *telepatía* es conocida por el público hace algunos años. Se compone de las radicales griegas τηλε, lejos y πάθος, sensación. Significa, pues, sencillamente, « ser advertido, por una sensación cualquiera, de una cosa que sucede lejos (1) ».

En el orden de hechos que nos va á ocupar se encuentran á cada paso relatos inciertos ó exagerados, relaciones dudosas y observaciones desprovistas de valor á causa de la ausencia de todo sentido crítico. No debemos acoger esos relatos sino con la más excesiva prudencia, y aun desconfianza, y eliminar todos los que nos parezcan sospechosos. En esto más que en nada importa tener en cuenta el juicio, el saber y el valor moral é intelectual de las personas que nos hablan. La afición á lo maravilloso y á lo fantástico puede trans-

(1) La palabra *telestesia* sería preferible; pues πάθος significa un estado morboso, mientras que αίσθησις significa sensibilidad. No se trata aquí de casos patológicos.

formar en sucesos extraordinarios las cosas que se explican lo más fácilmente del mundo. Habría personas que estarían contándome historias durante un año, con el mayor lujo de pruebas y demostraciones elocuentes, sin que yo creyese una palabra, y hay otras, por el contrario, que inspiran por su carácter una confianza siempre justificada.

En la investigación de los hechos que vamos á estudiar, siempre me han guiado instintivamente esos principios de prudencia y creo no haber admitido ninguna relación sin que su autenticidad esté garantida por el espíritu científico esclarecido de los autores que me las han confiado, ó al menos por un juicio sano y una entera buena fe.

Expondré desde luego al lector unas cuantas observaciones muy variadas, para las cuales intentaremos una clasificación metódica. Para nuestra instrucción importa tener ante la vista gran número de hechos auténticos. Las explicaciones y las teorías vendrán después.

Empezaremos por ciertas manifestaciones inexplicables de *moribundos*, no de « muertos », distinción que conviene señalar. Manifestaciones de moribundos observadas en estado normal, estando los observadores enteramente despiertos y no soñando. Hay cierto número de visiones en sueños que no deben ser consideradas como nulas, pero éstas serán objeto de otro libro.

Mi amigo el general Parmentier, uno de los sabios más distinguidos y más estimados, general de Ingegenieros, vicepresidente de la Sociedad astronómica de Francia y de la Sociedad de geografía, me ha afirmado los dos hechos siguientes, ocurridos en su familia.

I.—Estaban varias personas reunidas á almorzar en Andlau, Alsacia. El dueño de la casa se hacía esperar porque estaba de caza y como la hora se pasaba, los comensales acabaron por ponerse á la mesa sin él y la señora dijo que no podía tardar en volver. Empezó el almuerzo con conversaciones alegres y todo el mundo contaba con ver entrar de un momento á otro al entusiasta discípulo de san Huberto.

Pero la hora avanzaba y la tardanza empezaba á ser extraña, cuando de repente y estando el tiempo más dulce y el cielo más azul, la ventana del comedor, que estaba de par en par se cerró con gran ruido y se volvió á abrir en seguida violentamente. Los convidados se quedaron tanto más estupefactos cuanto que el movimiento de la ventana no hubiera podido efectuarse sin volcar una botella de agua que estaba en una mesa á altura del alféizar y que siguió en su sitio. Los que vieron y oyeron el movimiento no comprendieron absolutamente nada.

— ¡Acaba de ocurrir una desgracia! exclamó levantándose la dueña de la casa.

El almuerzo se acabó en este punto y tres cuartos de hora después traían en una camilla el cuerpo del cazador que había recibido un tiro en el pecho. Había muerto casi en seguida sin pronunciar más que estas palabras:

« ¡Mi mujer! ¡Mis pobres hijos! »

He aquí un hecho, una coincidencia que explicar.

Á primera vista nos parece vulgar y absurdo. ¿Qué significa y á qué viene ese raro movimiento de la ventana? ¿No es perder el tiempo tomar en serio un incidente tan insignificante?

Las ranas de Galvani y la marmita de Papin eran también insignificantes y, sin embargo, la electricidad y el vapor no lo son.

Un día el rayo ha herido á un hombre en el campo, pero no le ha hecho más daño que el de quitarle los zapatos y arrojarlos á veinte pasos, arrancándoles todos los clavos.

Otra vez un rayo desnudó á una joven campesina y

la dejó enteramente desnuda en un prado. Se encontraron los vestidos colgados de un árbol.

En otra ocasión el rayo mató á un labrador en el momento en que se llevaba un pedazo de pan á la boca. Se quedó inmóvil y en cuanto alguien le tocó se deshizo en cenizas. Sus vestiduras quedaron intactas.

Las rarezas de la naturaleza no deben impedirnos que estudiemos los fenómenos : al contrario.

Sin duda al oir contar el episodio del cazador de Andlau nuestra primera idea es negar pura y simplemente. No se puede decir que la historia fuese inventada porque las circunstancias del hecho y el carácter del narrador no lo permiten; pero sí se puede suponer que ha habido un pequeño movimiento de la ventana producido por una causa vulgar, una corriente de aire, un choque, un gato ¿qué sé yo? y que su coincidencia con un acontecimiento trágico le ha hecho amplificar después, suposición difícil de admitir, sin embargo, puesto que la dueña de la casa y sus convidados se impresionaron tan fuertemente.

He aquí lo que parece que sucedió :

La ventana no se movió, como lo prueba la botella de agua. Antes de entrar en el análisis de estos hechos podemos suponer desde luego que aquella señora y una ó varias personas tuvieron una *ilusión* de la vista y del oído, la *sensación* de un fenómeno no real y que *su cerebro fué impresionado* vivamente por una causa exterior.

Podemos pensar también que esa causa era la fuerza psíquica del moribundo, del que se esperaba, del que á aquella hora debía estar á la mesa y se transportó á ella con el pensamiento proyectando en aquella dirección su última energía. Telegrafía sin alambre...

¿Por qué se manifestó de aquel modo?
¿Cómo la impresión cerebral pudo ser colectiva?
¿Por qué?... ¿Por qué?...

Tus porqués, dijo el dios, no acabarían jamás.

Estamos en pleno misterio y no podemos hacer más que hipótesis. Sin duda, si esta historia fuera única en su género podría pasar inadvertida, pero es una entre otras muy numerosas que tenemos que hacer constar aquí. No insistamos por el momento en la manera de explicarla y continuemos.

He aquí otro ejemplo de transmisión telepática en el momento de la muerte, no menos singular y más notable todavía, que debo también á la amabilidad del general Parmentier, que garantiza su autenticidad.

II. — Estamos en Schlestadt, Bajo Rhin, en una cálida noche de verano. Estaba abierta la comunicación entre la alcoba y el salón y en éste las dos ventanas estaban abiertas y sostenidas por el respaldo de unas sillas. El padre y la madre de M. Parmentier estaban durmiendo.

De repente la señora de Parmentier se despertó por una brusca sacudida de la cama, de abajo á arriba. Sorprendida y un poco asustada, despertó á su marido y le dió parte de lo que acababa de notar.

En este momento se produjo otra sacudida muy violenta. El padre del general Parmentier creyó en un temblor de tierra, aunque son muy raros en Alsacia, se levantó, encendió una vela, no notó nada extraordinario y se volvió á acostar. Pero inmediatamente, otra sacudida muy fuerte de la cama y un estrépito en el salón próximo como si las ventanas se hubieran cerrado con violencia y todos los cristales se hubieran hecho pedazos. El terremoto parecía haberse acentuado de un modo formidable. Los señores de Parmentier se levantaron y fueron á examinar los desperfectos del salón : nada, las ventanas seguían abiertas, las sillas en su sitio, el aire tranquilo y el cielo puro y estrellado. No había

habido ni terremoto ni corriente de aire. El estrépito oído era *ficticio*.

Los señores de Parmentier habitaban en el primer piso, y en el bajo una mujer de cierta edad cuyo armario rechinaba de un modo desagradable cuando le abrían ó le cerraban. En aquel momento se oyó el rechinamiento del armario á pesar de la hora inusitada.

Al ver que no había alteración alguna en el salón, ni en la posición de las ventanas, ni en la de objeto alguno, la señora de Parmentier tuvo miedo y creyó que había sucedido alguna desgracia á sus padres, de los que se había separado al casarse recientemente. Pero pronto supo que su antigua aya, á la que no había visto desde su boda, había muerto en Viena *aquella noche* y había manifestado antes de morir el pesar de estar separada de su querida discípula, á la que amaba tiernamente.

He aquí un hecho que tiene alguna analogía con el primero y que parece indicar las mismas correlaciones. ¿ Una impresión partida del cerebro de un moribundo pudo ir á herir á otro cerebro á 630 kilómetros de distancia y *darle la sensación* de un ruido extraordinario? ¿ Esta impresión ha podido herir, sea directamente, sea por simpatía vecina, á dos cerebros en relación con el primero?

Cuando por la mañana la señora de Parmentier preguntó á su vecina del piso bajo si había abierto el armario á hora avanzada de la noche, ésta respondió negativamente y dijo que no había oído ruido alguno, haciendo observar que á su edad dormía poco y que si hubiera ocurrido cualquier suceso extraordinario lo hubiera observado seguramente. El despacho psíquico no había, pues, impresionado más que á los dos seres en relación con la causa.

Podemos sin duda sorprendernos de la materialidad, de la vulgaridad de la manifestación, y podemos decir:

« Error de los sentidos, alucinación sin causa, casualidad y coincidencia ». Pero estamos aquí para examinar las cosas imparcialmente y para tratar de inducir, si es posible, las leyes que las rigen.

Continuemos, porque el valor de los hechos aumenta en razón de su número, tratándose de coincidencias.

III. — M. Andrés Bloch, joven músico de gran talento, premio de Roma y miembro de la Sociedad astronómica de Francia, me ha dirigido hace poco tiempo la relación siguiente de un hecho del mismo orden observado en 1896. Es de ayer.

Mi querido maestro :

Era el mes de junio de 1896. Durante los dos últimos meses de mi estancia en Italia, mi madre fué á reunirse conmigo en Roma y vivía cerca de la Academia de Francia en una casa de huéspedes de la vía Gregoriana, en la que usted mismo habitó.

Como en aquella época tenía yo que terminar aún un trabajo antes de volver á Francia, mi madre, para no molestarme, visitaba sola la ciudad y no iba á buscarme á la *Villa Médicis*, hasta las doce, para almorzar.

Un día la vi llegar muy alterada á las ocho de la mañana y me dijo que estando vistiéndose había visto de repente á su lado á su sobrino René Kraemer que la miró y dijo riendo :

¡Sí, sí, estoy muerto!

Muy asustada con aquella aparición, se había apresurado á ir á buscarme. La tranquilicé como pude y traté de hablar de otra cosa.

Quince días después volvimos á París y supimos la muerte de mi primo René, de catorce años, ocurrida el 12 de junio de 1896, á las seis de la mañana, ó sea á las siete de la hora de Italia. La aparición había coincidido con la muerte de mi primo, el cual, en sus últimos momentos, había expresado el deseo de ver á su tía Berta, mi madre.

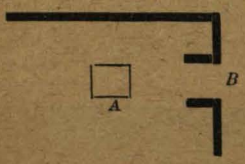
ANDRÉS BLOCH,
11, plaza Malesherbes, París.

El hecho observado por la señora de Bloch es del mismo orden que los dos precedentes. Á la hora en que su sobrino perdía el conocimiento de las cosas terrestres, pensaba ardientemente en ella, á la que amaba con ternura filial. ¿ La fuerza psíquica del moribundo no pudo manifestarse sin salir del carácter de un niño de catorce años, que, en efecto, hubiera podido decir riendo : « Sí, sí, estoy muerto? »

Se puede negar, negar siempre, pero ¿ qué prueba una negación ? ¿ No es mejor ser franco y confesar que esas son coincidencias notables, aunque incomprensibles en el estado actual de nuestros conocimientos ? La hipótesis de una alucinación sin causa es poco seria. No nos fiemos de palabras y busquemos.

M. V. de Kerkhove me escribió en febrero de 1889 :

IV. — El 25 de agosto de 1874, estando en Tejas, Estados Unidos, al ponerse el sol, después de comer, estaba yo fumando una pipa en la sala baja de la casa, delante del mar,



y había una puerta á mi derecha que daba al noroeste. Yo estaba sentado en el punto A. De repente, en el hueco de la puerta (B) vi distintamente á mi abuelo. Me encontraba yo en un estado de dulce bienestar y de quietud, como de un buen estómago que ha comido bien. No experimenté ningún asombro al verle allí. En realidad yo vivía vegetalmente y estaba sin pensamiento en aquel instante, pero hice para mis adentros esta reflexión : « Es raro, cómo lo bañan todo de oro y de púpura los rayos del sol poniente, en los más pequeños pliegues de la ropa y *de la cara* de mi abuelo. »

En efecto el sol proyectaba los últimos rayos horizontales en la puerta de la sala. El abuelo tomó su fisonomía de bondad, sonreía y parecía feliz. De repente desapareció con el sol y yo me desperté como de un ensueño, convencido de que había visto una aparición. Seis semanas después supe

por carta que mi abuelo había muerto en la noche del 25 al 26 de agosto entre una y dos de la madrugada, y es de advertir que entre Bélgica, donde murió, y la longitud de Tejas hay una diferencia de cinco horas y media. Hora de la *puesta del sol*, las siete.

Se podría objetar que no hubo aquí más que una simple ilusión producida por la postura del sol, pero es poco probable puesto que M. Kerkhove *reconoció* á su abuelo. Lo que debemos notar sobre todo son las coincidencias con la fecha de la muerte.

El 10 de Noviembre de 1890 recibí la carta siguiente de Cristianía :

V. — Mi querido maestro :

Su libro *Urania* me incita á hacerle conocer un suceso que sé directamente por la persona á quien ocurrió, M. Vogler, médico danés, que vive en Gudum, cerca de Alborg, Jutlandia. M. Vogler es hombre de salud excelente de cuerpo y espíritu, una naturaleza recta y positiva, sin la menor propensión neurasténica ó imaginativa, sino todo lo contrario.

Siendo estudiante de medicina, viajaba por Alemania con el conde de Schimmuelmann, muy conocido en la nobleza de Holstein. Ambos eran de la misma edad. En una de las poblaciones de universidad en la que pensaban permanecer algún tiempo, alquilaron una casita. El conde ocupaba el piso bajo y M. Vogler el primero. La puerta de la calle y la escalera pertenecían á ellos solos.

Una noche M. Vogler estaba leyendo en la cama cuando de repente oyó que la puerta de la calle se abría y se cerraba, pero no hizo caso, creyendo que era su amigo que entraba. Sin embargo oyó unos pasos arrastrados y como de fatiga que subían la escalera y se detenían en la puerta de su cuarto. Vió que la puerta se abría, pero no entró nadie. Los pasos continuaron, sin embargo, y se acercaron á la cama. En el cuarto había luz. Cuando los pasos sonaron al lado de la cama, M. Vogler oyó un gran suspiro, que reconoció

como de su abuela, á la que había dejado en buena salud en Dinamarca. Los pasos eran también los de su abuela.

Anotó exactamente la hora de esta revelación, pues tuvo la intuición instantánea de que su abuela se moría en aquel momento, y en efecto, supo después que aquella señora, que le amaba tiernamente, había muerto *á la hora indicada.*

EDUARDO HAMBRO,

Licenciado en derecho, secretario de la oficina de trabajos públicos de Cristianía.

Aquel joven fué advertido de la muerte de su abuela por una impresión de pasos y de un suspiro. Esto es lo que hay que admitir.

Mme Feret, de Juvisy, madre de la jefa de Correos de esa población, me escribió en diciembre de 1898:

VI. — El hecho de que se trata sucedió hace mucho tiempo pero le recuerdo como si fuera de ayer y no le olvidaría aunque viviera cien años.

Durante la guerra de Crimea, en 1855, vivía yo en la calle de la Tour, en Passy. Un día, á la hora de almorzar, bajé á la cueva. Un rayo de sol entraba por el tragaluz y daba en el suelo. Aquella parte alumbrada me pareció de pronto una playa de arena y vi que en la playa yacía muerto uno de mis primos, jefe de batallón.

Asustada, volví á subir con trabajo la escalera y cuando conté á mi familia la visión todos se burlaron de mí.

Quince días después recibimos la noticia de la muerte del comandante Solier, ocurrida al desembarcar en Varna, precisamente en el día en que yo le ví muerto en la cueva.

Tan difícil es explicar este hecho como los precedentes en el estado actual de nuestros conocimientos. Se puede decir sin duda que juega aquí un rayo de sol, que aquella joven pensaba algunas veces en su primo, cuya partida le había impresionado, que se

había hablado con ella del número de muertos, del cólera, de los enfermos, de los inmunerables peligros de aquella guerra más estúpida que las demás, y que no hubo en esto más que una ilusión. Pero Mme Feret está segura de haber visto distintamente al oficial muerto en la playa y allí fué, en efecto, donde murió del cólera al desembarcar en Varna. Notemos también la coincidencia de la fecha. ¿ No podemos creer racionalmente que el oficial al sentirse morir en una playa extranjera pensó en la Francia, que no debía ver más, en París, en sus padres, en aquella prima, cuya imagen fugitiva consoló sus últimos instantes? No admito que la narradora viera desde París la playa de Varna, pero sí que la causa de la visión estaba allí y que hubo comunicación telepática entre el moribundo y su prima.

Continuemos pasando revista á estas manifestaciones curiosas y examinando *hechos*. Las teorías y las explicaciones vendrán después. Cuantos más hechos conozcamos, más progresos hará nuestra instrucción. He recibido hace pocos días la carta siguiente de un diputado y poeta muy conocido y estimado por todos por la sinceridad de sus convicciones y el desinterés de su vida:

Querido maestro y amigo:

VII. — Era en 1871. Estaba yo en la edad en que se cogen florecillas en los campos como usted recoge estrellas en el infinito, pero en un momento en que olvidé aquella poética ocupación, escribí un artículo que me valió algunos años de prisión. Estaba yo, pues, en la cárcel de San Pedro, en Marsella, en la que también se encontraba Gastón Crémieux, condenado á muerte y al que quería mucho porque los dos habíamos tenido los mismos sueños y caído en la misma realidad. En los paseos de la prisión era frecuente que hablásemos de la cuestión de Dios y del alma inmortal. Un

día algunos camaradas se declararon ateos y materialistas con una vehemencia poco ordinaria, y les hice observar que no estaba bien en nosotros proclamar esas negaciones ante un condenado á muerte que creía en Dios y en la inmortalidad del alma. El condenado me dijo sonriendo :

« Gracias, amigo mío. Cuando me fusilen iré á dar á usted la prueba por una manifestación en su celda. »

La mañana del 30 de noviembre, al rayar el alba, fuí repentinamente despertado por *unos golpecitos secos dados en mi mesa*. Me volví y el ruido cesó. Me dormí de nuevo y unos momentos después sentí el mismo ruido. Salté entonces de la cama y me puse, bien despierto, delante de la mesa. El ruido *continuó*. El hecho se reprodujo todavía una ó dos veces en las mismas condiciones.

Al levantarme todas las mañanas, tenía yo la costumbre, con la complicidad de un buen carcelero, de ir á tomar una taza de café á la celda de Crémieux y aquel día me dispuse á hacer lo mismo. ¡ Ay ! Vi sellada la puerta de su prisión y observé por el ventanillo que él no estaba en ella. El carcelero entonces se arrojó en mis brazos y me dijo llorando :

« Le han fusilado esta mañana al despuntar el día. Ha muerto con gran valor. »

La emoción fué grande entre los presos, á los que el miedo pueril de que se burlasen de mí me impidió contar lo que había sucedido en mi celda en el minuto preciso en que Crémieux caía acribillado de balas. Hice sin embargo la confidencia á uno de ellos, Francisco Roustan que dudó un momento si la pena me había vuelto loco.

He escrito este relato al correr de la pluma. Haga usted de él el uso que le parezca útil á sus investigaciones, pero no forme sobre mí el juicio de mi amigo Roustan, porque el dolor no podía haberme vuelto loco cuando el conocimiento del hecho no le había aún provocado. Me encontraba en mi estado normal, no sospechaba la ejecución y oí perfectamente aquella especie de advertencia. Esta es la verdad desnuda.

CLOVIS HUGUES.

Según este relato, parece que en el momento mismo en que Gastón Crémieux era fusilado (su condena

databa de los días de la *Commune* de Marsella, del 28 de junio), su espíritu obró sobre el cerebro de su amigo y le dió una sensación, un eco, una repercusión del drama de que era víctima. Desde la prisión no se podían oir los tiros (el fusilamiento se verificó en el Faro) y el ruido se repitió varias veces. El hecho es tan raro como los precedentes, pero difícil de negar.

Dejando para luego las teorías, continuemos nuestra exposición comparativa que es en sí misma tan curiosa y variada.

Un sabio distinguido, M. Alfonso Berget, doctor en ciencias, preparador del laboratorio de física de la Sorbona, examinador de la Facultad de ciencias de París, me ha comunicado la relación siguiente:

VIII. — Mi madre era soltera y prometida de mi padre, entonces capitán de infantería, cuando la cosa ocurrió en casa de mis suegros, en Schlestadt.

Mi madre había tenido una amiga de la infancia, ciega, llamada Amelia M*** y nieta de un viejo coronel de dragones del primer imperio. Desde que quedó huérfana, vivía con sus abuelos. Conocía muy bien la música y *cantaba á menudo con mi madre.*

Hacia los diez y ocho años sintió una vocación religiosa muy pronunciada y tomó el velo en un convento de Strasburgo. En los primeros tiempos escribía con frecuencia á mi madre, pero después cesó toda correspondencia.

Estaba en el convento hacía tres años, cuando un día mi madre subió á la boardilla para buscar un objeto cualquiera y volvió á bajar muy asustada exclamando entre sollozos : « ¡ Es horrible ! Amelia *está muerta, porque acabo de oirla cantar como solamente una muerta puede hacerlo.*

Y una crisis nerviosa le hizo desvanecerse.

Media hora después, el coronel M*** entraba como un loco en casa de mi abuelo con un telegrama en la mano, en el que la superiora del convento le decía : « Venga usted; su nieta muy mala ». El coronel tomó el primer

tren y cuando llegó al convento supo que su nieta había muerto á las *tres en punto*, hora exacta de la visión de mi madre.

Todas las personas de mi familia, que presenciaron el hecho, me lo han contado con frecuencia.

Este hecho no es menos digno de atención que los demás. El nombre del narrador es una segura garantía de autenticidad. No hay en él ni imaginación ni novela y la hipótesis aceptable parece la misma. La amiga de la señora de Berget, *en el momento mismo de la muerte*, pensó con gran intensidad y acaso con inmensa pena en su amiga de la infancia, y desde Strasburgo hasta Schlestadt la emoción del alma de la joven fué á herir instantáneamente el cerebro de la señora de Berget y le dió la ilusión de una voz celeste que cantaba una pura melodía. ¿ Cómo ? ¿ De qué manera? No lo sabemos, pero sería anticientifico el negar una coincidencia real, una relación de causa á efecto, un fenómeno de orden psíquico, por la única razón de que no sabemos explicarle.

— ¡ El azar es tan grande ! se oye decir.

Sí, sin duda, pero estemos en guardia y no tengamos preocupaciones. ¿ Puede el azar explicar estas coincidencias en el cálculo de las probabilidades? Esto es lo que habremos de examinar.

Pero no perdamos el tiempo; los documentos abundan.

Mme Ulric de Fonvielle me contó el 17 de enero último (1899) la siguiente observación *hecha por ella misma* y conocida por toda su familia.

IX. — Esta señora habitaba Rotterdam. Una noche, á las once, la familia rezó sus oraciones y cada uno se fué á su

cuarto. Mme de Fonvielle estaba acostada hacía un rato y aún despierta, cuando vió separarse las cortinas á los pies de la cama y que una amiga de la infancia á la que no veía hacía tres años por una falta de delicadeza cometida, *se le aparecía con una limpieza tan perfecta* como la de una persona viva. Llevaba un gran peinador blanco, los cabellos le caían por la espalda y la miraba fijamente con sus grandes ojos negros, diciendo en holandés :

« Señora, me voy. ¿ Me pardona usted ? »

La de Fonvielle se sentó en la cama y le tendió la mano para responder, pero la visión desapareció súbitamente.

El cuarto estaba alumbrado por una lamparilla y todos los objetos eran visibles. En el momento el reloj dió las doce.

Por la mañana la de Fonvielle estaba contando á la familia aquella singular aparición cuando recibieron un telegrama de la Haya, así concebido :

« María muerta anoche, once y tres cuartos. »

M. Ulric de Fonvielle me ha afirmado, por su parte, que el hecho de la aparición y la coincidencia no es discutible. En cuanto á la explicación, la está buscando como nosotros.

El 20 de marzo de 1899 recibí la carta siguiente :

Mi querido maestro :

X.—Me pide usted que le escriba el hecho de presentimiento, doble vista, sugestión ó aparición de que le he hablado.

Iba yo á entrar en la Escuela naval y esperaba el momento en París, calle de la Ville-l'Evêque donde habitaba mi madre. Teníamos entonces un mayordorno piamontés muy inteligente y muy adicto, pero tan escéptico como poco crédulo. Para emplear la expresión popular, no creía ni en Dios ni en el diablo.

Una tarde, á eso de las seis, entró en el salón con la cara convulsa. « ¡ Señora ! exclamó, ¡ Señora ! Me ocurre una gran desgracia ¡ Mi madre acaba de morir ! Hace un instante, estaba yo en mi cuarto descansando un rato y se ha abierto

la puerta... Mi madre estaba en el umbral muy pálida y haciéndome un ademán de adiós. Me froté los ojos creyendo en una alucinación, pero no, la veía bien... Me precipité hacia ella pero desapareció. ¡Está muerta! » Y el pobre muchacho lloraba.

Lo que yo puedo afirmar es que pocos días después se supo que su madre había muerto, en efecto, en el día y en la hora en que se apareció al hijo.

BARÓN DESLANDES,

Ex-oficial de Marina, 20, calle La Rochefoucauld, París.

La baronesa Staffe, cuyas preciosas obras están en todas las manos, me ha hecho conocer los dos casos siguientes:

XI. — La señora M... perteneciente á una familia de médicos, era la veracidad misma. Era capaz de morir antes de decir una mentira. He aquí lo que me contó.

En su adolescencia vivía en Inglaterra, y á los diez y seis años era la prometida de un joven oficial del ejército de las Indias.

Un día estaba asomada al balcón, pensando en su prometido, cuando le vió en el jardín, enfrente de ella, muy pálido y como estenuado. ¡Harry! ¡Harry! gritó y bajó precipitadamente la escalera. Abrió la puerta creyendo encontrar á su amado en el umbral, pero no había nadie. Entró en el jardín, examinó el sitio en que le había visto, registró las enramadas y Harry no estaba.

Todos trataron de consolarla, de decirle que había sido una ilusión, pero ella repetía: « ¡Le he visto! ¡Le he visto! »

Algún tiempo después la joven supo que su prometido había muerto en el mar *el día y á la hora* en que ella le vió en el jardín.

XII. — Bernardina era una criada sin instrucción, sin ninguna idea espiritualista y á la que se acusaba de entregarse algunas veces á la bebida.

Una tarde bajó á la cueva á buscar cerveza y volvió á subir en seguida con el jarro vacío, pálida y descompuesta. « ¿Qué tienes, Bernardina? » le preguntaron sus amos.

— ¡Acabo de ver á mi hija, la de América; estaba de blanco y con aspecto de enferma y me ha dicho: « Adiós, mamá ».

— ¡Estás loca! ¿Cómo quieres haber visto á tu hija si está en Nueva York?

— La he visto y la he oído! ¡Está muerta!

Todos creyeron que había bebido algo más que lo razonable, pero el primer correo trajo la noticia de la muerte de la joven *el mismo día y á la misma hora* en que su madre la vió y la oyó.

M. Binet, tipógrafo de Soissons, me ha referido la visión siguiente de que él fué el actor:

XIII. — Mézières, mi país, fué devastado por un bombardeo que duró treinta y seis horas y bastó para hacer numerosas víctimas, entre ellas la nieta de nuestro propietario, que fué cruelmente herida. Tenía esta niña 11 ó 12 años y yo 15, y jugábamos juntos con mucha frecuencia. Se llamaba Leontina.

Hacia el mes de marzo fuí á pasar unos días á Donchery y me fuí sabiendo que aquella pobre niña estaba perdida, pero el cambio de pueblo y los pocos años me hicieron olvidar pronto las desgracias que acababan de ocurrir.

Dormía yo solo en un cuarto largo y estrecho cuya ventana daba al campo. Una noche en que no podía dormirme, cosa extraordinaria en mí, vi en la ventana, que estaba enfrente de mi cama, un rayo de luna que tomaba la forma de un cuerpo, avanzaba hasta mi cama y se paraba al lado mío. Lancé un grito ¡Leontina! Y la sombra luminosa desapareció por los pies de la cama.

Algunos días después, cuando volví á casa de mis padres, supe que Leontina había muerto *en la noche y á la hora de mi visión.*

M. Castex-Dégrange, director adjunto de la Escuela de bellas artes de Lión, me ha transmitido el hecho siguiente:

XIV. — Mi suegro, el doctor Clément, tenía la costumbre de tomar en la cama una taza de café con leche antes de levan-

tarse para hacer sus visitas á los enfermos. Una mañana se estaba desayunando y hablaba con su mujer, sentada á su lado, cuando fué levantado de repente y empujado hacia la cama por una fuerte sacudida que le hizo verter todo el contenido de la taza.

A la misma hora, según supo después, su hermano murió en Argel á consecuencia de una picadura que sufrió bañandose en el mar.

M. Chaband, antiguo director de un colegio en París, profesor muy estimado y al que numerosos discípulos deben una excelente instrucción, me ha comunicado la siguiente observación, hecha por él mismo:

XV. — He pasado una parte de mi niñez en Limoges en casa de un tío mío que me mimaba mucho y al que yo llamaba papá. Vivíamos en el primer piso de una casa en cuya planta baja había una fonda.

Confieso lleno de confusión que muchas veces me divertía á expensas del dueño del establecimiento y, entre otras bromas de mal gusto, entraba en la cocina de repente gritando: « Señor Garat, venga usted pronto; papá le llama. » Aquel buen hombre abandonaba sus cacerolas y subía al piso primero, donde yo me reía en sus barbas.

Naturalmente, él se enfadaba y bajaba la escalera refunfuñando, pero sus amenazas no me asustaban y, por otra parte, ya tenía yo buen cuidado de mantenerme á una prudente distancia.

Una tarde de mayo, en 1851, entre seis y siete de la tarde, salía yo con mi tío á dar nuestro paseo acostumbrado hacia el Puente Nuevo, en el camino de Tolosa, cuando mi tío entabló este diálogo con la hija del fondista:

« ¿Cómo está el señor Garat?

— Muy mal, señor Chabrol.

— ¿Quiere usted que entre? (Mi tío era médico).

— Es inútil, señor Chabrol. ¡Mi pobre padre se está muriendo!

Una vez en la calle, yo, que tenía diez años, olvidé el incidente y me puse á jugar con mi aro.

Doy estos detalles para que se juzgue de mi estado de

ánimo. Libre de toda preocupación no pensaba en el pobre fondista.

Al llegar al Puente Nuevo me detuve de pronto porque acababa de ver al señor Garat que venía tranquilamente por enmedio de la calle.

En tres saltos me puse al lado de mi tío.

« Papá, le dije, el señor Garat se ha levantado. ¿No le ve usted allí, á pocos pasos?

— ¿Qué dices ahí? respondió mi tío, blanco como una pared.

—La verdad, papá. ¡Vaya si es el señor Garat! Mírale con su gorro de algodón, su blusa azul y su palo. ¡Bueno! Ahora se pone á toser.

— Aproxímate. »

Yo me acerqué todo lo posible al fondista, cuidando de no ponerme al alcance de su mano, pues al verme pareció intentar un ademán poco tranquilizador.

Me volví hacia mi tío, que dijo :

« Volvámonos á casa. »

Tomé la delantera y cuando llegué, hacía cinco minutos que el señor Garat había muerto, el tiempo justo que yo había empleado en el camino.

Volví corriendo á dar la noticia á mi tío, que se estremeció sin decir una palabra.

Aunque estoy seguro de haber visto bien, era yo entonces un niño y se podrá decir que fuí engañado por un parecido ó por una ilusión ; pero ¿cómo admitir que mi tío, un viejo cirujano de la marina, poco crédulo por carácter y por profesión, tuviese también un ofuscamiento en pleno día?

Cuando me estaba ocupando especialmente en el examen de estas enigmáticas manifestaciones y apariciones de moribundos, en los primeros meses de este año (1899), pude observar que si la mayoría de las personas con quienes hablaba eran de un escepticismo casi completo y jamás habían visto nada de este género, había un buen número que sabía que tales cosas existen. Se puede calcular que hay por término medio una persona de cada veinte que ha observado por sí

misma hechos análogos ó ha oído hablar de esto á sus allegados y puede proporcionar observaciones directas.

Acabo de citar quince casos que me han sido contados por personas en relación directa conmigo. Había oído los relatos de otras veinte, cuando me ocurrió la idea de tratar de hacer en Francia una información análoga á la que se hizo en Inglaterra hace algunos años sobre esta clase de fenómenos. La ocasión me pareció excelente desde el punto de vista de la seguridad, de la autenticidad y del valor de los testimonios. Publiqué los primeros capítulos de esta obra en el periódico semanal de mi erudito amigo Adolfo Brisson, los *Annales politiques et littéraires*, cuyos suscritores forman como una inmensa familia, en correspondencia frecuente con la redacción. Hay entre ellos una especie de intimidad que no he observado sino entre los lectores del *Bulletin mensuel de la Société astronomique de France* y, hace tiempo, en los del *Magasin pittoresque*. Ese lazo de familia no existe entre los lectores de los periódicos diarios ni de las más serias revistas. Los lectores y los redactores están unidos por una comunidad de ideas, no á modo de iglesía en la que todos piensan lo mismo, sino por medio de una buena voluntad, de un deseo de unirse y de ayudarse en las mismas investigaciones.

Entre los 80 000 abonados de los *Annales* hay algunos que son acaso santurrones llenos de escrúpulos, de los que declaran en seguida que me ocupo en lo que no me concierne, que esas cuestiones están reservadas á la Iglesia y que el catecismo resuelve todos los misterios. Este es el razonamiento con que respondían á Sócrates los devotos del templo de Júpiter. ¿Dónde está hoy ese templo? ¿Dónde ha ido á parar Júpiter?

En cambio se siguen leyendo los diálogos de Sócrates.

Me pareció, pues, que sería fructuoso abrir una información entre los numerosos lectores de los *Annales* y pedirles que me dieran á conocer cuáles de entre ellos han sido testigos de hechos de este género. En el número del 26 de marzo de 1899 apareció una convocatoria con ese fin, en la que se planteaban las dos preguntas siguientes:

1°. *¿ Le ha sucedido á usted en una época cualquiera el notar, estando despierto, la impresión clara de ver un ser humano, ó de oirle, ó de ser tocado por él, sin que se pueda atribuir esa impresión á ninguna causa conocida?*

2°. *¿ Ha coincidido esa impresión con alguna muerte?*

Como era de esperar, todos los lectores no han respondido. Para escribir una tarjeta ó una carta sin otro fin que el de ser útil á la resolución de un problema, hace falta cierta adhesión impersonal hacia la causa de la verdad y esos hermosos caracteres no son frecuentes. Además hay muchos que temen el ridículo en este orden de ideas.

Una de las cartas me dice que su autor deseaba enviarme la relación de un hecho ocurrido á él mismo y no había tenido valor para hacerlo. ¿ Por qué? por un sentimiento del que participa mucha gente y que consiste en pensar: « ¿ Para qué? M. Flammarión ha recibido ciertamente cientos de relaciones y una más no importará nada, ni será siquiera leída. »

Por otra parte he podido observar que un gran número de personas que han sido testigos de este género de hechos se los callan, ya por un respeto acaso exagerado á recuerdos dolorosos, ya por no enterar á

nadie de sus asuntos íntimos, ya sencillamente por no dar lugar á ninguna discusión ni á ninguna crítica por parte de los escépticos.

He recibido 4280 respuestas enviadas por 2456 personas que nada han visto ni sabido de tales cosas y 1824 que sí. Entre éstas hay 1758 cartas más ó menos detalladas entre las cuales muchas muy insuficientes; pero he podido elegir 786 muy importantes, que han sido clasificadas, transcritas en su parte esencial y resumidas. Lo que llama la atención en todos estos relatos es la lealtad, la conciencia, la franqueza y la delicadeza de los narradores.

Esas 786 cartas contienen 1130 hechos diferentes que pueden clasificarse de este modo:

Manifestaciones y apariciones de moribundos.
Manifestaciones y apariciones de vivos no enfermos.
Manifestaciones y apariciones de muertos.
Vista de hechos que ocurren lejos.
Sueños premonitorios. Previsión del porvenir.
Sueños en los que se ve á los muertos.
Encuentros presentidos.
Presentimientos realizados.
Vivos vistos en doble.
Movimientos de objetos sin causa aparente.
Comunicación de pensamientos á distancia.
Impresiones sentidas por animales.
Llamadas oídas á grandes distancias.
Puertas cerradas con cerrojo que se abren solas.
Casas encantadas.
Experimentos de espiritismo.

Muchos de estos hechos son subjetivos y suceden en el cerebro de los testigos sin dejar de estar determinados por una causa exterior. Muchos también son simples alucinaciones. Todos enseñan que *hay todavía muchas cosas que no conocemos* y que hay en la naturaleza *fuerzas desconocidas* interesantes de estudiar.

Voy ante todo á extraer entre las cartas recibidas las que tienen por objeto manifestaciones de moribundos á personas despiertas y en un estado de ánimo normal, eliminando todo lo concerniente á los sueños. Estas observaciones son continuación de las precedentes. Las daré sin comentario alguno y la discusión vendrá después. Todo lo que pido es que se las lea con cuidado.

Suprimo en ellas todas las fórmulas de cortesía y todas las protestas de sinceridad y de certidumbre moral. Cada comunicante *afirma por su honor* que cuenta los hechos exactamente como los conoce. Digámoslo de una vez por todas.

XVI. — El 29 de julio de 1865, Nephtali André atravesaba el mar entre Francia y Argelia y de pronto tuvo la impresión de que le llamaban muy distintamente : « ¡ Nephtali ! » Se volvió y no vió á nadie. Como la voz era la de su padre, que él sabía estaba enfermo, y como además había oído hablar de fenómenos de telepatía, le ocurrió en seguida la idea de una correlación cualquiera entre aquella llamada misteriosa y el estado de su padre, M. Gabriel André. Miró el reloj para fijar el momento preciso y al llegar al puerto el joven supo el fallecimiento ocurrido *á la misma hora* en que oyó aquel llamamiento supremo.

Mi abuelo, Gabriel André, se casó con la señorita de Saulses Larivière, pariente de M. Saulses-Freycinet, ministro de la Guerra.

TONY ANDRÉ.
Pastor, en Florencia.

XVII. — Respondo ante usted como lo haría un testigo.

A. — El jueves 1º de diciembre de 1898, después de haber pasado la velada con mi madre, me metí en mi cuarto para acostarme. En este momento sentí una especie de aprensión, una angustia del corazón, y tuve el convencimiento de que había alguien en mi cuarto ó de que debía haber alguien.

Mi cuarto contiene pocos muebles y pocas cortinas y es

imposible esconderse en él. Pronto le recorrí de una ojeada y vi que no había nadie.

Como la aprensión continuaba, salí al vestíbulo, recorrí la escalera y nada vi de extraño.

Tuve entonces el presentimiento de que me iba á suceder aquella noche alguna cosa, que me iban á robar, que iba á haber fuego, que iba á venir un gendarme para llevarme á declarar sobre un crimen, ¿qué sé yo?

Al poner el reloj en la mesa de noche, vi que eran *las nueve y media* y me acosté.

Por la mañana recibí un telegrama anunciándome que un tío mío muy viejo y enfermo hacía mucho tiempo, acababa de morir la víspera, ó sea el 1° de diciembre, sin decir la hora.

Al enseñar el telegrama á mi madre añadí : « Ha muerto á las nueve y media de la noche. »

Hice la misma afirmación delante de varias personas á fin de poder invocar su testimonio si mis dichos eran puestos en duda, y en el primer tren me fuí á Janville, donde habitaba mi tío, á 40 kilómetros de Malesherbes.

En cuanto llegué pregunté á mi tía á qué hora había muerto su marido y me respondió al mismo tiempo que una mujer que guardaba al muerto y había asistido á su agonía : « *Á las nueve y media de la noche.* »

B. — En el mes de octubre de 1897, se hallaba mi madre en un cuarto que comunicaba con el comedor por una puerta, entonces abierta, y oyó una especie de suspiro prolongado y sintió como un soplo que pasaba delante de su cara.

Yo había salido, pero mi madre creyó que había vuelto sin que ella lo viese y dijo en alta voz « ¿Eres tú, Jorge? »

No recibió respuesta y al entrar en el comedor no vió á nadie.

Cuando yo volví, mi madre me contó lo ocurrido.

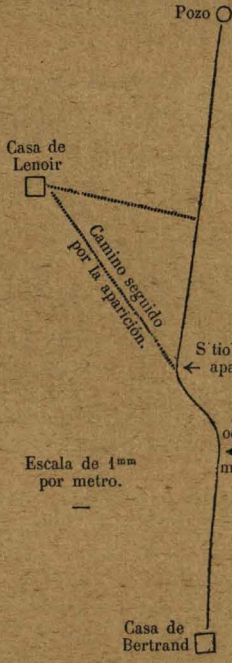
Por la mañana recibimos un telegrama anunciándonos la muerte de una prima en Chambon (Loiret) á 25 kilómetros de nuestro pueblo.

Mi madre se fué á Chambon y supo que la prima había muerto de una caída algunas horas después del accidente.

La manifestación que se había producido *coincidía exactamente* con la hora en que la prima estaba moribunda.

GEORGES MERLET,
Juez de Paz de Malesherbes (Loiret).

XVIII. — El 28 de Octubre de 1845, mi padre, que tenía catorce años, volvía de sacar un cubo de agua de un pozo situado á 80 metros de la casa de sus padres. Por la mañana había visto entrar en la casa, enfermo, al señor Lenoir, de 50 años, empleado como pastor en casa de M. Boutteville, labrador de Nanteau-sur-Lunain (Seine-et-Marne). Para ir al pozo (véase la figura) había que pasar á unos 20 metros de la habitación de Lenoir. Eran las cuatro de la tarde.



Mi padre se detuvo para descansar y al volverse vió distintamente, á unos 10 metros, al señor Lenoir con un paquete al hombro, que iba hacia él. Creyendo que volvía á su trabajo, mi padre cogió el cubo y entró en la casa. Su hermano Carlos entró en este momento diciendo : « No sé lo que pasa en casa de Lenoir, que se oye gritar : *¡Ay! Está muerto.* » No es de seguro Lenoir, porque acabo de verle salir de casa de su amo.

Sin perder tiempo, mi abuela se fué á casa de los Lenoir y supo que el marido acababa de morir en el mismo momento en que mi padre le había visto.

A. BERTRAND,
Maestro de Vilbert (Seine-et-Marne).

XIX. — Mi abuelo materno vivía en Huningue, donde era alcalde. Poco después del sitio de aquella población, mi abuelo recibió la noticia de que su padre, que habitaba Rixheim, á 20 kilómetros de Huningue, estaba peligrosamente enfermo. Ensillar su caballo y partir al galope fué obra de un instante. Á mitad del camino *su padre se le apareció delante del caballo, que se encabritó*. Su primer pensamiento fué que su padre había muerto y, en efecto, al llegar á Rixheim, media hora después, supo que su padre había sucumbido en el momento mismo de la aparición.

Mi madre, Magdalena Saltzmann, entonces soltera, se casó años después con Antonio Rothea, mi padre, notario de Altkrich, donde desempeñó su cargo durante treinta años. Yo le sucedí y después de la guerra de 1870, dejé la Alsacia para instalarme en Francia y últimamente en Orquevaux (Alto-Marne).

E. Rothea.

XX. — Mi querida madre murió el 8 de abril de 1893. Tres días antes había yo recibido noticias suyas muy tranquilizadoras y aquel sábado, 8 de abril, formé el proyecto de salir y estaba disponiéndome á hacerlo á las dos de la tarde cuando me sentí acometido de una gran angustia. Subí á mi cuarto y caí sollozando en una butaca; estaba viendo á mi madre *echada en su cama*, con una papalina blanca que yo no le había visto, y *muerta*. Mi criada, sorprendida al verme llorar y oyendo la causa, me dijo que era cuestión de nervios y me obligó á seguir vistiéndome y á salir. Cinco minutos después me alcanzó mi marido que traía este telegrama : « Madre perdida; no pasará noche. » ¡Está muerta, dije; lo sé, la he visto. »

Eran las dos y media, hora de París, cuando vi á mi madre muerta y un nuevo telegrama nos hizo saber que había muerto de repente á las tres y media, hora de Strasburgo. No había estado enferma, se acostó sintiendo un poco de frío y no creía morir, puesto que pidió á mi padre que le leyera una carta. Es indudable que pensó en mí al expirar. Las personas que la amortajaron me describieron después la papalina de muselina blanca, *tal como yo la había visto*.

A. Hess,
En Alby

XXI. — Un joven estudiante de medicina, interno del hospital, contrajo una angina sin gravedad al parecer. Se acostó por la noche y, según se supone, se durmió. Á las tres de la madrugada una religiosa del hospital oyó unos golpes en su puerta. Se levantó precipitadamente, corrió á la puerta y no vió á nadie. Se informó y nadie había oído los golpes. Por la mañana se encontró al estudiante muerto, con las manos crispadas en la garganta. Le había matado una hemorragia.

La religiosa se explicó los golpes dados en la puerta. El pobre moribundo había pensado probablemente en ella, á quien conocía particularmente y cuya presencia acaso le hubiera salvado de la muerte.

Si publica usted esta relación le ruego cambie el nombre de la población y el mío, pues aquí todos son muy « *fin-de-siècle* » y se burlan de todo.

A. C. (*Carta 43.*)

XXII. — Tenía yo un tío que había servido en los zuavos. Su capitán le tomó cariño, pero después cesaron entre los dos las relaciones. Muchos años después, una mañana, mi tío, en la cama y bien despierto, tuvo la impresión muy clara de ver entrar á su capitán, llegar á los pies de la cama, mirarle un instante sin decir nada y desaparecer. Mi tío se levantó, preguntó en la casa y nadie había visto nada. Algunos días después supo que su capitán había muerto *aquel día*. ¿Comprobó mi tío la concordancia de la hora? No lo sé.

Joannis Janvier,

Anzy-le-Duc (Saône-et-Loire).

XXIII. — Hace próximamente año y medio, mi padre, mi hermana y una prima que estaba en casa de temporada, estaban hablando en el comedor. Las tres personas ocupaban solas el piso. De pronto oyeron tocar el piano en el salón. Muy asombrada mi hermana cogió una lámpara, fué al salón y vió perfectamente que algunas teclas bajaban juntas, producían sus sonidos y volvían á su posición (1).

(1) M. Victorien Sardou me dice haber observado un hecho análogo.

Cuando mi hermana contó lo que había visto, se rieron todos en el primer momento y vieron un ratón en el fondo de la historia, pero como mi hermana tiene una vista excelente y no es supersticiosa, acabaron por encontrar la cosa extraña.

Ocho días después una carta de Nueva York nos hacía saber la muerte de un tío nuestro que habitaba aquella ciudad. Y lo más extraño es que tres días después del de la recepción de la carta el piano se puso de nuevo á tocar. Como la primera vez la noticia de una muerte nos llegó á los ocho días; una tía esta vez.

El tío y la tía formaban una pareja perfectamente unida y habían guardado un gran cariño á sus parientes y á su país.

Desde entonces, jamás el piano ha tocado solo.

Los testigos del hecho le certificarán cuando se quiera. Habitamos en el campo, cerca de Neuchâtel (Suiza) y puedo asegurar que no tenemos nada de neuróticos.

ÉDOUARD PARIS,

Pintor, cerca de Neuchâtel (Suiza).

XXIV. — En enero de 1888 perdí á mi abuela, la cual llamó á sus hijos á su lecho de muerte para darles un supremo adiós. Todos estaban presentes menos una de mis tías que era y es aún religiosa en el Brasil. Mi abuela manifestó gran pena por no poder verla y mi madre fué encargada de enviar á la ausente la triste noticia. Dos meses después recibió una carta de la monja en la que ésta le contaba que una noche, al acostarse, había oído pasos al rededor de su cama. Se volvió y no vió nada; pero de repente la cortina se abrió y ella sintió como una mano que se apoyaba en la cama. Estaba sola en su celda y tenía luz. Su primer pensamiento fué que algún pariente suyo había muerto y se puso á rezar por su alma. Anotó el día y la hora y resultó que había tenido aquella visión precisamente en el día de la muerte de su madre.

M. ODÉON,

Institutriz en Saint-Genix-sur-Guiers (Saboya).

XXV. — Mi padre daba hace tiempo ocupación á un indivi-

duo llamado Fautrac originario de Agneaux, cerca de Saint-Lô. Era el tal persona de excelente carácter, jovial y aficionado á dar chascos á los mozos del pueblo. Algunos recuerdan aún las partidas que él les jugó.

Á pesar de esto todo el mundo le quería y le buscaba precisamente por su buen humor. El desgraciado, que había servido siete años en la infantería de marina, en el Senegal, había contraído las fiebres y no se había repuesto. La anemia le acarreó la tisis, y mi padre, que le quería mucho, le cuidó en casa durante muchos meses, pero el mal hacía progresos y mi padre obtuvo su admisión en el hospital de Granville. Fautrac estuvo allí todavía tres meses antes de morir.

Mi padre iba á verle todos los domingos para consolarle y llevarle algunos socorros.

Un lunes, después de una de esas visitas, mi padre y mi madre fueron despertados bruscamente por un golpe violento en la cabecera de la cama.

« ¿Qué ocurre? preguntó mi madre muy asustada. ¿Has oído el golpe que acaba de sonar en la cama? » Mi padre, que no quería aparentar que tenía miedo, y que había percibido el mismo golpe, no respondió, se levantó, encendió la lámpara y consultó el reloj. « Tengo un presentimiento, dijo. Apuesto á que el pobre Fautrac ha muerto. Me decía siempre que me lo advertiría. » Mi padre se fué á Granville en cuanto fué de día y pidió ver al enfermo á pesar de ser muy temprano. Le respondieron que había muerto en la noche, á las dos de la mañana, exactamente á la hora en que mis padres habían sido bruscamente despertados.

He contado esta historia muchas veces y no he encontrado más que incrédulos y personas dispuestas á tratarme de supersticioso. Yo mismo he dicho á mis padres : « ¿Pero es una coincidencia, una pesadilla ó qué? » Mi padre me ha respondido siempre : « No, no estaba soñando, ni tu madre tampoco. »

El hecho no es discutible. ¡Ah! Si pudiera usted con su información proyectar un poco de claridad en estos interesantes problemas...

P. Bouchard,

Empleado de Correos en Granville (Manche).

XXVI. — El 19 de diciembre de 1898 me ocurrió una cosa muy curiosa que puede ser confirmada por todas las personas que me rodean, pues me causó una impresión profunda.

Mi marido estaba de viaje y yo me llevé á dormir en mi cuarto á mi hijo mayor, de siete años. Todas las puertas estaban cerradas con cerrojo, pues soy muy miedosa y nuestra casa está aislada. Á las tres de la mañana mi hijo y yo nos despertamos y oímos unos pasos ligeros, pero claros, que se dirigían hacia la puerta de los niños y después á la mía. Al mismo tiempo el picaporte de la puerta de los niños se levantó, pero estaba echada la llave. Salté de la cama y sin abrir la puerta pregunté : « Ana (el nombre de la criada) ¿ es usted ? » No obtuve respuesta y me volví á acostar. Grande fué mi espanto al saber por la mañana que Ana no había salido de su boardilla durante la noche.

Dos días después supe la muerte de una parienta de los antiguos inquilinos de nuestra casa, ocurrida el 19, á las once de la noche.

JEANNE BANAUD D'ÉBERLÉ,

Ladrillal de Bussigny.

XXVII. — Mi padre, nacido en 1805 en Saint-Lô-d'Ourville (Manche), estaba en pensión en el seminario de Saint-Sauveur-le-Vicomte, á 12 kilómetros de allí. Era el preferido de su padre que le mejoró en un cuarto en su herencia, afortunadamente, pues el segundo hijo se hubiera pronto comido los bienes paternos.

No es, pues, extraordinario que ese padre, al morir repentinamente, como se muere en nuestra familia, pensase en su primer hijo, á quien amaba tiernamente y que no estaba allí para recibir su último suspiro.

Este pensamiento del moribundo debió recorrer por la noche los 12 kilómetros que le separaban de su hijo, pues éste, á las dos de la madrugada, vió á su padre que le llamaba para morir. El joven corrió á despertar al superior del seminario y le rogó que le dejara marcharse.

El superior rehusó diciendo que el país, lleno de bosques, no era seguro para viajar de noche, pero que le dejaría partir en la madrugada.

¡Ay! era tarde. Cuando el muchacho llegó, su padre estaba muerto desde *la hora exacta* en que le había llamado.

ANGÉLINE DESSOLLE,
La Tronche (Isère).

XXVIII. — En la noche del 19 al 20 de mayo, un poco antes de las once, yo estaba aún despierto y mi mujer, á mi lado, dormía ya, cuando oí distintamente un cuerpo pesado que caía en el suelo del piso superior. Mi mujer se despertó entonces y me dijo : « ¿Qué sucede? — Debe ser un pan que se ha caído, respondí. » Encima de nosotros estaban almacenados los panes de la hornada.

Mientras yo hablaba sonaron otros dos ruidos iguales al primero. Me levanté entonces, subí al piso superior y vi que todo estaba en orden y los panes en su sitio. Un funesto presentimiento se apoderó de mí, sobre mi hermano Juan, que estaba enfermo, pero disimulé y dije á mi mujer, para no asustarla, que habían sido los panes que se habían caído.

Cuál fué por la mañana mi asombro al ver llegar á mi hermana, que habitaba Nimes, toda alterada y asegurándome que á las once había oído un ruido en su mesa y, apenas despierta, un gran ruido en un armario. Me la llevé entonces á la cocina y dije : « ¡Juan ha muerto! — Sí, respondió, ¡era él! »

Un mes después supimos que Juan había muerto en el hospital de Birkaden (Argelia) en la noche del 19 al 20 de mayo (1).

MARIUS MARIOGE,
Remoulin (Gard).

XXIX. — Mi madre tenía dos hermanos sacerdotes, uno misionero en China y otro cura en Bretaña, y una hermana de mucha edad que habitaba los Vosgos.

Un día esta hermana estaba en la cocina, cuando se abrió la puerta y vió en el umbral á su hermano el misionero del que estaba separada hacía muchos años. « ¡Francisco! »

(1) Dos testigos impresionados separadamente.

exclamó, y corrió á él para abrazarle, pero el hermano desapareció, lo que causó á la mujer un gran espanto.

El mismo día y á la misma hora, el otro hermano, que era cura en Bretaña, estaba leyendo el breviario cuando oyó la voz de Francisco que le decía : « Hermano mío, voy á morir ». Al cabo de un momento dijo : « Hermano, me estoy muriendo »; y por último, unos minutos después : « Hermano, ya he muerto ».

Unos meses después recibieron la noticia de la muerte del misionero ocurrida *el mismo día* en que ellos habían recibido tan extraños anuncios.

Si me permito enviar á usted este relato es porque presenta todos los caracteres de autenticidad. Me lo han contado separadamente mi madre y una de mis tías, que lo sabían por las personas en cuestión, un respetable sacerdote y una digna mujer que no hubieran inventado este cuento por el placer de asombrar al público. Por otra parte es imposible que se trate de una alucinación, padecida al mismo tiempo y á muchos cientos de leguas de distancia.

Puedo también afirmar por mi honor mi completa sinceridad.

MARIE LARDET,

Champ-le-Duc (Vosges).

XXX. — Un hecho absolutamente auténtico ha pasado en mi familia. No sé en qué año ocurrió, pero hele aquí tal como mi abuela y mi madre me lo han contado.

Mi abuela, cuando era soltera, habitaba Envaux cerca de Saintes, y tenía un hermano marino, Leopoldo Drouillard.

Otro hermano, que también vivía en Envaux, subió un día al granero á buscar heno para el ganado y volvió en seguida corriendo y temblando de miedo y dijo á su madre : « Mamá, acabo de ver á mi hermano Leopoldo en el granero. » Se burlaron de él en el momento y nadie pensaba en tal cosa, cuando en diciembre del mismo año se supo que en junio había muerto en la Habana Leopoldo Drouillard. Su hermano había tenido su visión en el mes de junio.

Este hecho me ha sido contado por mi madre y por mi

abuela y esta última tiene un hermano y una hermana que viven aún y pueden certificarlo.

FERNAND ORTICE,
Tonnay-Charente (Charente-Inférieure).

XXXI. — El 23 de octubre de 1870, á las cinco de la mañana, estaba yo dormido tranquilamente y sin soñar, cuando de pronto sentí en la mejilla derecha un beso muy cariñoso. « ¡Mamá! » exclamé.

Aquella misma noche recibimos un telegrama anunciándonos la muerte de mi querida madre, á las cinco de la mañana.

Conservo tal impresión, que jamás perderé su recuerdo.

Si la absoluta veracidad de este hecho puede ser á usted de alguna utilidad, celebraré haber contribuído modestamente á su información.

MARIE DURAND,
Rochefort-sur-Mer (Charente-Inférieure).

XXXII. — A. Hace cincuenta años, mi tía, hermana de la caridad, entonces de veinte años, se encontraba en el dormitorio común cuando oyó un gran ruido en el patio como si rodasen un barril. Abrió la ventana y no vió nada. La cerró para acostarse de nuevo y el ruido continuó tan fuerte, que la volvió á abrir con gran asombro de las otras hermanas que no oían nada. Ocho días después supo la muerte de su madre ocurrida el mismo día y á la misma hora del ruido. Hecho curioso; la otra hija que se encontraba allí también, no oyó nada.

B. Mucho tiempo después aquella misma tía mía fué despertada por unos golpes como si se pegase con un martillo en una mesa. El miedo le impidió al pronto hablar, pero las ocho hermanas que estaban en el dormitorio fueron todas despertadas por el mismo ruido. Se levantaron y observaron tres veces durante la noche que el ruido se producía siempre en la mesa de mi tía. Tres hermanas, compañeras de mi tía y que viven aún, me han afirmado que fueron testigos del fenómeno.

No hubo coincidencia de muerte.

C. COURTÈS,
Marmande.

XXXIII. — A. Mi tío José, hermano de mi padre, estaba en su jardín, á las diez de la mañana, y vió por encima de un seto de espinos á su cuñado que llegaba á caballo por el camino.

José entró en su casa, anunció á su mujer la llegada del viajero y salió á su encuentro. En vano le buscó por todas partes, pero aquella noche una carta les anunciaba la muerte del cuñado, de una apoplejía, en la misma mañana, á 45 kilómetros y caído del caballo.

B. Hace cuarenta años, teniendo yo treinta, era recaudador de contribuciones en el Morbihan. Estaba tomando café con dos amigos después de comer, á eso de las siete, cuando oímos un ruido de monedas de cinco francos en un cajón. Me lancé á mi despacho, separado por un simple biombo y no pude encontrar la causa del ruido.

Por la noche murió en París uno de mis hermanos.

DU QUILLIOU,

Alcalde de Lanhelin (Ille-et-Vilaine).

XXXIV. — Mi padre, compositor de música, habitaba Lión, su ciudad natal, con su mujer y su primera hija. Mis abuelos paternos vivían también en Lión, á media hora de distancia de su hijo.

El 28 de agosto, á las 8 de la mañana, mi padre se estaba afeitando delante de una ventana cuando se oyó llamar dos veces con fuerza : « ¡Andrés! ¡Andrés! » Se volvió, no vió á nadie y pasó á la habitación contigua en la que estaba mi madre sentada tranquilamente.

Mi padre le preguntó : « ¿Me has llamado? — No, respondió mi madre; pero ¿por qué tienes ese aspecto tan aterrado? » Mi padre le contó que había oído que le llamaban fuertemente y que aquella llamada le había emocionado.

Acabó de vestirse y pocos instantes después vinieron á decirle que su padre acababa de morir de repente y no había habido tiempo de ir á llamarle para recibir su último suspiro. Antes de morir había pedido ver á su hijo, pero no se le creía en peligro y nadie había querido ir á asustarle.

Murió á las ocho de la mañana *precisamente* en el momento en que mi padre había oído que le llamaban de un modo tan urgente.

Nótese bien que mi padre no tenía el más ligero temor de que el suyo muriese, puesto que la noche anterior le había visto bueno y sano.

Mi madre, que fué testigo del hecho aunque no oyó la llamada, me cuenta el caso por centésima vez y me dicta esta carta; pero le ruego que no entregue nuestros nombres á la publicidad.

M. B. NÉE S,

En R. (Isère).

XXXV. — Mi amigo Fernando S. de unos diez y seis años, estaba en París estudiando música bajo la dirección del compositor Hipólito Mompou.

Estaba un día enteramente despierto en su cuarto de estudiante, cuando de repente vió á su padre con la misma claridad que si estuviese allí. La visión duró un instante.

Mi amigo estaba entonces lejos de esperar la muerte de su padre, cuando éste, que era afinador en Tours, fué víctima de un terrible accidente. Estaba viendo subir un piano por una escalera y el instrumento se le vino encima matándole en el acto.

Al recibir la noticia, Fernando observó que el momento de la aparición coincidía con el de la muerte de su padre.

E. LEP,

Plaza de la Catedral, 9, Tours.

XXXVI. — Un amigo mío me contó hace dos años el terror que le acometió una noche cuando estaba leyendo en la cama antes de dormirse.

De repente sintió golpes en las cortinas de la cama y al mismo tiempo ruido de pasos y un largo gemido. Su mujer, que estaba despierta, me confirmó haber oído lo mismo. Por la mañana supieron la muerte de un amigo suyo, que vivía á cuatro kilómetros.

A. MORISOT,

41, calle del Château, Lyon.

XXXVII. — Á mi padre le sucedió ver un ser humano en medio de su cuarto entre once y doce de la noche. Era su hijo, mi hermano, que acababa de morir en aquel momento.

Mi padre no conocía el accidente de que había sido víctima su hijo. Además era un oficial de marina, muy valiente, nada soñador, poco propenso á creer en fantasmas y de un temperamento sanguíneo y muy sano.

MARIE ESMENARD,
Propietaria en Billom (Puy-de-Dôme).

XXXVIII. — Uno de mis hermanos, alumno entonces de retórica en un colegio de frailes, no pudo dormir en toda una noche y en cuanto se levantó fué á ver al superior y le dijo llorando : « No sé por qué, pero estoy seguro de que ha ocurrido una desgracia en mi casa. »

El superior creyó que se trataba de una niñada, pero dos horas después fué al colegio alguien á caballo á buscar á mi hermano. Nuestro padre había muerto de repente aquella noche. El colegio en que se encontraba mi hermano estaba á quince kilómetros.

GASTON SERVAGE,
Bailleul (Nord).

XXXIX. — Una hermana mía era institutriz en un pueblo de Alsacia y veía con mucha frecuencia al cura.

Una noche, cuando mi tía se disponía á acostarse, oyó dos campanillazos. Bajó, preguntó quién era y no obtuvo respuesta. Abrió la puerta y no había nadie. No pudo ser un transeunte, pues para tirar de la campanilla había que entrar en el portal y subir varios escalones.

Por la mañana supo que la hermana del cura había muerto de repente *en el momento* en que había sonado el campanillazo.

E. DAUL,
Neuves-Maisons.

XL. — Hace dos años, mi hermano se puso en camino para el África como dibujante de la misión de M. de Bonchamps. No tenía noticias de él hacía mucho tiempo, cuando una noche desperté sobresaltada y vi distintamente á mi hermano *muerto por la lanza de un salvaje.*

El hecho me impresionó tan vivamente que no dormí

hasta por la mañana y durante muchas semanas estuve dominada por la misma visión.

Algún tiempo después recibí la noticia de la muerte de mi hermano, en Abisinia, herido de lanza por un indígena. El hecho debió coincidir con mi visión, aunque desgraciamente no tomé nota de la fecha exacta. Lo que puedo asegurar es que el hecho ocurrió en noviembre.

A. NYFFLELEY-POTTER,
Kinchberg.

XLI. — Puedo certificar el hecho siguiente ocurrido en un pueblo del departamento del Var.

Mi madre estaba sentada en el piso bajo de la casa y cosiendo, cuando vió delante de ella á su hermano mayor que habitaba cerca de Tolón, á cincuenta kilómetros. Su hermano, al que reconoció perfectamente, le dijo « Adios » y desapareció. Mi madre, asustada, fué á buscar á mi padre y le dijo : « Mi hermano acaba de morir ».

Á los dos días se recibió la noticia de la muerte de mi tío, ocurrida precisamente *á la hora de la aparición*. En aquella época no había telégrafo y la nueva se recibió por carta.

UTTE,
Aix.

XLII. — Puedo garantizar la exactitud absoluta de este hecho.

El 21 de diciembre de 1891 recibí una carta diciéndome que mi padre estaba muy enfermo y deseaba verme. Como la carta no era de las más alarmantes, no me impresioné mucho y me fuí á la estación de Redon para tomar el tren de las 4 y 44 de la tarde. Llegué un poco temprano y estaba paseándome en la sala de espera cuando de pronto me acometió un malestar, una especie de aturdimiento. No veía y sentía un zumbido de oídos de los más violentos. Permanecí en pie é inmóvil en la sala y mi accidente debió durar tan sólo uno ó dos minutos, porque las personas presentes empezaban á darse cuenta de él cuando volví en mí. Precisamente en el momento en que recobraba la vista y la razón y antes de ver á nadie en la sala, se me apareció la cara de

mi padre y desapareció en seguida. Al mismo tiempo un solo pensamiento se me impuso : « Mi padre va á morir ».

Tuve esa idea fija toda la noche hasta las seis de la mañana, hora en que llegué á casa de mi familia y supe que mi padre había muerto la víspera á las seis de la tarde, que una hora antes de morir me había llamado con insistencia y que mi ausencia le había hecho llorar.

Aquel instante *coincidía exactamente* con el de la aparición en la estación de Redon.

P. Busserolle,

Maestro en La Dominelais (Ille-et-Vilaine).

XLIII. — Dos veces me ha sucedido experimentar la impresión de oir detrás de mí á una persona ausente y anotar la hora exacta de esa alucinación. Las dos veces la impresión ha coincidido con la muerte de la persona, que yo sabía que estaba enferma, pero no que estuviese tan cerca de su fin.

Estos dos casos muy notables de telepatía han sido consignados en su época en el periódico de la Sociedad física de Londres, de la que tengo el honor de formar parte.

Aug. Glardon,

Escritor, Tour-de-Peitz, Vaud (Suiza).

XLIV. — El 29 de octubre de 1869, estábamos reunidos en el comedor después de cenar, en casa de mis padres, castillo de Vieux, cerca de Caen.

Á las nueve de la noche oímos un ruido en una pieza próxima como si se hubiera caído un cuadro. Visitamos todos los de la casa y ninguno se había movido. Mi madre hizo inmediatamente que se tomase nota de la hora.

Unos días después recibimos la partida de defunción del hermano de mi madre, muerto en el hospital militar de Calais, de la fiebre tifoidea, el 29 de octubre á las nueve de la noche.

Anatole de Jackson,

Recaudador de contribuciones en Cheux (Calvados).

XLV. — Una señora amiga mía, bien equilibrada, seria

y sensata, me ha afirmado bajo la fe de juramento la veracidad del hecho siguiente :

Siendo huérfana, había dado palabra de casamiento á un extranjero, M. S... á quien amaba tiernamente. La familia se opuso resueltamente á esa boda. Los novios esperaron largo tiempo, pero después, sea por despecho, sea por prudencia, se casó con un viejo que igualmente había solicitado su mano. (Omito explicaciones inútiles.)

La señora fué leal y no volvió á ver á su prometido, el cual se volvió á su país. Pensaba, sin embargo, en él.

Algunos años después, un día, al entrar en su cuarto, creyó verle tendido en el suelo y todo ensangrentado. La señora arrojó un grito de espanto al aproximarse y al observar que no era juguete de una ilusión.

Un instante después todo desapareció y su marido, que acudió á su grito, no vió nada.

La señora supuso que M. S... había sido víctima de un accidente, pero no pudo informarse porque no conocía su residencia.

Algunos días después un amigo le dijo que M. S..., cansado de la vida, se había suicidado en la misma fecha de la aparición.

M. Gauthier,
Lyon.

XLVI. — Una señora asistía á una gran comida de ceremonia dada por un personaje. En medio de la comida la señora en cuestión dió un grito y con los ojos fijos en la pared de enfrente, exclamó : « ¡ Mi hijo ! ¡ Mi hijo ! » y cayó desmayada. Se la llevaron á otra pieza y al volver en sí contó sollozando que en el comedor todo había desaparecido de repente para mostrarle á su hijo *luchando con las olas* y tendiéndole los brazos.

Después de algún tiempo esa señora recibió la noticia de que su hijo, oficial de marina, navegando por el mar de las Indias, había sido arrebatado por una ola en el mismo día de la visión.

Si usted lo juzga oportuno, puedo dar los nombres, los lugares y las fechas.

J. Henoches du Quilliou,
Lanhelin (Ille-et-Vilaine).

XLVII. — Una de mis amigas, mujer de un capitán, ha experimentado dos veces la impresión clara de ver un ser humano. Una vez fué á su primo, al que llamó por su nombre en un paseo muy asombrada al encontrarle, y otra vez á su criado, al que había dejado sano en Tolosa y que en una ocasión abrió la puerta de su cuarto dando motivo á que ella le preguntara qué iba á hacer allí.

Las dos apariciones, muy cortas, coincidieron con la hora de la muerte de las dos personas.

J. Debat-Ponsan,
Toulouse.

XLVIII. — A. Cuando mi padre tenía viente años, estaba en Córcega, en la casa paterna, con tres hermanos de diez y nueve á treinta años. Mi padre no era nada nervioso.

Una noche oyeron en el piso superior, que les pertenecía pero no estaba habitado, un ruido de pasos como de alguien que se estuviera paseando. Cuando se decían « ¿ Oís ? » parecía que golpeaban con el tacón repetidamente. Subieron, buscaron por todas partes y no vieron á nadie. Cuando bajaron, el paseo volvió á empezar y el hecho duró una hora.

Algún tiempo después se supo que una tía suya había muerto en América la misma noche y á la hora exacta en que se habían oído aquellos ruidos.

B. En julio de 1877, mi padre murió en Constantina. Uno de sus hermanos, al que él amaba particularmente, habitaba entonces en Córcega y se estaba columpiando en una hamaca en un momento en que no había nadie en la casa, ni personas, ni animales. De repente oyó como unos saltos desordenados en el piso superior. Mi tío se preguntaba cuál podía ser la causa, cuando recordó de repente lo que le había sucedido en su juventud y dijo : « Comprendo, comprendo : ha muerto », refiriéndose á mi padre.

Unas horas después supo por telegrama que mi padre había muerto *á la hora precisa* de los saltos.

E. Raffaelli de Galléan,
Niza.

XLIX. — Mi padre es un hombre muy instruído, de espíritu positivista y que jamás se ha ocupado de espiritismo ni de otros ejercicios de ese género. En 1860, mi padre y mi madre estaban un día dormidos y fueron despertados al mismo tiempo por un ruido de pasos de hombre con fuerte calzado. Mi padre encendió una bujía, pero no vió nada y el silencio era completo. Unos días después, una carta del ministerio de Marina le anunció la muerte de uno de mis tíos que servía en la marina en Tolón. Este tío mío amaba mucho á mi madre. Murió el mismo día en que se oyeron aquellos ruidos, pero no se pudo saber la hora exacta de la muerte. Ni mi padre ni mi madre atribuyeron al principio importancia alguna al hecho y el fenómeno resulta incompleto, pero creo que no se debe despreciar nada en un estudio de este género.

DOCTOR LAMACQ-DORMOY,
Médico de los hospitales, Burdeos.

L. — No tengo que señalar á usted ninguna aparición, pero sí dos efectos producidos en el mismo día por la muerte de un oficial á quien mataron en el Tonkín.

El primero se produjo por la tarde y consistió en tres golpes muy distintos en la puerta de la cocina oídos por mi cocinera y por su hijo. Este dijo á su madre : « La señora llama », y la cocinera respondió : « La señora ha salido, pero vamos á registrar toda la casa ». Registraron y no había nadie.

En la noche siguiente oí ruido como de pasos en el cuarto contiguo al mío. Por la mañana conté á la criada mi susto de la noche y ella, por su parte, me dijo lo que había oído la víspera.

Doce días después supe la muerte de mi hijo adoptivo, *á quien mataron aquel mismo día.*

Esto sucedió el 1° de Agosto de 1895.

POR MI TÍA, Mme VIOLET, G. CLARTÉ,
12 *bis*, faubourg Stanislas, Nancy.

LI. — Cuando el célebre tribuno Barbés estaba en la prisión central de Nimes, los carceleros tenían por él todos los miramientos debidos á un preso político. Estando un día

en un patio con muchas personas les dijo de repente : « A mi hermano le sucede alguna desgracia. » En la mañana del día siguiente se supo que el hermano de Barbés había muerto de una caída del caballo en el momento mismo de la impresión sentida por el preso.

MARGUERIT,
Allée du Busca, 14, Toulouse.

LII. — Á la edad de veintidós ó veintitrés años tenía una parienta de siete años á la que quería mucho y que se divertía en llamar á nuestra puerta para reirse cuando respondíamos : « Entre usted ». En el mismo año cayó enferma y no me separé de ella durante los dos días que duraba su agonía. Sin embargo, mi madre, temiendo que me pusiese malo, me llevó con ella. Eran las once de la noche. Un tío de la niña nos dijo que le esperásemos un momento mientras iba á buscar su sombrero para acompañarnos, y estábamos esperando en la cocina, cerca de la puerta, cuando oímos llamar en esta puerta como lo hacía la niña en la nuestra. Mi madre respondió : « Entre usted », y yo objeté al ir á abrir : « Nadie puede venir á estas horas. — Acaso las religiosas » respondió. Pero no, no había nadie.

Acabábamos de llegar á casa después de un trayecto de diez minutos, cuando la criada de los padres de la niña llegó á su vez para decirnos que la pequeña María acababa de morir.

A. LAURENÇOT,
Empleado de correos en Famuent-le-Haut (Haute-Saône).

LIII. — Mi padre, regañado hacía diez y siete años con un hijo, cuyo paradero ignoraba, se le apareció dos horas antes de morir. Mi hermano, al salir de su cuarto á las siete de la mañana, vió á mi padre á dos pasos de él y le preguntó : « ¿ Qué vienes á hacer en mi casa? ». Mi padre le respondió : « Vengo á buscarte », y desapareció en seguida.

La mujer de mi hermano oyó este diálogo desde la habitación contigua, pues salió á ver con quién hablaba su marido. Esto pasaba el 3 de diciembre de 1889, mientras yo estaba al lado de la cama en que mi padre agonizaba y en la que murió sin recobrar el conocimiento.

EMMA LUTZ,
8, plaza Kléber, Strasbourg.

LIV. — Mme Carvalho, directora de un colegio de niñas en Lisboa, tenía, hace cinco ó seis años, entre sus alumnas una niña de diez años, hija de una actriz que había ido contratada al Brasil. Una noche la niña se despertó llorando y exclamó : « ¡ Mamá ! ¡ Mamá ! Estoy muy afligida á causa de mamá. »

La niña *no dijo* si había visto á su madre, pero ésta *había muerto aquella noche* de la fiebre amarilla en Río de Janeiro.

J. Leipold,
Lisboa, 21, c. da Gloria.

LV. — Una noche, mi padre, que era capitán de marina, estaba de viaje y acababa de entrar de cuarto y se paseaba por el puente cuando *vió un niño vestido de blanco* que parecía remontar el vuelo.

« ¿ No has visto nada ? » dijo al marinero que estaba de cuarto con él. « No » respondió el marinero. Entonces mi padre le contó lo que acababa de ver y añadió : « Estoy seguro de que ocurre alguna desgracia en mi casa. »

Anotó la hora y el día y al llegar á su casa supo que en la misma fecha una sobrinita suya había muerto.

Mi padre me ha contado con frecuencia este hecho y me lo repetía hace un momento al leer su trabajo de usted.

M. Cheillan,
Arzew.

LVI. — La señora A... madre de la persona que me ha contado esto, tuvo durante unos años una criada á la que había tomado mucho afecto. Esta mujer se casó y fué á habitar una granja bastante distante de la aldea que habitaba la señora A... Una noche se despertó sobresaltada y dijo á su marido : « ¿ Oyes ? La señora me llama. » Pero todo estaba silencioso y el marido trató de tranquilizarla. Á los pocos minutos, la pobre mujer, más y más agitada, dijo : « Es preciso que vaya á casa de la señora : me llama y estoy segura de que debo ir. » Su marido, que la creía presa de una pesadilla, se burló de ella y consiguió calmarla.

Por la mañana el marido supo que la noche anterior el

ama de su mujer había muerto de una enfermedad repentina y no había cesado al morir de llamar á su antigua criada, *en el momento* mismo en que ésta oía su voz.

SUZANNE H.

París.

LVII. — Hace tres años próximamente, los padres de mi mujer vivían en Marsella, plaza de Sebastopol, número 5, piso segundo. Su hija mayor habitaba Béziers, donde se encontraba gravemente enferma. Los señores de Jaume abandonaron su casa de Marsella para ir á cuidar á la enferma y la dejaron confiada al cuidado de los vecinos del piso primero, sus amigos. Después de un mes de ausencia tuvimos el dolor de perder á mi cuñada, su hija primogénita. La noche misma de su muerte á la misma hora (11 de la noche) los vecinos del primer piso de la casa de Marsella se quedaron sosprendidos al oir que alguien subía al segundo y recorría la casa en todos sentidos. Creyeron por un momento que la familia Jaume había vuelto de Béziers. Estaban ya acostados y no creyeron oportuno levantarse para dar la bienvenida á sus amigos, pero por la mañana temprano subieron á hacer su visita. Cuál fué su asombro al ver intacto el piso. Ninguna puerta había sido abierta ni se veía traza alguna del paso de ninguna persona.

CH. SOULAIROL,

Farmacéutico en Cazouls-les-Béziers (Hérault).

LVIII. — Hace dos años, el joven matrimonio que tengo actualmente á mi servicio, entraba entre nueve y diez de la noche en casa de sus padres, que habitaban en una granja á tres kilómetros de la ciudad. El marido guiaba el caballo de la granja, que no iba muy de prisa. En un sitio del camino desde el cual se divisan las construcciones de aquella propiedad, el marido vió que con algunos minutos de intervalo surgían tres llamas por encima de los tejados, como tres grandes fuegos fatuos. Creyó que había fuego y arreó al caballo. Su mujer no había visto nada, pero al entrar en el patio oyó distintamente, así como su marido, unos golpes

precipitados, como el redoble de un tambor, en una puerta del jardín.

En la casa, la madre estaba muy emocionada porque tres veces, que correspondían á las llamas vistas por el hijo, había oído en la sala un ruido de sillas removidas. Había bajado y no había visto nada. Se hizo levantar á los criados para registrar las cuadras y no encontraron nada anormal.

Solamente los dueños fueron impresionados, y cuando todo el mundo se acostó, el ruido de sillas volvió á empezar. Se reunieron de nuevo y como en el campo las tradiciones religiosas no han perdido su imperio, la madre y los hijos unieron sus oraciones por la pobre alma que había ido á visitarles, sin saber de quién se trataba. Por la mañana se supo que una prima nuestra que nos quería mucho *había sido enterrada aquel día.*

Cinco personas percibieron, pues, esas sensaciones : el padre, de un carácter muy incrédulo, la madre, el hijo, la nuera y la hija soltera. Los criados habitan otro cuerpo de edificio y no se les puede atribuir una parte en aquellos ruidos.

M. Pasquel,

2, calle de la Fontaine, Cosne (Nièvre).

LIX. — Mi madre estaba á la cabecera de la suya, enferma, y muy inquieta por no poder visitar á su vecina y amiga que se estaba muriendo.

De repente, estando las puertas y las ventanas cerradas, las cortinas de la cama se agitaron fuertemente separándose y uniéndose como si se abrazaran. Mi madre dijo en seguida : « Mira, hija mía, Josefina me dice adiós. »

Mi madre bajó precipitadamente y la vecina acababa de expirar.

Marie Ollivier,

Garcoult (Var).

LX. — Estaba un día mi madre ocupada en su casa cuando oyó muy claramente la voz de su hermano, que vivía á 800 kilómetros, llamarla por su nombre de pila dos veces seguidas. Fué en seguida á buscar á mi padre y le

dijo : « Es curioso; acabo de oir á mi hermano que me llamaba; me he emocionado ; no sé qué va á ocurrir. »

Dos días después recibió una carta anunciando que su hermano había muerto en el momento en que ella oyó su voz.

PELTIER,
Marsella.

LXI. — Mi tía me ha contado que una noche, estando acostada, pero enteramente despierta, se oyó un ruido extraordinario en la cuadra. Mientras su padre iba á ver qué sucedía y á calmar á los animales, mi tía *vió claramente á su abuelo* en pie delante de la chimenea. Llamó á su madre para que le viera también y la visión desapareció. Por la mañana se supo la muerte del abuelo ocurrida á consecuencia de una caída del caballo.

Yo sostuve que todo esto no había sido más que un sueño, pero mi tía afirma que no durmió un solo instante antes de la aparición.

HENRI PÉRÈS,
166, rue de la Chapelle, París.

LXII. — El doctor Blanc, de Aix-les-Bains, me ha contado que siendo joven fué testigo de un hecho curioso. Una de sus tías estaba enferma y envió su hijo, de seis años, á casa del doctor Blanc, en Sallanches, padre según creo del doctor actual. Estaba el niño jugando con mi primo cuando de repente se detuvo en medio de sus juegos y gritó : « ¡Mamá ! ¡He visto á mamá! ». El doctor creyó al principio que el niño estaba malo, pero más tarde se supo que la madre había muerto en el instante en que el niño gritó.

LOUIS NICOLE,
61, Tierney R. Streatham, S. W. Londres.

LXIII. — He oído con frencuencia contar en mi familia el hecho siguiente que le sucedió á mi tío, miembro del Instituto, profesor de la Escuela de cartas, muerto hace diez y ocho años.

Era mi tío muy católico y había sido educado por una tía

suya de la que se acordaba siempre con agradecimiento y emoción. Hacia la época de su primera comunión, la víspera según creo, y estando alejado de aquella tía muchos cientos de leguas, la vió delante de él y tuvo la certidumbre de que había muerto y había ido á darle su última bendición.

Pocos días después se supo, en efecto, que murió á la hora en que su sobrino la había visto.

PAUL KITTEL,

Profesor agregado á la Universidad, en el liceo Corneille, Elbeuf (Seine-Inférieure).

LXIV. — Lo que me ha sucedido me parece que está en relación con los hechos acerca de los cuales publica usted un estudio tan interesante.

Mi padre estaba enfermo lejos de nosotros y aunque su enfermedad era grave, teníamos esperanza de que curaría. Habíamos ido á verle y le habíamos encontrado mejor, cuando una noche fuí despertada con sobresalto y el retrato de mi padre, que estaba colocado enfrente de mi cama, *me pareció* que hacía un gran movimiento. Digo que me pareció porque creo inadmisible que se moviera. En todo caso mi primer mirada al despertarme fué para aquel retrato. Al mismo tiempo experimenté una impresión de miedo tan grande que no pude volverme á dormir. Miré la hora y era la una en punto de la madrugada.

El día siguiente por la mañana recibimos una carta llamándonos al lado de nuestro padre, que se había agravado de repente. Llegamos tarde. Mi padre había muerto aquella noche *á la una de la madrugada*, en el momento preciso en que me desperté.

Este hecho, en el que pienso con frecuencia, es incomprensible para mí.

L. ROY,

Mistek, Moravia (Austria).

LXV. — En 1866, M. Pablo L..., profesor de alemán en San Petersburgo, se encontraba con su hermano en Prusia, en casa de su madre y á cierta distancia del pueblo en que habitaba su hermana, entonces ligeramente enferma.

Una mañana, el 17 de septiembre, los dos hermanos se estaban paseando por el campo, cuando de repente Pablo oyó

una voz que le llamaba por tres veces por su nombre. La tercera vez el hermano de Pablo oyó la misma voz. Atacados por un sombrío presentimiento, pues el campo estaba desierto, los dos hermanos se apresuraron á volver á su casa, donde encontraron un telegrama diciéndoles que su hermana estaba en la agonía.

Pablo y su madre tomaron la posta y á eso de las cuatro de la tarde, Pablo vió pasar por delante de él la forma de su hermana, que le rozó al atravesar el coche.

Tuvo entonces la firme convicción de que su hermana había muerto, se lo dijo á su madre y anotó exactamente la hora. Al llegar supieron que la hermana había muerto á la hora en que se apareció su forma y que por la mañana había llamado repetidamente á Pablo en su agonía.

Otros detalles notables. Cuando volvieron á su casa encontraron el reloj de pared parado en la hora exacta de la muerte y el retrato de su hermana caído en el suelo. El retrato estaba sólidamente colgado y cayó sin arrancar el clavo.

El señor L... cuya dirección tengo á la disposición de usted, puede certificar estos hechos.

V. Mouravieff,

San Petersburgo, 18/30 de marzo 1899.

LXVI. — Mi cuñado Jung, se encontraba un día con su padre, su cuñado Ganzhirt y un amigo de éste, llamado Sohnlein, en una glorieta de su jardín. Jung tenía doce años; Ganzhirt y Sohnlein veintidós y veinticuatro. Todos estaban buenos. Sohnlein les dijo : « Cuando me muera, me apareceré á vosotros *aquí mismo.* »

Unos meses después mi cuñado Jung estaba estudiando sus lecciones en aquella misma glorieta y oyó un ruido como el de un árbol fuertemente sacudido y vió caer á su lado la fruta de un ciruelo. No viendo á nadie, tomó miedo, cerró los libros y entró en su casa. Poco tiempo después supieron que Sohnlein había muerto.

V. Schaeffer Blanck,

Huningue.

LXVII. — Una de mis condiscípulas (soy doctora) fué á las Indias como médica de una misión. Nos habíamos perdido de vista, como ocurre con mucha frecuencia, pero nos queríamos mucho.

Una mañana, el 29 de octubre, estando en Lausanne, fuí despertada antes de las seis por unos golpecitos dados en la puerta. Mi alcoba daba á un pasillo en que empezaba la escalera del piso, y yo dejaba la puerta entreabierta á fin de que mi gato pudiera salir á cazar ratones, en los que la casa era muy abundante. Los golpes se repitieron. La campanilla de noche no había sonado y yo no había oído á nadie subir la escalera.

Por casualidad me fijé en el gato, que ocupaba su sitio ordinario en los pies de mi cama, y le vi erizado y gruñendo. La puerta se agitó, como impulsada por un viento ligero, y vi aparecer una forma envuelta en una especie de tela vaporosa y blanca, como un velo sobre un fondo negro. No pude distinguir la cara. La sombra se aproximó y sentí un aliento glacial pasar por mi lado, al mismo tiempo que el gato gruñía furiosamente. Cerré instintivamente los ojos y cuando los abrí todo había desaparecido. El gato estaba temblando y con todos los signos de un gran espanto (1).

Confieso que no pensé en la amiga de las Indias, sino en otra persona. Quince días después supe la muerte de mi amiga en la noche del 29 al 30 de octubre, á consecuencia de una peritonitis.

MARIE DE THILO,

Doctora en Medicina, Saint-Junien (Suiza).

LXVIII. — Estaba yo una mañana en el comedor, sola con una criada, ocupadas ambas en los quehaceres de la casa. La criada estaba limpiando el polvo á una consola y me volvía la espalda, y yo estaba arreglando los objetos de una mesa que nos separaba. Todo el mundo dormía en la casa, pues era muy temprano, y el silencio era absoluto. De repente oímos un ruido como de la caída de un ave muy grande después de haber agitado las alas. El ruido se oyó en medio de las dos, como en el centro de la pieza. Una y

(1) Esta observación de los animales no es única y presenta gran interés.

otra experimentamos una conmoción. La criada se volvió bruscamente dejando caer el plumero que tenía en la mano, y me miró con espanto. Yo estaba muda, estupefacta y sin poder hablar. Vuelta de mi asombro al cabo de unos segundos, corrí á la ventana y miré al patio sin ver nada que hubiera podido causar el ruido. Queriendo absolutamente hallar una explicación abrí dos puertas, una que daba al vestíbulo y otra á una alcoba no habitada. Lo registré todo y no vi absolutamente nada. Entonces, sin hacer ningún comentario, me ocurrió la idea de enviar á saber noticias de una persona enferma que me interesaba y á la que dejé el día anterior en la agonía. Estaba muy cerca de mi casa y cuando volvió la criada me dijo que la persona en cuestión había muerto á las seis y media. En este momento eran las siete.

Aquel ruido extraño se había producido exactamente á la hora de la muerte.

M^me^ B.,

Nevers.

LXIX. — A. En el invierno de 1870 á 71 me quedé una noche sola con mi madre y mi abuela que había dejado Saint-Etienne para pasar un mes al lado de su hijo y de su nieta. Su hijo Pedro, de treinta y cinco años, se quedó *ligeramente indispuesto* á causa de un enfriamiento, pero ella no se inquietó por eso y realizó su viaje, dispuesto hacía mucho tiempo.

Una noche acabábamos apenas de acostarnos, yo en el mismo cuarto de mi abuela y mamá en otra pieza, cuando un violento campanillazo nos hizo estremecernos á todas en nuestras camas. Eran las once de la noche. Me levanté y mi madre y yo nos encontramos en el vestíbulo para ir á saber quién llamaba. « ¿Quién ? » preguntamos varias veces sin abrir la puerta, y nadie respondió. Nos volvimos á nuestras camas y nos volvimos á acostar. Mi abuela se había quedado en la cama y me la encontré sentada y un poco asustada al ver que no habíamos obtenido respuesta.

No bien nos habíamos tranquilizado un poco, otro campanillazo más fuerte é imperioso que el primero nos puso de nuevo en alarma.

Esta vez di un salto con la agilidad de una niña de catorce años que era yo entonces, y llegué á la puerta mucho antes que mi madre. Pregunté quién era y nadie respondió. Abrimos, miramos en la escalera y en los pisos de arriba y de abajo y no encontramos á nadie. Nos volvimos á nuestros cuartos inquietas y presintiendo algún suceso imprevisto, y después de una noche de insomnio (excepto yo, que tenía la edad en que se duerme á pesar de todo) recibimos por la mañana este telegrama : « Pedro *muerto anoche á las once*, prevenid mamá, preparadla á la triste noticia. »

B. En 1884, año del cólera en Marsella, me fuí á Bagnères-de-Bigorre y Barèges con mi marido y mis dos hijos. Una noche me desperté de pronto sin causa directa. Mi cuarto, en el que duermo sola, es enteramente obscuro. Sobre la alfombra de al lado de la cama estaba en pie una persona rodeada de una aureola *luminosa*. Miré, un poco conmovida como se puede pensar, y conocí al cuñado de mi marido, un médico, que me dijo : « Prevenga usted á Adolfo; *dígale que he muerto.* » Llamé en seguida á mi marido, que dormía en el cuarto contiguo, y le dije : « Acabo de ver á tu cuñado y me ha anunciado su muerte. »

Por la mañana un telegrama nos confirmó la noticia. Un ataque de cólera, adquirido al cuidar enfermos pobres, le mató en pocas horas.

No había en el mundo persona más caritativa ni más simpática.

H. Poncer,

Calle Paradis, 415, Marsella.

LXX. — Mi abuelo vivía en una quinta enteramente aislada en un bosque, pero esa quinta, de construcción moderna, no tenía nada de misterioso, ni leyendas, ni fantasmas. La hermana de mi abuelo se había casado con un médico de una aldea próxima.

En el momento en que ocurrió el hecho que voy á contar mi abuelo estaba ausente. Su cuñado el médico estaba seriamente enfermo y mi abuelo se marchó por la noche rogando á mi abuela, á mi madre, á tres tíos míos y á mis dos tías que no le esperasen, pues á no ser que su cuñado estuviese mucho mejor, no volvería aquella noche.

Á pesar de esa recomendación y á causa de haber llegado uno de mis tíos de Cochinchina, según creo, donde había hecho la campaña, toda la familia presente se estuvo en el comedor hablando. La noche se pasó sin aburrimiento alguno y á LAS DOS DE LA MADRUGADA, *estando todos presentes en el comedor*, inclusos mis dos tíos, dos soldados escépticos y valientes, *oyeron distintamente* la puerta del salón cerrarse con tal violencia que todos saltaron en sus asientos. No había error posible; la puerta que se había cerrado así, ó que mi familia había oído cerrarse, debía estar muy próxima y ser una puerta interior. Mi madre me ha dicho muchas veces: « Oímos cerrarse la puerta como si hubiera sido empujada por un fuerte vendaval. » Aquella corriente de aire, absolutamente *ilusoria*, como va usted á ver, fué sin embargo *real*, puesto que mis padres la sintieron poco ó mucho en la cara y les dejó al pasar una especie de sudor frío como el que se siente en una pesadilla. La conversación se suspendió. Aquel ruido violento de la puerta pareció á todos extraño y les produjo una especie de malestar enteramente indefinible. Mi tío, no obstante, se echó á reir al ver las caras de espanto de mi madre y de sus hermanas y pronto organizó una cacería muy divertida. Como hombre valeroso se puso á la cabeza y todos en fila se pusieron á registrar la casa. Miraron la puerta del *salón*, la que *según todos era ciertamente la que se había cerrado, y estaba cerrada con llave y cerrojo*. Mi familia siguió el paseo por toda la casa y vió que todas las puertas y todas las ventanas estaban cerradas y que en ninguna parte había corriente de aire. Era, pues, imposible explicar el ruido, tan violento y tan próximo, de una puerta que golpea á impulso de una corriente de aire.

Mi abuelo vino por la mañana y anunció la muerte de su cuñado. « ¿Á qué hora ha muerto? » — … las dos de la madrugada — ¿Á las dos? — Á las dos en punto. » El ruido de la puerta había sido oído por siete personas *á las dos en punto* de la madrugada.

RENÉ GAUTIER,

Estudiante de letras en Buckingham St. John's Royal School.

LXXI. — A. Una noche á eso de la una fuimos despertados Marta y yo por un ruido extraordinario en nuestro

mismo cuarto, como si se arrastrasen cadenas por el suelo. Me levanté y no vi nada de particular en la casa.

Ya de día, mis padres y otra persona que dormían en el piso bajo me preguntaron la causa del estrépito que se había oído en el piso primero.

El ruido, pues, fué percibido por cinco personas.

Pocos momentos después, vinieron á decirnos que una prima, que estaba enferma, había muerto aquella noche.

B. Hace dos años, estábamos todavía acostados, siendo las cinco de la mañana, cuando nos despertaron tres golpecitos dados discretamente en una tabla que revestía el muro á lo largo de nuestra cama.

Estando ya despiertos se repitieron los tres golpecitos muy distintamente.

Tenímos una tía gravemente enferma y nuestro primer pensamiento fué que había muerto. No había pasado acaso un cuarto de hora cuando vinieron á decirnos que aquella señora se estaba muriendo. Cuando llegamos á su casa, había expirado.

Además de esas comunicaciones de moribundos, diré á usted otro caso telepático de otro orden, pero también muy cierto.

C. Camilo estaba en el Liceo de Chaumont. Á eso de las cinco de la mañana, su madre se despertó y me dijo : « Oigo á Camilo que llora y me llama »; á lo cual respondí : « Estás soñando. » Á las pocas horas recibimos una carta diciéndonos que el niño había pasado la noche llorando de dolor de muelas.

HABERT BOLLÉE,

Nogent (Haute-Marne).

LXXII. — En 1835 mis abuelos habitaban una casa de campo en Saint-Maurice, cerca de la Rochela.

Mi padre, el mayor de la familia, era subteniente en Argelia, donde pasó diez años en medio de las fatigas y peligros de los primeros tiempos de la conquista.

El entusiasmo del peligro y la animación de los relatos contenidos en sus cartas, dieron á su hermano Camilo el deseo de ir á reunirse con él. Desembarcó en Argel como sargento en abril de 1835, no tardó en reunirse con su her-

mano en Orán y á fin de junio tomó parte en una expedición contra Abd-el-Kader.

Los franceses se vieron obligados á batirse en retirada sobre Arzew y perdieron mucha gente al atravesar los pantanos de la Macta. Mi tío fué herido allí por tres balazos sin gravedad, pero en el campamento, un soldado que estaba limpiando su fusil, dejó escapar el tiro é hirió á mi tío en el muslo. Le hicieron una operación y una vez terminada, murió de una crisis espasmódica.

Las comunicaciones no eran rápidas en aquel tiempo y mi abuela no supo lo ocurrido.

Según una costumbre muy general en aquella época, mi abuela tenía en el primer piso un cuarto para los amigos y sobre la chimenea un servicio de café, de porcelana.

De repente, en pleno día, se produjo en aquel cuarto un estrépito violento.

Mi abuela subió precipitadamente, seguida de la criada, y se quedó estupefacta al ver el espectáculo que se le ofreció. Todas las piezas del servicio de café estaban hechas añicos en el suelo, al lado de la chimenea, como si hubieran sido barridas hacia el mismo punto. Mi abuela se quedó aterrada y tuvo el presentimiento de que ocurría alguna desgracia.

Se registró el cuarto minuciosamente, pero ninguna de las hipótesis que á mi abuela se le ocurrieron para explicar el hecho le parecieron aceptables; ni una corriente de aire, ni el paso de las ratas, ni el de algún gato encerrado por descuido, etc. La pieza estaba enteramente cerrada y no podía haber corriente de aire. Ni las ratas ni un gato hubieran podido romper y reunir en un mismo sitio todas las piezas de porcelana puestas de plano en la chimenea.

En la casa no había nadie más que mi abuelo, mi abuela y la criada.

El primer correo de África trajo á mis abuelos la noticia de la muerte de su hijo, ocurrida exactamente el día en que se rompió el servicio.

J. Meyer,
Niort.

LXXIII. — He aquí un hecho extraordinario y auténtico que conozco de un origen enteramente cierto. Mis padres

fueron llamados un día á la cabecera de un vecino en la agonía. Fueron y se colocaron en un círculo de vecinos y de amigos que esperaban en silencio el triste desenlace. De repente, en un reloj de pared que no andaba hacía años, se oyó un estrépito espantoso, un ruido ensordecedor como si un martillo golpease en un yunque. Los asistentes se volvieron espantados, preguntándose qué significaba aquel ruido : « Ya lo veis » respondió una voz, refiriéndose al moribundo. Poco después expiró éste.

H. Faber,

Ingeniero agrónomo, Bissen (Luxemburgo).

LXXIV. — Uno de mis primos estaba gravemente enfermo con una fiebre tifoidea y sus padres no se separaban de su cabecera, velándole día y noche. Una tarde, estando los dos rendidos, la enfermera les obligó á descansar un poco, prometiéndoles despertarles á la menor novedad. Dormían ambos profundamente hacía un momento cuando fueron despertados de repente por la puerta de la alcoba, que se abría muy quedo. Mi tío preguntó : « ¿ Quién es? » y mi tía, convencida de que venían á llamarles, se levantó precipitadamente, pero apenas sentada en la cama, sintió que alguien la abrazaba fuertemente diciendo : « *Soy yo, mamá; me voy, pero no llores. Adiós.* » Y la puerta se cerró muy despacio. Vuelta apenas de su emoción, mi tía corrió al cuarto de su hijo, donde ya estaba mi tío, y supo que el enfermo acababa de expirar en el mismo momento.

M. Ackeret,

Argel.

LXXV. — En abril de 1892 estaba yo empleado como jefe de los trabajos en la manufactura de espejos de Saint-Gobain. Yo era muy poco propenso á creer en lo maravilloso y si alguna vez oía contar algo de ese género, lo atribuía á una alucinación. Ha sido, pues, preciso que varias personas, interrogadas separadamente, hayan sido testigos del hecho siguiente, para que haya podido darle importancia.

Mi mujer estaba sentada en el umbral de una puerta que separaba mi habitación de una pequeña terraza, en la que

una mujer estaba haciendo para nosotros unos colchones. Á eso de las tres, oyeron las dos tres golpes muy distintos dados en la puerta de un gabinete próximo. Muy sorprendidas por aquel ruido que nada podía explicar, pues no había nadie en la casa, hablaron de hechos semejantes de que habían oído hablar. La colchonera dijo á mi mujer que alguno de nuestros parientes debía estar muy enfermo y que su espíritu nos pedía socorro. El día siguiente á la misma hora estaban en el mismo sitio y la criada estaba lavando á su lado. Nadie se acordaba del incidente de la víspera. De repente las tres personas oyeron el mismo ruido : tres golpes en la puerta del gabinete. Su sorpresa llegó al colmo. Durante mucho tiempo la criada no quiso quedarse sola en la casa.

Al poco tiempo supimos por una carta que una tía nuestra, muy devota, Angélica Bertrand, había muerto en Pertuis (Vaucluse) el 5 de abril de 1892, ó sea dos días antes.

ARLAND,

78, calle Bleue, Marsella.

LXXVI. — Tendría yo unos doce años. Mi pobre padre, uno de los héroes de Sidi-Brahim, había pasado la noche y una parte del día á la cabecera de su madre, peligrosamente enferma. Volvió y á eso de las cuatro uno de mis tíos vino á buscarle y dijo que la enferma estaba peor y manifestaba el deseo de ver á los dos pequeños. Mi padre quiso llevarnos y mi hermano menor fué de buen grado, pero yo me resistí de tal manera que tuvieron que ceder ante mi resolución motivada por el miedo cerval que tenía á los muertos.

Me quedé, pues, solo en casa con mi madre, que después de cenar me envió á acostarme, pero también me resistí, lleno de miedo, por lo cual mi madre se decidió á acostarme en su propia cama, prometiéndome que muy pronto iría á hacerme compañía.

Á eso de las siete y media, *recibí un bofetón de una violencia extraordinaria.* Mi madre vino inmediatamente á mis gritos y me preguntó qué tenía. Respondí que me habían pegado y que me dolía el carrillo y ella observó que le tenía rojo é hinchado. Inquieta por lo que acababa de ocurrir,

mi madre esperó con impaciencia la vuelta de mi padre y de mi hermano. Á las nueve volvieron y mi madre contó inmediatamente el hecho. Cuando dijo la hora, mi padre respondió: « Es precisamente la hora en que ha muerto su abuela. »

Durante más de seis meses conservé en el carrillo la huella de una mano, muy visible sobre todo cuando había jugado y tenía la cara más encarnada. Entonces la señal de la mano era blanca. Cientos de personas observaron esta particularidad.

A. Michel,

Tinturero en la fábrica de Valabre (Vaucluse).

LXXVII. — Eran las nueve de la noche y todo el mundo estaba aún levantado en mi casa. Mi hermana, de 17 años de edad, pasaba por un pasillo y vió debajo de una luz de gas una hermosa muchacha á la que no conocía, vestida de campesina. Mi hermana, asustada, se puso á gritar.

El día siguiente por la mañana, la cocinera, mujer de 25 años, contó á mi madre que la víspera, á eso de las nueve, acababa de meterse en la cama, cuando vió delante de ella á una amiga suya, joven campesina, cuyas señas correspondían con las de la aparición.

Se supo en seguida que la campesina había muerto precisamente aquel día.

Condesa Amelia Carandini,

Parella (Italia).

He aquí unos relatos, seguramente muy numerosos, y que parecen repetidos, aunque sean en realidad muy variados. Añadiremos otros todavía cuya lectura no será menos provechosa é instructiva para nuestra investigación. Nos parece que al leerlos la instrucción del lector debe completarse gradual y seguramente en este nuevo género de estudios.

Mme Adam escribió el 29 de noviembre de 1898 á

Mr. Gastón Méry, como respuesta á una información que éste había emprendido sobre lo « maravilloso ».

LXXVIII. — Yo fuí educada por mi abuela, á la que adoraba. Cuando estuvo gravemente enferma, me ocultaron su enfermedad porque estaba yo criando á mi hija y se temía que experimentase una pena demasiado violenta.

Una noche, á las diez, una lamparilla alumbraba mi alcoba y yo dormía, pero habiéndome despertado el llanto de mi niña, vi á mi abuela á los pies de mi cama. Al verla exclamé :

« ¡ Qué alegría, abuela, el verte ! »

La abuela no me respondió y señaló con la mano las órbitas de sus ojos.

¡ Entonces vi dos agujeros vacíos !

Me arrojé de la cama y corrí hacia mi abuela, pero en el momento en que la iba á estrechar entre mis brazos, el fantasma desapareció.

Mi abuela había muerto aquel mismo día, á las ocho de la noche.

Mr. Jules Claretie escribió á su vez para la misma información, en 1° de diciembre de 1898 :

LXXIX. — A. Teníamos en casa de mi padre, en Radevant (Perigord), un viejo labrador llamado Monspezat, que fué una noche á despertar á mi abuelo diciéndole : « Mme Pelissier ha muerto. Acaba de morir. *La he visto.* »

Mme Pelissier era la hermana de mi abuelo, casada en París, y en aquel tiempo de las diligencias una carta tardaba cuatro días en llegar al fondo del Perigord. No había telégrafo, naturalmente. Ahora bien, se supo en Radevant que á la misma hora en que Montpezat había visto á Mme Pelissier, mi abuela murió en París, en la calle de Monsieur-le-Prince.

B. Otra tradición por parte de mi abuela materna. Uno de los hermanos de mi abuela era capitán de la guardia. Mi madre y sus hermanos vivían en Nantes y cuando aquél iba á verlos, tenía la costumbre de dar golpecitos en el cristal del piso bajo como para decir : « Aquí estoy ».

Una noche, estando toda la familia reunida, llamaron en los cristales y mi bisabuela se levantó alegre diciendo: « Es él, que vuelve del ejército. »

Corrieron á la puerta y no vieron á nadie. Á la misma hora, el hermano de mi abuela caía muerto en Wagram á manos de un cazador tirolés. Tengo la cruz de honor que el emperador se quitó del pecho para dársela en el campo de batalla y la carta de su coronel que acompañó á su envío.

Á la hora en que por no sé qué alucinación del oído, de la que participaron la madre y sus hijos, se oía en Nantes á una mano invisible golpear en los cristales, el ausente caía muerto en Wagram.

Estos fenómenos de apariciones á distancia en el momento de la muerte han sido objeto en Inglaterra, hace unos años, de una información independiente hecha por unos sabios de los que creen que la negación no ha probado nunca nada.

El espíritu científico de nuestro siglo trata con razón de extraer todos estos hechos de las nieblas engañadoras del sobrenaturalismo, convencido de que no hay nada sobrenatural y de que la naturaleza, cuyo reino es infinito, lo abraza á todo. Para el estudio de estos fenómenos se ha organizado una sociedad científica especial, la *Society for psichical Research*, á cuyo frente se han puesto algunos de los sabios más ilustres del reino unido y que ha producido ya importantes publicaciones. Para comprobar los testimonios se han hecho informaciones rigurosas. Vamos á hojear un instante el conjunto de esos testimonios y á añadir aún á los documentos que preceden otros no menos verídicos y algunos de los cuales son acaso más notables todavía. En seguida nos ocuparemos en tratar de explicarlos.

Á continuación algunos casos extraordinariamente curiosos tomados de la obra *Phantasms of the Living*,

de MM. Gurney, Myers y Podmore, traducida al francés por M. Marillier con el título de *Hallucinations télépathiques*.

El general Fytche, del ejército inglés, escribió el 22 de diciembre de 1883 al profesor Sidgwick, director de la Comisión psíquica :

LXXX. — En Odesa, el 17 de enero de 1861, á las once de la noche, Mme Obalechef estaba en la cama, buena y sana y sin dormir aún. Á su lado dormía en el suelo su criada, anteriormente sierva. En el cuarto había una lámpara encendida delante de una imagen.

« Mirando por azar, dice, á la puerta que tenía delante, vi entrar lentamente á mi cuñado en zapatillas y con una bata de cuadros que nunca le había visto. Se aproximó á una butaca, en la que se apoyó, y *dando un paso por encima de los pies de la criada*, que estaba allí, se sentó en la butaca. En este momento el reloj dió las once. Segura de ver distintamente á mi cuñado, hice á la criada esta pregunta ; « ¿Ves, Claudina? » sin nombrar á nadie.

La criada, temblando de miedo, me respondió inmediatamente :

« Veo á Nicolás Nilovitch » (el nombre de mi cuñado).

Á estas palabras, él se levantó, pasó de nuevo sobre los pies de Claudina y volviéndose, desapareció por la puerta que conducía al salón.

Mme Obalechef despertó á su marido, el cual cogió una bujía y examinó toda la casa sin hallar nada anormal. La señora tuvo entonces la convicción de que su cuñado, que habitaba entonces en Tver, acababa de morir, y en efecto, el suceso se había verificado precisamente el 17 de enero de 1861, á las once de la noche.

Como confirmación de este relato existe el testimonio escrito de la viuda de M. Nilovitch, la cual certifica que las cosas sucedieron de ese modo y que la bata descrita por su hermana era idéntica á la que M. Nilovitch se mandó hacer unos días antes de su muerte y con la cual murió.

LXXXI. — En septiembre de 1857, el capitán Wheatcroft,

del 6º regimiento inglés de los dragones de la guardia, partió para las Indias, á fin de incorporarse á su regimiento. Su mujer permaneció en Inglaterra, en Cambridge. En la noche del 14 al 15 de noviembre, á la madrugada, soñó que veía ansioso y enfermo á su marido é inmediatamente se despertó con el espíritu muy agitado. Hacía una magnífica luna y al abrir los ojos vió de nuevo á su marido en pie al lado de la cama. Estaba de uniforme, con las manos apretadas contra el pecho, los cabellos en desorden y el semblante pálido. La miraba fijamente con sus grandes ojos negros y tenía la boca contraída. Le vió con todas las particularidades de su ropa, *tan distintamente como nunca le había visto en su vida*, y recuerda haber observado entre sus dos manos la blancura de la camisa, que sin embargo, no estaba manchada de sangre. Su cuerpo parecía inclinarse con expresión de sufrimiento y se esforzaba por hablar, pero no se oía ningún sonido. La aparición duró un minuto próximamente y desapareció. La primera idea de Mme Wheateroft fué convencerse de que estaba bien despierta. Se frotó los ojos con la sábana. Su sobrinito estaba en la cama con ella y se oía su respiración. Es inútil decir que ella no durmió ya aquella noche.

Por la mañana contó todo esto á su madre y expresó la convicción de que su marido había muerto ó estaba gravemente herido, aunque no había visto sangre en la camisa. Tan impresionada quedó por aquella aparición, que desde este momento rehusó todas las invitaciones. Una amiga la invitó algún tiempo después para que asistiese á un concierto á fin de que luciese un hermoso traje que su marido le había enviado de Malta y que aún no se había puesto, pero ella se negó de un modo absoluto, declarando que no sabía si era viuda y que no asistiría á ninguna diversión hasta que hubiera recibido cartas de su marido posteriores al 15 de noviembre.

En el mes de diciembre se publicó en Londres un telegrama anunciando la muerte del capitán, dándola como ocurrida el 15 de noviembre delante de Luknow.

Esta noticia, publicada por un periódico, llamó la atención de un *solicitor*, encargado de los asuntos del capitán, y como Mme Wheatcroft le había afirmado que la aparición

se verificó el 14, se enteró en el ministerio de la guerra, donde le confirmaron la fecha del 15. En el mes de marzo, sin embargo, uno de los compañeros del capitán, de vuelta en Londres, explicó completamente los hechos y probó que el capitán había muerto á su lado, no el 15 sino el 14 por la tarde, y que la cruz plantada sobre su sepultura llevaba, en efecto, la fecha 14.

Así, *esta aparición dió la fecha de la muerte con mayor precisión que los documentos oficiales, los cuales fueron rectificados.*

La relación siguiente ha sido tomada de *Church Quaterly Review* (abril de 1877) :

LXXXII. — En la casa en que se escriben estas líneas, una ancha ventana que mira al norte ilumina vivamente la escalera y la entrada de la pieza principal, situada al cabo de un pasillo que recorre la longitud de la casa. Una tarde de invierno, el que escribe estas líneas salió de su cuarto, situado en el pasillo, para ir á comer.

El día era hermoso, pero aun no habiendo vapores muy densos, la puerta del fin del pasillo parecía cubierta por una niebla. Á medida que se avanzaba, aquella niebla, llamémosla así, se concentró en un solo punto, se espesó y presentó el contorno de una figura humana, cuya cabeza y cuyos hombros se hicieron más y más visibles, mientras que el resto del cuerpo parecía envuelto por una ancha vestidura de gasa, como un manto con muchos pliegues, que llegaba hasta el suelo y ocultaba los pies. El manto descansaba en las losas y el total de la figura afectaba una forma piramidal. La viva luz de la ventana iluminaba el objeto, el cual era tan poco consistente que la luz se transparentaba por la parte baja de las vestiduras. La aparición no tenía color y parecía *una estatua tallada con niebla.*

El autor de este relato se quedó tan emocionado que no sabe si avanzó ó si se estuvo inmóvil. Estaba más bien asombrado que aterrorizado y su primera idea fué que estaba presenciando un efecto desconocido de luz y sombra. No pensó en nada sobrenatural, pero vió que la cabeza se

volvía hacia él y reconoció entonces las facciones de un amigo muy querido. La cara tenía una expresión de paz, de reposo y de santidad. El aire de dulzura y de bondad que tenía en la vida diaria se había agrandado todavía y se había reconcentrado como en una última mirada de profunda ternura. El que escribe estas líneas ha conservado ese sentimiento siempre que la visión ha vuelto á su recuerdo. En un instante todo desapareció como un chorro de vapor se disipa al contacto del aire frío.

Dos días después el correo le trajo la noticia de que su amigo había dejado el mundo tranquilamente *en el momento en que él le había visto*. Conviene observar que fué una muerte repentina, que el testigo no había oído hablar de su amigo hacía muchas semanas y que nada le había hecho pensar en él el día de su muerte.

El capitán G.-F. Russell Colt, Gartsherrie, Coatbridge, hace la relación siguiente :

LXXXIII. — Tenía yo un hermano mayor al que quería mucho, Olivier, teniente en el 7° real de fusileros, y que se encontraba en esa época en el sitio de Sebastopol. Ambos seguíamos una activa correspondencia. Un día, me escribió en un momento de abatimiento y encontrándose indispuesto. Yo le respondí aconsejándole que tuviese valor, pero que si le ocurría algo, me lo hiciese saber apareciéndoseme en mi cuarto, el mismo en que, siendo muchachos, nos habíamos metido con tanta frecuencia para fumar y charlar á hurtadillas.

Mi hermano recibió aquella carta, según supe después, en el momento en que iba á comulgar. Después de haber comulgado se fué á las trincheras y ya no volvió. Unas horas después empezó el asalto de Redan. El capitán de su compañía cayó y mi hermano le reemplazó valientemente y condujo con gran valor sus hombres al combate. Aunque había ya recibido varias heridas, peleaba heroicamente cuando recibió un balazo en la sien derecha y cayó sobre un montón de cadáveres, en el que fué encontrado treinta y seis horas después en una postura como si estuviese arrodillado.

Su muerte se verificó, ó acaso cayó sin morir todavía, el 8 de septiembre de 1855.

Aquella misma noche me desperté de repente y enfrente de la ventana, cerca de mi cama, vi á mi hermano de rodillas y rodeado de un nimbo fosforescente. Quise hablar y no pude conseguirlo. Metí la cabeza entre las mantas, no porque tuviese miedo, sino para poner en orden mis ideas. Nuestra educación no era favorable á la creencia en los espíritus, ni en las apariciones, y yo no había pensado en él ni soñado con él y no recordaba lo que le había escrito quince días antes. Pensé que se trataba de una alucinación, de un efecto de luna sobre cualquier objeto. Miré de nuevo y la aparición estaba allí todavía fijando en mí una mirada de profunda tristeza. Hice un nuevo esfuerzo para hablar, pero mi lengua estaba como atada y no pude articular ningún sonido.

Salté de la cama, miré por la ventana y vi que no había luna. La noche estaba obscura y caían gruesas gotas á juzgar por el ruido que hacían al chocar con los cristales. El pobre Olivier estaba todavía allí. Me aproximé entonces, *anduve á través de la aparición* y llegué á la puerta del cuarto. Al levantar el picaporte de la puerta me volví otra vez y la aparición volvió lentamente la cabeza hacia mi y me dirigió una mirada llena de angustia y de amor. Entonces observé por primera vez que tenía en la sien derecha una herida de la que surgía un hilo de sangre. La cara estaba pálida como la cera y transparente.

Dejé mi cuarto y me fuí al de un amigo, donde me eché en un sofá por el resto de la noche. Á mi amigo le dije por qué había ido á su cuarto. También conté la aparición á otras personas y á mi padre, pero éste me mandó que no repitiera semejante disparate y sobre todo que no dijese nada á mi madre.

El lunes siguiente se recibió una nota de sir Alejandro Milne anunciando que el Redan había sido tomado por asalto, pero sin dar detalles, y quince días después se supo toda la historia.

El coronel del regimento y otros oficiales que habían visto el cadáver me dijeron *que el aspecto del cuerpo era el que yo había descrito*. La herida estaba exactamente donde

yo la había visto, pero nadie pudo decir si realmente había muerto en seguida. Su aparición en este caso debió efectuarse unas horas después de su muerte, pues yo le vi algo después de las dos de la madrugada.

Á los pocos meses me enviaron un libro de oraciones y la carta que yo le había escrito, encontrados en un bolsillo interior de su uniforme. Todavía los conservo.

El Reverendo F. Barker, antiguo rector de Cottenham, en Cambridge, ha firmado la siguiente relación :

LXXXIV. — El 6 de diciembre de 1873, hacia las once de la noche, acababa de acostarme y no estaba aún dormido cuando mi mujer se asustó porque yo había dado un profundo gemido. Me preguntó la causa y yo respondí : « Acabo de ver á mi tía, que ha venido, se ha puesto á mi lado, me ha dirigido su bondadosa y familiar sonrisa y ha desaparecido. »

Una tía mía, á la que yo quería mucho estaba por aquella época en la isla de la Madera por motivos de salud. Su sobrina, prima mía, estaba con ella. Yo no tenía razón alguna para suponer que estuviese enferma, pero la impresión que me hizo el hecho fué tan fuerte, que conté á mi familia y á mi madre lo que había visto.

Una semana después supimos que había muerto mi tía *en aquèlla misma noche* y, si se tiene en cuenta la longitud, *casi en el momento* en que la visión se me apareció.

Cuando mi prima, que estaba con ella, oyó hablar de lo que yo había visto, dijo : « No me extraña, porque no dejó de llamarte durante toda su agonía. »

Es la única vez que he experimentado algo de este orden.

Frédérick Barker.

La fecha de la muerte está confirmada por la necrología del *Times*.

Mme Barker ha confirmado por su parte el relato en los términos siguientes :

Recuerdo bien los hechos á propósito de los cuales ha escrito á usted mi marido.

Debían ser cerca de las once. Mi marido no estaba aún dormido pues acababa de hablarme, cuando se puso á gemir profundamente. Le pregunté qué tenía y me dijo que su tía, la que estaba en la isla de la Madera, acababa de aparecérsele sonriéndole y había desaparecido. Me dijo también que llevaba alguna cosa negra en la cabeza, que parecía encajes. Por la mañana repitió la relación á varios parientes y ocurrió que su tía *había muerto aquella misma noche*. Su sobrina, Mlle Gamnett, me dijo que no le extrañaba el suceso, porque su tía había llamado repetidamente á mi marido durante su agonía. Mi marido había sido para ella casi un hijo.

P.-S. Barker.

Mlle Gamett, que estaba á su lado cuando murió, ha rectificado los dos relatos precedentes.

LXXXV. — Mi mujer tenía un tío capitán de la marina mercante, que la quería mucho y que siendo niña la sentaba con frecuencia en sus rodillas y le acariciaba el cabello.

Mi mujer se fué con sus padres á Sydney y su tío continuó su oficio en diversas partes del mundo.

Tres ó cuatro años después había subido á vestirse para comer y se había desprendido los cabellos, cuando sintió que una mano se apoyaba suavemente en su cabeza y acariciaba el pelo hasta los hombros. Asustada, se volvió y dijo : « ¡Oh, mamá! ¿Para qué me asustas así? »

Creyó que su madre había querido darle una broma.

No había nadie en la habitación.

Cuando, estando comiendo, contó el incidente su madre le aconsejó que tomase nota del día y de la hora y así se hizo. Poco después llegó la noticia de que su tío William *había muerto aquel día* y, teniendo en cuenta la diferencia de longitudes, á la misma hora en que había sentido la mano sobre la cabeza.

J. Chantrey Harris,

Propietario del *New-Zealand* y del *New-Zealand Mail*, en Welington, Nueva Celandia.

La misma Mme Harris cuenta el hecho de este modo :

En abril de 1860 era yo todavía soltera y muchas veces, en pie delante del tocador, me arreglaba el peinado.

Un día, á eso de las seis de la tarde, en pleno crepúsculo, estaba en uno de esos momentos cuando sentí una mano que se apoyaba en mi cabeza y descendía por el pelo hasta ponerse pesadamente en mi hombro derecho. Asustada por aquella caricia inesperada, me volví para regañar á mi madre por haber entrado sin hacer ruido, cuando con gran sorpresa vi que no había nadie. En seguida pensé en Inglaterra, á donde mi padre se había ido en el mes de enero anterior, y sospeché que algo había pasado, aunque me fuese imposible precisar nada.

Bajé y conté á mi familia el miedo que me dominaba. Por la noche vinieron dos amigas, madre é hija, y al informarse de la causa de mi palidez, se las puso al corriente del hecho. La madre me dijo inmediatamente :

« Tome usted nota de la fecha y veremos lo que sucede. »

Así se hizo y el incidente dejó de preocuparnos, aunque todas esperábamos con inquietud la primera carta de mi padre. A su llegada á Inglaterra había encontrado á su hermano moribundo. En mi infancia era yo su preferida y mi nombre fué la última palabra que pronunció al morir.

LXXXVI. — Un jueves por la noche, hacia la mitad de agosto de 1849, fuí, como lo hacía con frecuencia, á pasar la velada con el Reverendo Harrisson y su familia, con la cual tenía yo las relaciones más íntimas. Como el tiempo era bueno, nos fuimos todos á pasear al jardín zoológico. Hago observar esto porque prueba que Harrisson y su familia estaban en buena salud y nadie sospechaba lo que iba á suceder. El día siguiente, fuí á visitar á unos parientes en Hartfordshire. Vivían en una casa llamada Flamstead Lodge, á veintiséis millas de Londres, en la carretera. Comíamos generalmente á las dos, y aquel día, después de comer, dejé á las señoras en el salón y me fuí paseando por el cercado hasta el camino. Nótese bien que era un día de agosto, con un hermoso sol, y que pasaba mucha gente por

la carretera. Yo estaba alegre, lleno de juventud y de vida y sin nada que pudiera hacer divagar mi imaginación. Á pocos pasos de mí había unos campesinos.

De repente, un fantasma se irguió delante de mí y tan cerca, que si hubiera sido un ser humano me hubiera tocado. Por un momento me impidió ver el paisaje y los objetos que me rodeaban. No distinguí exactamente los contornos del fantasma, pero *vi moverse sus labios* y murmurar alguna cosa. Sus ojos me dirigieron una mirada tan intensa y tan severa, que retrocedí instintivamente. Maquinalmente y acaso en alta voz exclamé : « ¡Dios mío, es Harrisson! » aunque no pensaba en él en aquel momento. A los pocos segundos, que me parecieron una eternidad, el fantasma desapareció y yo me quedé clavado en mi sitio.

La extraña sensación que experimenté hace que no pueda dudar de la realidad de la visión. Sentí mi sangre helarse en las venas. Mis nervios estaban tranquilos, pero experimenté un frío mortal que me duró una hora y fué desapareciendo á medida que se restablecía la circulación.

Nunca, ni antes ni después, he sentido una impresión parecida. No hablé de esto á las señoras por no asustarlas y la sensación desapareció gradualmente.

Ya he dicho que la casa estaba cerca de la carretera, en medio de la propiedad, á lo largo de un camino que conduce á la aldea, y á 300 metros de toda otra casa. Había una verja de hierro de siete pies de altura para proteger la casa contra los vagabundos y las puertas se cerraban siempre al anochecer.

Aquella noche hacía un tiempo hermoso, puro y tranquilo y nadie hubiera podido aproximarse á la casa, en el profundo silencio de una noche de verano, sin ser oído á lo lejos. Además había un gran perro para guardar la puerta de entrada y dentro de la casa un perrillo que ladraba á todo el mundo y á cualquier ruido. Íbamos á retirarnos á nuestros dormitorios y estábamos sentados en la sala de la planta baja teniendo con nosotros al perrillo. Los criados se habían ido á acostar en una habitación detrás de la casa, á unos sesenta pies de nosotros.

De repente se oyó en la puerta de entrada un gran ruido como si la puerta temblase en su dintel y vibrase á impulsos

de golpes repetidos. Nos pusimos en pie, mudos de asombro, y los criados llegaron medio desnudos para saber qué sucedía.

Corrimos á la puerta, pero no vimos ni oímos nada. El perro, contra su costumbre, se escondió debajo del sofá (1) y no quiso ni estarse en la puerta ni salir en la obscuridad. La puerta no tenía aldabón ni nada que pudiese caer y era imposible acercarse ó salir de la casa en aquel gran silencio sin ser oído. Todo el mundo estaba espantado y me costó gran trabajo hacer que la familia y los criados se acostasen.

Era yo tan poco impresionable que no atribuí entonces este hecho á la aparición del fantasma visto por la tarde, y me fuí á la cama meditando sobre todo esto y buscando una explicación.

Me estuve en el campo hasta el miércoles por la mañana, sin sospechar lo que había sucedido durante mi ausencia, y al volver me dirigí á mi despacho, 11, King's Road, Gray's Inn. Mi empleado me salió al encuentro y me dijo :

« Ha venido ya tres veces una persona que desea ver á usted en seguida. »

El visitante era un M. Chadwick, amigo íntimo de la familia Harrisson, que me dijo con gran sorpresa mía :

« Ha habido una terrible epidemia de cólera en Wandsworth Road. En casa de M. Harrisson *todos han perecido.* Mme Rosco ha caído enferma el viernes y ha muerto. Mme Harrisson ha sido atacada el sábado y ha muerto. La doncella, el domingo, y ha muerto. La cocinera, atacada también, ha estado en poco que no muera. El pobre reverendo fué atacado el domingo por la noche y está muy malo. Le han llevado al lazareto de Hampstead, para cambiarle de aire y el lunes y el martes ha pedido á los que le rodean que fuesen á buscar á usted, pero no se sabía dónde estaba. Tomemos pronto un coche y vamos allá, si queremos encontrarle vivo. »

Nos pusimos en marcha en seguida, pero Harrisson había muerto cuando llegamos.

H. B. Garling,
12, Westburne Gardens, en Folkestone.

(1) Habría que hacer estudios sobre los perros. ¿Por qué, por ejemplo, anuncian la muerte con sus aullidos siniestros ?

Este caso es seguramente uno de los más notables, dramáticos y extraordinarios, por la impresión producida en muchas personas y hasta en animales. Volveremos á hablar de él en la discusión general de las causas.

Véanse otros tres casos no menos curiosos de *sensaciones colectivas*.

LXXXVII. — En la noche del 21 de Agosto de 1869, entre ocho y nueve, estaba yo sentada en mi alcoba, en casa de mi madre, en Devonport. Mi sobrino, un niño de siete años, dormía en la habitación contigua. De pronto le vi entrar corriendo en mi cuarto y gritando en tono de espanto :

« ¡Oh! tía, acabo de ver á mi padre dar vueltas al rededor de mi cama. »

Yo le respondí : « ¡Qué tontería! Estás soñando. »

Replicó que no soñaba y no quiso volver á su cuarto. Viendo que no podía persuadirle, le hice acostarse en mi cama y entre diez y once me acosté yo también.

Una hora después vi distintamente al lado de la chimenea, la forma de mi hermano sentado en una silla y lo que me chocó particularmente fué la palidez mortal de su cara. En este momento mi sobrino estaba dormido. Me quedé tan asustada, que escondí la cabeza entre la ropa y poco después oí claramente su voz, que por tres veces me llamó por mi nombre. Me decidí entonces á mirar y había desaparecido.

Es de advertir que mi hermano estaba en Hong-Kong.

Por la mañana conté á mi madre y á mi hermana lo que había sucedido y tomé nota.

El primer correo de China nos trajo la triste noticia de la muerte de mi hermano, ocurrida el 21 de Agosto de 1869, en la rada de Hong-Kong, á consecuencia de una insolación fulminante.

MINNIE COX,

Summer Hill Queenstown, Irlanda.

LXXXVIII. — Un amigo mío, oficial de Highlanders, había sido gravemente herido en una rodilla en la batalla de Tel-el-Kebir.

Su madre era una de mis mejores amigas, y cuando el navío hospital *Cartago* le condujo á Malta, me envió á bordo para verle y tomar las disposiciones necesarias para llevarle á tierra. Cuando llegué á bordo me dijeron que era uno de los enfermos más graves y que se consideraba peligroso el transportarle al hospital militar. Después de muchas instancias obtuvimos su madre y yo el permiso de ir á hacerle compañía y á cuidarle. El pobre joven estaba tan malo que los médicos temían que muriera si se intentaba una operación y no querían amputarle la pierna, que era su sola probabilidad de salvación. La pierna se gangrenaba y ciertas partes de ella se eliminaban, y como la enfermedad se prolongaba, tan pronto bien, tan pronto mal, los médicos empezaban á pensar que acaso recobraría en parte la salud, aunque quedase cojo y muriese después probablemente de consunción.

La noche del 4 de enero de 1886, como no se previese cambio alguno brusco en su estado, su madre me llevó á su casa para que descansase, pues mi salud se resentía de aquellos continuos insomnios. El enfermo estaba en una especie de letargo y el médico dijo que, bajo la influencia de la morfina, dormiría probablemente hasta el día siguiente por la mañana. Consentí, pues, en irme y me propuse volver al amanecer á fin de que me encontrase allí al despertar.

Hacia las tres de la mañana, mi hijo mayor, que dormía en mi cuarto, se despertó gritando : « Mamá, mamá, ahí está M. B... Me levanté precipitadamente y, en efecto, la forma de M. B... flotaba en el cuarto á unos quince centímetros del suelo y desapareció por la ventana sonriéndome. Estaba en traje de noche y, cosa extraña, el pie enfermo, cuyos dedos habían caído gangrenados, estaba en la aparición enteramente como el otro. Mi hijo y yo lo observamos al mismo tiempo.

Media hora después, un hombre vino á decirme que M. B... había muerto á las tres de la mañana. Fuí entonces á ver á su madre, que me dijo que había recobrado en parte el sentido en el momento de la muerte, que creía sentir mi mano en la suya y que la estrechaba al mismo tiempo que la del ordenanza que estuvo á su lado hasta el último momento.

Nunca me he perdonado el haberme separado de él aquella noche.

EUGENIA WICKHAM.

M. Wickham hijo, de nueve años en el momento del suceso, ha firmado lo que sigue :

Recuerdo muy bien que las cosas sucedieron como queda dicho.

EDMUNDO WICKHAM.

El marido de Mme Wickham, teniente coronel de artillería certifica también la exactitud de este relato.

Terminaremos estas observaciones telepáticas con la siguiente, que tiene igualmente dos testigos.

LXXXIX. — Durante el invierno de 1850 á 51, yo, Carlos Matthews, de edad entonces de veinticinco años, era mayordomo en casa del general Morse, en Troston Hall, cerca de Bury Saint-Edmuns.

Mi madre, Mary-Anne Matthews estaba en la misma casa como cocinera y ama de llaves, y era una mujer muy recta y concienzuda, querida por todos los criados excepto por la doncella, llamada Susana, la cual era desagradable á todo el mundo por sus chismes y sus maldades, pero temía á mi madre, cuyo carácter firme le imponía.

Susana tuvo la ictericia y se la cuidó primeramente en casa, pero finalmente fué transportada al hospital de Bury, á expensas del general Morse, y colocada en la sala destinada á los domésticos, donde murió una semana después. El general enviaba al hospital una mujer de la aldea para saber de la enferma y un sábado por la noche aquella mujer fué al hospital y no volvió hasta el domingo al anochecer, diciendo que había encontrado á Susana sin conocimiento y que como su fin se aproximaba, le habían permitido permanecer en la sala hasta el último momento.

En aquella noche del sábado se produjeron los hechos que voy á contar.

Estaba yo dormido y de repente me desperté con un gran sentimiento de terror. Miré en la obscuridad y no vi nada, pero presa de un miedo especial, me escondí entre las ropas de la cama. La puerta de mi cuarto se abría á un pasillo estrecho que conducía al cuarto de mi madre y todos los que

pasaban por allí tenían casi que rozar mi puerta. No pude dormir en toda la noche y por la mañana vi que mi madre parecía enferma, pálida y singularmente alterada, por lo que pregunté :

« ¿Qué sucede? »

Y ella respondió :

« Nada; no me lo preguntes. »

Pasaron una ó dos horas y yo veía claramente que algo había. Me decidí á saberlo y aunque mi madre no quería decir nada, pregunté :

« ¿Se refiere la cosa á Susana?

Mi madre rompió á llorar y replicó :

« ¿Por qué preguntas eso? »

Entonces le hablé de mi terror nocturno, y ella á su vez me contó esta terrible historia :

« Me desperté al oir abrir la puerta y con gran terror vi entrar á Susana en camisa. *Vino derecha á mi cama, levantó la ropa y se acostó á mi lado.* Sentí un escalofrío glacial que corría por mi cuerpo en el sitio en que la aparición parecía tocarme, y verdaderamente espantada debí desmayarme, pues no recuerdo ya lo que pasó. Cuando recobré mis sentidos, no estaba ya allí. Pero estoy segura de una cosa; de que lo ocurrido *no ha sido un sueño.* »

Cuando volvió la mujer que había ido al hospital supimos que Susana había muerto aquella noche y que en su agonía no hablaba más que de volver á Troston Hall. No pensábamos en modo alguno que moriría y creíamos que había ido al hospital, no porque estuviera en peligro de muerte, sino para someterse á un tratamiento especial.

He aquí los hechos como yo puedo contarlos. Yo no era ni supersticioso ni crédulo, pero no he podido aún darme cuenta del cómo ni del porqué de aquel extraño incidente.

CARLOS MATTHEWS,

8, Blanford place, Clarence Gate, Regent's Park, Londres.

IV

ADMISIÓN DE LOS HECHOS.

> There are more things in heaven and earth, Horatio.
> Than are dreamt of in your philosophy.
>
> SHAKESPEARE, *Hamlet*, act. 1, es. V

He aquí numerosas observaciones de manifestaciones de moribundos (hay todavía dos veces más no publicadas). ¿Es posible, después de leerlas de un modo concienzudo y sin prejuicio alguno, no ver en ellas más que invenciones, cuentos arreglados ó alucinaciones con coincidencias fortuitas?

Una negación pura y simple no es aceptable aquí. Estamos sin duda en lo extraordinario, en lo desconocido, en lo no explicado, y nos parece más cuerdo y más científico tratar de darnos cuenta de esos fenómenos que negarlos sin examen.

Explicarlos es más difícil. Como hemos dicho al empezar, nuestros sentidos son imperfectos y engañadores y acaso no nos revelarán jamás la verdadera realidad, menos en esto que en otras cosas.

Estos relatos han sido escogidos entre un número mucho más considerable. Los lectores que gustan de darse cuenta de la naturaleza y de la diversidad de estas manifestaciones, los habrán leído con interés y habrán comprendido que si hemos publicado tantos, ha sido precisamente para dejar sentado que no son tan raros ni tan excepcionales como se imagina, y porque su valor aumenta en razón de su número.

Se observará que en todas esas relaciones los detalles son todo lo circunstanciados que ha sido posible y que no se trata de alucinaciones subjetivas inciertas, dudosas y, sobre todo, anónimas. Tengo un horror indisciplinado hacia todo lo que es anónimo y nunca he podido ni podré comprender que no se tenga el valor de su opinión, ni que siendo poseedor de una observación interesante y que pueda hacer progresar, por poco que sea, nuestros conocimientos, no se atreva uno á formular su exposición por miedo de comprometerse, por temor del ridículo, por interés, por prejuicio supersticioso ó por cualquier otra razón.

Doy de nuevo las gracias á las personas que me han dado parte de sus observaciones. Hemos dicho ya que hay un término medio de una persona por veinte que ha experimentado por sí misma, ó conocido por alguno de sus amigos ó parientes, manifestaciones de este orden. No es esta, por cierto, una cantidad despreciable. En general no se cuentan estas historias si no se es invitado y ni aún entonces.

La cuestión que se plantea ahora es esta : ¿Cuál es el valor real de estos relatos? Porque es evidente que la cantidad no basta : la calidad es un coeficiente. El análisis debe ser aquí cualitativo tanto como cuantitativo. Que esos hechos hayan sido inventados por completo para mistificar á los parientes y á los amigos á quienes se los han contado, es una hipótesis que ya se ha sentado, pero que empezaremos por eliminar. En ciertos casos hay varios testigos. En otros el observador ha sido impresionado de tal modo que le ha resultado una enfermedad. Los primeros relatos transcritos me han sido enviados por personas en cuya sinceridad tengo tanta confianza como en mí mismo. Las cartas

que vienen en seguida parecen escritas con una absoluta buena fe. He hecho comprobar de diversos modos una décima parte de ellas y esa comprobación ha confirmado siempre la veracidad de los relatos, salvo algunas variaciones insignificantes.

Esos relatos, por otra parte, no difieren de los que me han sido hechos por personas que conozco hace mucho tiempo. Si los primeros son verídicos no hay razón para que los segundos no lo sean. La clase de los farsantes y de los bromistas es muy rara cuando se trata de contar la muerte de un padre, de una madre, de un esposo ó de un hijo. En esos duelos no se ríe generalmente á carcajada. No se juega tampoco con tales asuntos y, después, la sinceridad tiene su acento propio : « El estilo es el hombre », ha dicho Buffon.

Me encuentro en el mismo caso con esos comunicantes que con los que me envían constantemente de todos los puntos del globo sus observaciones diversas en astronomía y en meteorología.

Cuando una persona me escribe que ha observado un eclipse, una ocultación, un bólido, unas estrellas errantes, un cometa, una variación en Júpiter ó en Marte, una aurora boreal, un temblor de tierra, una tempestad, un caso curioso de rayo, un arco iris lunar, etc., la creo desde luego sincera y de buena fe, lo que no me impide examinar su comunicación y juzgarla. Se puede responder que la observación astronómica ó meteorológica puede haber sido hecha al mismo tiempo por otras personas, lo que es una especie de comprobación. Es cierto; pero la opinión que puedo tener de la sinceridad del observador es siempre la misma; admito la observación á beneficio de inventario y con todos los derechos del libre examen. En los

casos de telepatía y en los otros están en juego los mismos humanos, que gozan de todas sus facultades intelectuales, que están en el estado de espíritu más normal y que lo prueban por sus mismas reflexiones. No tengo razón para desconfiar *á priori* de un sabio, de un profesor, de un magistrado, de un sacerdote, de un pastor, de un industrial ó de un agricultor, cuando me exponen una observación física. Como los hechos de que ahora se trata, sin embargo, son más raros y menos creibles, nuestra facultad de admisión es más severa y por mi parte he empezado por comprobar un gran número, por tomar informes y hacer averiguaciones que casi siempre me han confirmado pura y simplemente las relaciones recibidas. Esto es lo que ha hecho también por su parte la Sociedad psíquica de Londres. Á pesar de ciertas variaciones en los relatos y de ciertos desfallecimientos de la memoria, se comprueba casi siempre que el hecho relatado es real y no inventado.

Pero si los impostores son raros, los ilusos son numerosos en este orden de ideas. Hemos apreciado en el capítulo II la extensión de la credulidad humana. Sin embargo, el estilo de los crédulos y de los fanáticos es también muy característico.

Una segunda apreciación, más sostenible, es pensar que, en general, el fondo es verdadero, pero que los hechos observados han sido amplificados y arreglados con la mejor fe del mundo para hacerlos cuadrar con los acontecimientos; alucinaciones puestas de relieve y que se hace coincidir con las muertes cuando tal coincidencia no ha sido más que aproximada.

He examinado y discutido esta hipótesis con la mayor atención y he concluído que tampoco es admisible. 1° En los casos en que he podido comprobar los hechos, he

observado que habían sucecido poco más ó menos como me los habían contado. 2° Las personas que los describen se toman el cuidado, por lo general, de hacer notar que se encuentran en un estado de salud normal, que no están sujetas á alucinaciones, que han observado los hechos con la mayor sangre fría y que están ciertas de ellos. 3° He descartado de estos relatos todo lo que ha sido sentido en sueños y sólo he dejado las observaciones hechas en estado de vigilia. 4° He eliminado todos los que se pueden atribuir á la imaginación, á la autosugestión ó á las diversas especies de alucinaciones.

Los hechos son variados y han sido vistos por personas de todos los rangos intelectuales y morales, por hombres y por mujeres de todas las edades, de todas las clases de la humanidad, de todas las creencias, indiferentes y escépticos, crédulos é ideólogos, en el norte y en el mediodía, en la raza sajona como en la latina, en todos los países y en todos los tiempos. La crítica más severa no puede considerarlos como nulos y debe tenerlos en cuenta.

Atribuirlos á alucinaciones es imposible. Las alucinaciones son conocidas y tienen sus causas. (Las discutiremos más adelante.) Las personas que las padecen están para ello más ó menos predispuestas y han experimentado varias, algunas veces muchas, en el curso de su vida. Aquí los testigos no son seres de esa naturaleza; han visto un hecho psíquico, como hubieran visto un hecho físico, y le cuentan.

Si esas especies de hechos fueran alucinaciones, ilusiones, juegos de la imaginación, *habría un número considerablemente mayor sin coincidencia de muerte que con ella.*

Ahora bien; lo que sucede es lo contrario. Mi información lo prueba hasta la evidencia.

He pedido que se me enviasen todos los casos, hubiera habido ó no coincidencia, y no he recibido más que siete ú ocho sin ella, que es absolutamente lo contrario de lo que debería suceder si se tratase de alucinaciones.

Habría también que admitir las alucinaciones de varias personas á la vez, separadas por cientos de kilómetros.

Se puede replicar que, con todo, se trata de alucinaciones puesto que no se anotan más que las que han sido acompañadas de coincidencia.

La objeción no es sostenible porque al que ve aparecer á su padre, á su madre, á su marido, á su hijo, es imposible que el hecho no le llame la atención, aun no habiendo coincidencia de muerte, y que no lo recuerde.

Todos los casos que acabamos de consignar han sido experimentados por personas despiertas y *en su estado normal*. He tenido cuidado de no citar ningún ejemplo de manifestaciones ó de apariciones observadas en sueños y he querido, desde el principio, establecer una clasificación metódica, clara y precisa de los fenómenos objeto de nuestro estudio, el cual es *esencialmente científico*, como si se tratase de astronomía, de física ó de química. Los sueños, las visiones en sonambulismo o en hipnotismo, los presentimientos ó previsiones, los fenómenos de dualismo, las evocaciones por *mediums*, serán objeto de otros capítulos. Hemos querido empezar por los hechos más seguramente comprobados y los mas fáciles de discutir en toda libertad de espíritu.

Se trata aquí solamente de manifestaciones de moribundos, es decir, de *vivos*. Nos ocuparemos más ade-

lante de las apariciones de *muertos*, cuya explicación no es la misma.

Los últimos ejemplos transcritos provienen de la gran obra *Phantasms of the Living*, « Fantasmas de los vivos », publicada en Londres en 1886, por MM. Gumey, Myers y Podmore, obra en dos enormes volúmenes de 573 y 733 páginas, que contienen las informaciones rigurosas hechas por esos tres sabios en nombre de la *Society for psychical Research*, de la que ya hemos hablado. Es imposible leer ese libro sin convencerse de que los que persisten hoy en negar estos hechos se parecen mucho á un ciego que negase el sol. Hay en esa información 600 casos del orden que nos ocupa. Yo he recibido más de 1100, cuya autenticidad parece irrecusable.

Todos esos relatos no son, sin duda, de igual valor. Sería necesario poder comprobar siempre su absoluta precisión. La concordancia que nos choca entre las visiones, las audiciones y las impresiones recibidas, con los sucesos, puede haber sido completada por la imaginación de los narradores y arreglada más ó menos para las necesidades de la causa. Convendría poder hacer una averiguación minuciosa sobre cada caso, tomar, en una palabra, todas las precauciones que acostumbramos en nuestras observaciones astronómicas ó en nuestros experimentos de física ó de química, y más aún, pues aquí se añade todavía un coeficiente « humano » que está lejos de ser despreciable.

Esas precauciones no siempre han sido adoptadas á causa de la naturaleza misma de esos fenómenos, asociados á muertes, á dolores y á recuerdos que no pueden ser tratados con la misma desenvoltura que un experimento de laboratorio.

Pero el que ciertas relaciones estén sometidas á diversas incertidumbres de detalle, ¿es razón suficiente para no atribuirles valor alguno y no tenerlas en cuenta? No lo creemos.

Esas observaciones son demasiado numerosas para no representar algo real. La tradición secular que asocia esas manifestaciones á las muertes, debe tener algún fundamento. Sin duda si cada hecho hubiera de ser forjado, el conjunto no tendría gran valor; pero aun reduciéndolos á su más simple expresión, queda de ellos un residuo. En último resultado se les puede comparar con el carácter cósmico de la vía láctea. Cada una de las estrellas que la componen es inferior al sexto tamaño é invisible á la simple vista, como impropia para impresionar la retina humana. Sin embargo, el conjunto es perfectamente visible para nosotros y constituye una de las innumerables bellezas del cielo estrellado. El número de esos hechos nos impide el desdeñarlos honradamente.

El gran filósofo Emmanuel Kant decía :

« La filosofía, que no teme comprometerse en el examen de toda especie de cuestiones fútiles, se encuentra á veces embarazada por ciertos hechos de los que no se puede *dudar* impunemente, ni *creer* en ellos, sin caer en ridículo. Este es el caso de los cuentos de aparecidos. No hay acusación á que sea más sensible la filosofía que la de credulidad en las supersticiones vulgares. Los que se dan á poco coste el nombre y el relieve de sabios, se burlan de todo lo que siendo inexplicable lo mismo para el sabio que para el ignorante, los coloca á todos en el mismo nivel. Por eso las historias de aparecidos son siempre escuchadas y bien acogidas en la intimidad y rigurosamente rechazadas en

público. Se puede asegurar que jamás una academia de ciencias elegirá semejante asunto para hacerle objeto de un concurso, no porque cada uno de sus miembros esté convencido de la futilidad de esas narraciones, sino porque la prudencia pone cuerdos límites á su examen. Las historias de aparecidos encontrarán siempre creyentes *secretos* y serán siempre objeto, *en público*, de una incredulidad de buen tono. »

« En cuanto á mí, la ignorancia en que estoy de cómo el espíritu humano entra en este mundo y de cómo sale de él, me impide negar la veracidad de los diversos relatos en curso. Por una reserva que parecerá singular, me permito poner en duda cada caso en particular y creerlos, sin embargo, verdaderos en su conjunto. »

Hay tres resoluciones que adoptar respecto de los hechos expuestos; creerlos en absoluto : desconfiar completamente y negarlos todos : aceptar los hechos en conjunto, sin afirmar la exactitud rigurosa de todos los detalles. En esta última resolución creemos deber fijarnos.

Negarlo todo sería un absurdo de primer orden ; á menos de recusar todo testimonio humano, no es posible dudar de los relatos que preceden. No hay muchos hechos históricos ó científicos que estén afirmados por tantos testigos.

Suponer que todas esas personas han estado alucinadas y sido engañadas por su imaginación, es una hipótesis absolutamente insostenible, dadas, sobre todo, las coincidencias de muertes.

Su realidad está, por otra parte, establecida por los detalles circunstanciados que con frecuencia los carac-

terizan, aun fuera de las apariciones completas que concuerdan con exactitud; como una herida, un tiro, una lanzada, una cabeza hendida, un cadáver en el fondo de un barranco, un cuerpo extendido en la playa, un ahogado, un ahorcado, una voz conocida, un peinado, un vestido especial, una actitud, una fecha de muerte diferente de la anunciada, etc., etc.

Sé bien, á pesar de todo, que se puede casi siempre dudar del testimonio humano; que, con algunos días de intervalo, los sucesos más claros se cuentan de mil modos diferentes, y que la historia de las naciones y de los hombres es una gran embustera. Pero, al fin y al cabo, hay que tomar á la humanidad como es y sin pretender lo absoluto, admitir lo probable y lo relativo. Es difícil dudar que Louis XIV revocó el edicto de Nantes, ó que Napoleón reposa bajo la cúpula de los Inválidos.

Para nosotros, los hechos en que nos ocupamos aquí son irrecusables, al menos en su conjunto. Ningún espíritu libre de prejuicios puede negarse á admitirlos.

La principal objeción, la única que puede ser discutida, es la que los atribuye al azar, á las coincidencias fortuitas. Se dice: « Bueno, sí, se ha oído ó visto tal ó cual cosa y un pariente ó un allegado han muerto en ese momento; pero *es una casualidad.* »

Limitándonos á una coincidencia de doce horas antes ó después de la manifestación, (en general son mucho más precisas) observemos que el término medio de la mortalidad anual es de 22 por 1000 personas. En un período de 24 horas, es 365 veces más débil, es decir, de 22 por 365000, ó sea de 1 por 16591. Hay, pues, 16591 probabilidades contra una para que no se produzca la coincidencia del mismo día. Y todavía se trata

de una cifra general y única. Para las personas jóvenes y en la fuerza de la edad, la proporción se eleva á 18000, 19000 y 20000.

Ahora bien, como las apariciones sin coincidencia no son ni veinte mil veces, ni diez mil, ni cinco mil, ni mil, ni ciento, ni siquiera diez veces más numerosas que las apariciones con coincidencia, ni son siquiera iguales, ni aun la mitad, ni la cuarta parte, ni acaso la décima de las manifestaciones verídicas, tenemos que concluir que hay en ellas una relación de causa y efecto.

No negamos el azar ni las circunstancias fortuitas. Lo que se llama azar, es decir, lo desconocido de las fuerzas en acción, lleva á veces á coincidencias verdaderamente extraordinarias.

Cuando estaba yo componiendo mi obra sobre *la Atmósfera*, escribía un día el capítulo sobre la fuerza del viento, comparando ejemplos curiosos, cuando ocurrió el hecho siguiente:

Mi despacho, en París, está alumbrado por tres ventanas; una al este, en la avenida del Observatorio, otra al sudeste, en el Observatorio, y otra al sur, en la calle Cassini. Era verano y la primera ventana estaba abierta ante el bosque de castaños de la avenida. De pronto el cielo se cubre, se levanta el viento y la tercera ventana, mal cerrada seguramente se abre con violencia á impulsos de una ráfaga del sudoeste que revuelve todos mis papeles, y apoderándose de las cuartillas que acababa de escribir, se las lleva en un torbellino por encima de los árboles. Un instante después cae un copioso chaparrón de tempestad.

Me pareció trabajo perdido el de bajar á buscar las cuartillas y las di por perdidas.

¡Cuál sería mi sorpresa al recibir, unos días después, de la imprenta Lahure, calle de Fleurus, situada á más de un kilómetro, el capítulo impreso, sin que faltase ni una letra!

Nótese bien que se trataba precisamente de un capítulo sobre las curiosidades del viento.

¿Qué había pasado?

Una cosa muy sencilla.

El mozo de la imprenta, que vivía en el barrio del Observatorio y que me traía las pruebas al ir á almorzar, pasaba por allí y vió en el suelo, manchadas por la lluvia, unas cuartillas de mi letra. Creyó que las había perdido él y se apresuró á recogerlas con el mayor cuidado y á llevarlas á la imprenta sin contar lo sucedido.

Por muy poco se hubiera creído que el viento mismo las había llevado al impresor.

Otro ejemplo no menos singular.

Había yo prometido al sacerdote que bendijo mi matrimonio (á cambio de una dispensa que me concedió y que según parece es bastante rara) hacerle subir en globo. Es de advertir que en lugar de tomar el tren para nuestro viaje de boda, habíamos decidido escoger la vía aérea. Unos diez días después de la ceremonia, partimos, con Julio Godard como aeronauta, después de haber invitado al cura, el cual, por un fastidioso conjunto de circunstancias, se había ido á pasar unos días en una ermita á la orilla del Marne y no recibió mi invitación. Viendo que el cura no llegaba á la fábrica del gas á la hora de la partida, creí que el viaje pasaría inadvertido para él y que podría cumplirle mi palabra en otra ocasión, á fin de no contrariarle.

Hay *una infinidad* de direcciones para salir de París

en globo. Pues nuestro esquife aéreo se dirigió justamente á la propiedad del cura, el cual estaba entonces comiendo en el jardín, y viendo llegar el globo sobre su cabeza, creyó que íbamos á buscarle y me llamó á gritos suplicándome que bajase. El buen hombre se quedó muy desconsolado al ver que seguíamos nuestro camino. Si un demonio hubiera dispuesto las cosas, no lo hubiera hecho peor. Y sin embargo, no hubo allí más que la circunstancia fortuita de la dirección del viento.

Emilio Deschamps, poeta distinguido y hoy un poco olvidado, uno de los autores del dramático libreto de los *Hugonotes*, cuenta esta curiosa serie de coincidencias fortuitas :

En su infancia, estando en un colegio de Orleáns, se encontró un día por azar en la mesa con un M. Fontgibu, recientemente repatriado de Inglaterra, el cual le hizo probar un *plum-pudding*, plato casi desconocido en Francia en aquella época.

El recuerdo de aquel manjar se había casi borrado de su memoria, cuando, diez años después, pasando por un *restaurant* del *boulevard Poissonnière*, vió en el interior un *plum-pudding* de excelente apariencia.

Entró, pidió que le sirvieran un pedazo y supo que el plato estaba encargado por un parroquiano.

« Señor Fontgibu, gritó la señora del mostrador, viendo su aspecto contrariado : ¿ tiene usted la bondad de ceder una ración de *plum-pudding* á este caballero ? »

Á Deschamps le costó trabajo reconocer á M. Fontgibu en un hombre de edad respetable, pelo blanco y vestido de coronel, que estaba comiendo en una mesa inmediata.

El oficial le ofreció con mucho gusto un pedazo del manjar inglés.

Pasaron largos años sin que se tratase para nada de *pudding* ni de M. Fontgibu.

Un día, Deschamps fué invitado á una comida donde se iba á servir un verdadero *plum-pudding* inglés. El poeta aceptó, pero previno en broma á la dueña de la casa que un señor Fontgibu sería infaliblemente de la partida y divirtió mucho á la concurrencia haciendo conocer la razón.

El día del convite Deschamps llegó á la casa. Diez convidados ocupaban los diez sitios preparados al rededor de la mesa en que les esperaba un magnífico *plum-pudding*.

Empezaban todos á darle bromas sobre su señor Fontgibu, cuando se abrió la puerta y un criado anunció:

« El señor Fontgibu. »

Y entró un viejo, andando penosamente, sostenido por un criado.

El recién venido dió lentamente la vuelta á la mesa como si buscase á alguien y como desorientado. ¿Era una visión? ¿Era una broma?

Era en aquellos días carnaval y Deschamps creyó al principio en una broma; pero el viejo se aproximó á él y tuvo que reconocer que se trataba de M. Fontgibu en persona.

« Mis cabellos se erizaron, dice. Don Juan no se quedó más aterrado ante el convidado de piedra. »

Todo se explicó después. M. Fontgibu estaba convidado á comer por una persona que habitaba la misma casa, y se había equivocado de puerta.

Hay realmente en esta historia una serie de coincidencias que confunden, y se comprende esta exclamación del autor al recordarlas: «¡ Tres veces *plum-*

pudding en mi vida y tres veces M. Fontgibu! ¿Por qué? Una vez más y hubiera sido capaz de todo... ó no lo soy de nada. »

Otra combinación del azar. En una mesa de juego de Monte-Carlo, el mismo número de la ruleta salió cinco veces seguidas (1).

Se ha visto también en este mismo juego de la ruleta salir el color rojo veintiuna veces seguidas. Hay para ello, sin embargo, dos millones de probabilidades contra una.

No pasa año en París sin que un tiesto caíga de un piso quinto y mate á una persona que seguía tranquilamente la acera en la vertical de esa caída.

No se puede, pues, negar que hay coincidencias muy sorprendentes.

Sí; el *dios Azar* produce á veces *resultados extraordinarios*. Soy el primero en reconocerlo; pero reconozcamos también que no lo explica todo.

Me adhiero completamente á los razonamientos siguientes del profesor Ch. Richet en lo referente al azar, analizado desde el punto de vista de la certidumbre matemática y de la certidumbre moral.

El azar se puede expresar por una cifra, que es la probabilidad. Así, si sacando al azar una carta de una baraja completa, obtengo un *seis de corazón* (2) es el azar el que me ha dado esa carta, el azar sólo, pues

(1) Esta salida del número apuntado da la primera vez 35 luises por 1, ó sea 700 francos, y la segunda salida del número sobre el cual se ha dejado esa suma, 24.500 francos. Dejando aún la ganancia, la tercera salida del número daría 857.500 francos. Pero los reglamentos de la banca se oponen y fijan el máximum de la puesta en nueve luises. Se tolera, sin embargo, la ganancia hasta 120.000 francos.

(2) *Se trata de la baraja francesa.*

ignoraré siempre, si las cartas son uniformes y han sido bien barajadas, por qué he sacado el seis de corazón en vez de cualquiera otra carta.

Así pues, es el azar el que me ha dado el seis de corazón, pero ese azar se puede cifrar. Para sacar el seis de corazón en una baraja de cincuenta y dos cartas, tenía una probabilidad entre cincuenta y dos ; para sacar un seis, una probabilidad entre trece ; para sacar un corazón, una probabilidad entre cuatro : y para sacar una carta roja, una probabilidad entre dos. Tenía, en fin; cincuenta y una probabilidades entre cincuenta y dos para no sacar una carta cualquiera designada de antemano.

Así, matemáticamente, puedo asignar á tal ó cual suceso una probabilidad que es cifrable. Pero la dificultad no está en el cálculo de las probabilidades matemáticas, aunque ese cálculo, si se le lleva un poco lejos, sea ya bastante difícil para embarazar á los buenos matemáticos; la dificultad verdadera está en la aplicación de esas leyes matemáticas á los sucesos reales.

Se demuestra en matemáticas, que el cálculo de las probabilidades no es aplicable más que cuando hay un número infinito de hechos, pues entonces solamente es verdadero.

Así, tengo una baraja delante de mí ; no tengo más que una probabilidad entre cincuenta y dos para sacar el seis de corazón y, sin embargo, puede que saque esta carta. Nada se opone á ello y hasta es tan probable como que saque otra cualquiera. Esa pequeña probabilidad está lejos de ser despreciable y no sería razonable deducir nada de una experiencia en la que, designado de antemano el seis de corazón, sacase precisamente esa carta.

Si tomando otra baraja, después de haber barajado bien, saco de nuevo un seis de corazón la probabilidad se convierte en muy pequeña : $\left(52 \times 52 = \frac{1}{2704}\right)$. Pero ninguna imposibilidad ; la cosa puede suceder y ha sucedido, y la combinación de un seis de corazón seguido de otro seis de corazón es tan probable como cualquiera otra combinación de dos cartas consecutivas.

Si cojo la tercera baraja, y después la cuarta, y la quinta, para sacar siempre un seis de corazón tendré probabilidades cada vez menos grandes, pues el número de las combinaciones resulta inmenso. Pero en ningún caso llegaremos á la imposibilidad. Siempre será posible que el azar traiga una combinación dada, lo mismo que cualquiera otra.

Hay que llegar al infinito para obtener la imposibilidad. De otro modo, la certidumbre de no sacar siempre un seis de corazón no llega sino cuando se ha hecho un número infinito de pruebas.

Si para deducir una conclusión se necesitase la certeza matemática, no se deduciría nunca nada, porque nunca se llega á un número infinito.

Por fortuna se pueden obtener conclusiones, pues la certeza matemática y la certeza moral tienen exigencias diferentes.

Supongamos que se trata de jugar mi honor, mi existencia, el honor y la existencia de los míos y todo lo que me es más querido. Ciertamente, no tendré la certeza matemática de que el seis de corazón no saldrá cien veces seguidas. Matemáticamente y hasta en la realidad esa combinación es posible ; pero sin embargo, consentiría en jugar mi honor, mi vida, mi

fortuna, mi patria, todo lo que amo, contra la probabilidad de que el seis de corazón salga cien veces seguidas.

Ni siquiera es preciso llevar hasta ciento el número de pruebas. Si saco diez veces seguidas el seis de corazón, en lugar de decir: « Es un azar extraordinario », supondré otra cosa, porque el azar no da esas sorprendentes sucesiones. Supondré que hay una causa cualquiera para que yo haya sacado diez veces la misma carta, y estaré tan convencido, que buscaré esa causa, mirando si todas las cartas son uniformes; si se trata de un juego de prestidigitación; si la baraja se compone de cincuenta y dos cartas diferentes ó está compuesta solamente de seises de corazón.

Tomemos aún una probabilidad menor. Por ejemplo, la de sacar dos veces seguidas la misma carta, que es todavía una probabilidad muy pequeña, de 1 entre 2704. Si las apuestas fuesen proporcionadas matemáticamente, se podría apostar un franco contra 2704 á que no saldría dos veces la misma carta.

En realidad, en nuestra vida de todos los días, lo que dirige nuestra conducta, lo que forma nuestras convicciones y nuestras decisiones son siempre probabilidades menos fuertes que la de $\frac{1}{2704}$. Un hombre de treinta y cinco años, en buena salud y que no está expuesto á ningún peligro en particular, tiene un riesgo entre ciento de morir en un año y un riesgo entre tres mil de morir en la quincena. ¿Quién es, sin embargo, el que no se considera casi seguro de vivir dos semanas? Asimilando las probabilidades de vida al ejemplo de las barajas, se ve que la probabilidad de sacar cuatro veces seguidas la misma carta es igual á la de

vivir una hora para un hombre de treinta y cinco años, en buena salud y no corriendo ningún riesgo especial. Matemáticamente, nadie está seguro de vivir una hora, mientras que moralmente se tiene una seguridad casi completa.

Tomemos el ejemplo de los jurados que tienen que condenar á muerte á un individuo. Aparte de raras excepciones, no tienen la certeza de que el individuo es culpable. Por débil que sea la probabilidad de la inocencia, es casi siempre mayor que $\frac{1}{2704}$. ¡Tántas circunstancias accesorias pueden falsear el resultado! ¿Los testigos han visto bien? ¿La confesión del culpable es sincera? ¿Quién sabe si no hay alguna maquinación? Hay muchos datos desconocidos que impiden la certeza matemática y no dejan más que la seguridad moral.

Así, pues, jamás somos guiados por la certeza matemática. Aun en los casos más ciertos es siempre la certeza moral la que nos guía. Eso nos basta y no pedimos más para obrar. Hasta el sabio, que hace experimentos materiales de apariencia indudable, debe darse cuenta de que no hay para él certeza matemática, pues innumerables datos desconocidos impiden ese carácter de absoluta certeza que solamente pueden dar las matemáticas.

Se trata ahora de saber si tenemos razón cuando nos contentamos con esas fuertes probabilidades, aun estando lejos de la seguridad. ¿Somos imprudentes al concluir, como lo hacemos sin cesar, que viviremos aún una hora, que el ferrocarril no va á aplastarnos, que el procesado á quien acusan los más verídicos testigos es culpable, ó que la determinación de tres

medidas químicas ó físicas es suficiente para obtener un resultado exacto ?

Es evidente, pues no habría medio de vivir si hubiéramos de conducirnos siempre por la certeza. En parte alguna existe ésta ; no hay más que aproximaciones y tenemos razón obrando así, pues la experiencia justifica casi siempre nuestras presunciones.

« Por mi parte, añade á este propósito M. Richet, tengo como imposible que se prolongue esta inmensa ilusión sin que tenga algunas parcelas de verdad. No tenemos derecho de exigir para los fenómenos psíquicos una probabilidad más fuerte que para las otras ciencias y con probabilidades superiores á una milésima se tendrá una demostración suficientemente rigurosa. »

Se encuentra tal cantidad de hechos imposibles de explicar si no es por la telepatía, que hay que admitir una acción á distancia. Poco importa la teoría. El hecho me parece probado y *absolutamente probado.*

Creemos que, según el conjunto de las manifestaciones telepáticas, la probabilidad se eleva para esos casos de manifestaciones de moribundas á varios millones, cuando la coincidencia se acerca á menos de una hora y cuando no hay razón para suponer á la persona en peligro de muerte (1). Es una proporción mucho

(1) La información de la Sociedad psíquica de Londres ha dado el resultado siguiente :

Se ha observado una alucinación visual por 248 personas. Buscando la probabilidad fortuita de la muerte del agente A con la alucinación de B, se llega á este resultado :

$$\frac{1}{248} \times \frac{22}{1000} \times \frac{1}{365} = \frac{1}{4.114.545}$$

que demuestra que la hipótesis de una acción telepática real es 4.114.545 veces más probable que la hipótesis de la coincidencia fortuita.

mayor que la que dirige todos nuestros razonamientos y todos los actos de nuestra vida. Esto es lo que se llama *certeza moral.*

Conclusión : la teoría del azar y de la coincidencia fortuita no explica los hechos observados y debe ser eliminada. Estamos obligados á admitir entre el moribundo y el observador una relación de causa y efecto. Este es el primer punto que convenía establecer en nuestro examen científico.

Sí; el azar y las circunstancias fortuitas existen, pero esa explicación no es admisible aquí. *Hay una relación de causa á efecto entre los moribundos y las impresiones sentidas.*

Á propósito de un caso citado en los *Phamtams of the Living*, del que hablaremos después, M. Rafael Chandos escribió en la *Revue des Deux-Mondes*, 1887, p. 211 :

« No se puede sospechar ni de la buena fe de los narradores, ni, en cierta medida, de la precisión de sus observaciones. ¿Pero es eso todo? M. Bard ha visto al lado del cementerio el fantasma de Mme de Freville, precisamente en el instante en que esa señora que él no sabía que estuviese enferma, acababa de morir. ¿Por qué, se pregunta, el azar, que produce tantos encuentros extraordinarios, no ha de haber sido causa de esa imagen alucinadora?

« Á decir verdad, el argumento me parece detestable y más fácil de combatir que el de una observación

Se llega, pues, á una probabilidad fantástica suponiendo que en todos los casos la coincidencia de la alucinación y del suceso se ha producido doce horas antes ó después, es decir durante 24 horas. ¡Cuál será la probabilidad cuando se trate de coincidencias más próximas, ó cuando han sido inmediatas!

incompléta ó insuficiente. Pero ocurre que esa fútil objeción es la que más comúnmente se produce. Se dice :

« Es una alucinación. Conformes. Pero si esa alucinación ha coincidido con tal hecho real, es por una coincidencia fortuita y no porque haya entre ella y el hecho una relación de causa á efecto.

« El azar es un dios muy cómodo y que se puede invocar en los casos embarazosos. Aquí, sin embargo, no tiene nada que hacer. Supongamos que M. Bard ha tenido en los sesenta y dos años de su vida una sola alucinación, lo que supone cada día 1/22 000 de probabilidad de tener una alucinación. Admitiendo que la coincidencia entre la hora de la muerte de Mme de Freville y la de la alucinación sea exacta, resulta, á razón de cuarenta y ocho medias horas al día, una probabilidad de cerca de una millonésima.

« Pero hay más aún. M. Bard hubiera podido, en efecto, tener otras alucinaciones, pues conoce cien personas además de Mme Freville. La probabilidad, pues, de ver en dicho día y á aquella hora á Mme Freville en vez de cualquiera otra, es aproximadamente de 1/100 000 000.

« Si tomo cuatro casos análogos y los reuno, la probabilidad de tener esas cuatro coincidencias, no es ya de una cienmillonésima, sino una fracción cuyo numerador sería 1 y cuyo denominador tendría treinta y seis ceros, número absurdo que ninguna inteligencia humana puede comprender y que equivale á la certeza absoluta.

« Dejemos, pues, á un lado la hipótesis del azar. No hay azar en esas condiciones. Si se insistiera, opondríamos la conocida comparación de las letras del alfabeto tiradas al alto. Nadie va á suponer que las

letras, al caer, podrían formar la *Iliada* entera.

« Así, ni la buena fe de los observadores ni el azar de las coincidencias fortuitas pueden ser invocados. Hay que admitir que se trata de hechos reales. Por inverosímil que parezca, esas alucinaciones verídicas existen, han puesto el pie en la ciencia y hágase lo que se quiera, quedarán en ella. »

Los lectores que se hayan tomado el trabajo de leer todas las cartas publicadas, habrán deducido desde luego *que hay muchas cosas que no conocemos.* El dominio de la telepatía abre ante nosotros un nuevo mundo que explorar.

Los hechos son innegables en su conjunto.

Cuando la discusión general que se produjo en los principales periódicos del mundo entero, en el mes de julio último, á propósito de mi pretendida renuncia á los estudios psíquicos, he visto reproducida varias veces esta objeción contra los hechos telepáticos: « Para que esos hechos puedan ser admitidos científicamente es preciso que se los pueda reproducir á voluntad, pues esa es la condición propia de los hechos científicos. »

Hay aquí un error de razonamiento. Esos hechos no son del dominio de la experiencia, sino de la observación.

Semejante razonamiento equivale á este otro: « No creeré en los efectos del rayo hasta que se les reproduzca; no admito la aurora boreal hasta que se fabrique una delante de mí; que me creen un cometa con cola y todo, que me hagan mañana un eclipse; si no, no creo en ellos. »

Esta confusión entre la observación y la experiencia es bastante frecuente.

Los hechos de que se trata pertenecen á la observación y no á la experiencia. Se los ve y no se los produce. Su estudio es del mismo orden que el de la astronomía y el de la meteorología y no que el de la física y la química. *Se observa* un eclipse, un cometa, un aerolito, una aurora boreal; *se experimenta* una combinación química, un fenómeno de óptica ó de acústica. Los dos métodos son diferentes, siendo ambos científicos y mereciendo el título general de experimentales, puesto que juzga la experiencia humana sin recurrir á teorías anteriores ó á autoridades invocadas y comentadas. No admitimos nosotros el *magister dixit*.

Se oye con frecuencia á algunas personas asombrarse porque se produzcan ciertos hechos más ó menos burlescos, inexplicables é incoherentes, mientras que no se producen otros que parecen más naturales y más sencillos para su educación infantil. ¿Por qué se abre una puerta pesada y bien cerrada? ¿Por qué se produce un estrépito? ¿Por qué una luz? ¿Por qué un ruido? ¿Por qué una visión?

La ciencia y la observación de los fenómenos de la naturaleza nos invitan sin embargo á templar nuestro asombro y á agrandar el campo de nuestras concepciones. He aquí, por ejemplo, un tonel de dinamita, cuya potencia destructura es cien veces más terrible que la de la pólvora. Esa sustancia es de una extremada sensibilidad y todo el mundo tiene presentes en la memoria las catástrofes ocasionadas por las más pequeñas imprudencias. Con ese tonel podéis destruir una ciudad. Pues bien, tratad de encender esa sustancia explosiva y no obtendréis ningún efecto. Es preciso que el cebo *detone* para que el explosivo haga sentir sus efectos fulminantes. Se puede encender

impunemente un cartucho de dinamita no provisto de cebo sin que se produzca ninguna detonación; la dinamita arde hasta consumirse. Pero un simple martillazo ocasiona una detonación formidable.

Al lado de esto, pasad un fósforo encendido por un barril de pólvora, encended una pequeña mecha, sentaos sobre el barril y veréis lo que sucede.

No nos extrañemos, pues, de la singularidad de los fenómenos psíquicos.

Estamos naturalmente inclinados á negar lo que parece inverosímil, lo que no se conoce, lo que no se comprende. Si leyéramos en Herodoto ó en Plinio que una mujer tenía una mama en el muslo izquierdo, con la cual daba de mamar á su hijo, nos reiríamos de buena gana. Y, sin embargo, ese hecho ha sido establecido en la Academia de ciencias de París, sesión del 25 de junio de 1827. Si se nos habla de un hombre que, según su autopsia, llevaba un niño en el interior de su cuerpo, y se nos dice que aquel niño era un hermano gemelo encerrado en su organismo y que había envejecido y echado barba, consideraríamos la historia como una fábula. Sin embargo, nosotros mismos hemos visto, no hace mucho tiempo ese ser que nació muerto á los 56 años. Un traductor de Herodoto, Larcher, dice tranquilamente: « Que Roxana haya parido un niño sin cabeza es un absurdo capaz de desacreditar él solo á Ctesias. » Ahora bien, todos los diccionarios de medicina hablan hoy de niños acéfalos. Esos ejemplos y otros muchos nos invitan á la cordura y á la prudencia. Solamente los ignorantes pueden negarlo todo imperturbablemente.

Podríamos fácilmente desarrollar estos ejemplos, pero sería inútil para nuestros lectores.

Limitémonos á concluir que los hechos consignados pueden y deben ser admitidos por el método experimental. Detengámonos un instante ahora en las alucinaciones, cuya existencia no negamos, pero que no resuelven nuestro problema, planteado y afirmado por coincidencias precisas é incontestables.

V

DE LAS ALUCINACIONES PROPIAMENTE DICHAS

Sería caer en un error completo si se supusiera, según los capítulos precedentes, que no admitimos las alucinaciones y que no les damos la importancia que les corresponde. Pensamos, sin embargo, que es urgente establecer ciertas definiciones.

Hay alucinaciones reales, es decir, ilusiones, errores y sensaciones falsas. Las unas pueden ser experimentadas por seres neuróticos, cansados, enfermos, locos; las otras por seres perfectamente sanos de cuerpo y de espíritu. En otro tiempo los médicos no admitían más que las primeras, lo que era una burda falta ocasionada por la ignorancia.

Las alucinaciones son ilusiones del cerebro y del pensamiento y conviene no darles otro sentido y no suponer, por ejemplo, que puedan existir alucinaciones *verdaderas*. Desde el momento en que la impresión que se experimenta es considerada como real y como resultado de una causa externa que obra sobre el cerebro ó sobre el espíritu, pierde su carácter de alucinación y entra en la categoría de los hechos. Esa distinción es aquí de una importancia capital. La dificultad para nosotros es precisamente separar lo que es ilusión y error de lo que es realidad en el detalle bastante confuso de estos fenómenos.

El diccionario de la Academia define la alucinación: « error, ilusión de una persona cuyas percepciones no

están conformes con la realidad », definición vaga y embrollada, pues se puede aplicar á otras cosas que á las alucinaciones. No se puede admitir semejante definición. Littré dice: « Percepción de sensaciones sin ningún objeto exterior que las haga nacer » lo cual es un poco más claro y más preciso. En una memoria sobre la alucinación visual, el doctor Max Simón escribe: « La alucinación consiste en una percepción sensible sin objeto externo que la haga nacer ». Esta definición, como la de Littré, corresponde á nuestra idea general y la adoptamos. Lo esencial es estar de acuerdo acerca de que la alucinación es una sensación esencialmente subjetiva y errónea; una percepción falsa.

Brierre de Boismont ha escrito sobre las alucinaciones una obra de las más interesantes, que se ha hecho clásica, en la cual el médico alienista desempeña todavía el más importante papel, pero en la que el autor muestra empeño, sin embargo, en hacer constar que todas las alucinaciones no son vecinas de la locura, pues es un hecho que la historia del cristianismo está llena de esos casos y que, por otra parte, hay alucinaciones que corresponden á un estado perfectamente sano del cerebro. Ese libro puede ser considerado como uno de los primeros esfuerzos del pensamiento científico independiente contra la teoría patológica clásica y para establecer que en ciertos casos la alucinación puede ser considerada como un fenómeno puramente fisiológico. Por otra parte, el autor, partidario declarado del principio de la dualidad humana, rechaza la opinión que no ve en la locura más que una neurosis, ni en la razón más que el producto de un acto fisiológico material. « Las ideas, dice, son de otro orden que las sensaciones

Los hechos fisiológicos no pueden ser puestos en la misma categoría de los hechos sensibles. El cerebro es el sitio de las operaciones intelectuales, pero no es su creador. » Brierre de Boismont puede ser considerado como el precursor de las investigaciones actuales sobre los problemas psíquicos, aunque la palabra alucinación haya conservado, después de su obra, su aspecto patológico y médico.

Conviene dar aquí algunos ejemplos de las diversas especies de alucinaciones.

La alucinación es un sueño en la vigilia. Los sueños también producen alucinaciones que ofrecen algunas veces los caracteres de la vida real.

Las alucinaciones y las excentricidades de la locura son tan numerosas, tan variadas y tan conocidas que sería superfluo enumerarlas. Las obras de medicina sobre las enfermedades mentales están llenas de esos ejemplos y todo el mundo puede conocerlos. Además no tienen nada de común con los hechos que nos ocupan. Escojamos, más bien, casos bien observados y bien descritos por los protagonistas mismos. Tomamos el siguiente de la obra del doctor Ferriar, de Manchéster, que le copió del autor Nicolai, de Berlín. Es bastante antiguo, pero muy típico.

Durante los últimos meses del año 1890, cuenta este académico, tenía yo penas que me habían afectado profundamente. El doctor Delle, que tenía costumbre de sangrarme dos veces al año, no quiso en aquel sacarme sangre más que una vez. El 24 de febrero de 1891, después de haber tenido un vivo altercado, vi de repente, á diez pasos de distancia, una cara de muerto. Pregunté á mi mujer y ella no la veía, pero mi pregunta le alarmó y envió á buscar un médico. La aparición duró diez minutos. A las cuatro de la tarde se reprodujo la visión estando solo, y atormentado por aquel accidente,

me fuí al cuarto de mi mujer y la visión me siguió. Á las diez distinguí muchas cosas que no tenían relación con la primera.

Cuando pasó la primera emoción, miré los fantasmas como lo que eran realmente, como consecuencias de una indisposición. Penetrado por esta idea, los observé con el mayor cuidado, buscando por qué asociación de ideas se presentaban á mi imaginación esas formas, y no pude hallar una relación entre ellas y mis ocupaciones, mis pensamientos y mis trabajos. Al día siguiente, la cara de muerto desapareció y fué reemplazada por otras de amigos y otras veces de extraños, entre las cuales no figuraban nunca las de las personas más allegadas, sino otras de gente que habitaba más ó menos lejos. Traté de reproducir á voluntad las personas de mi conocimiento por una objetividad intensa de su imagen, pero aunque las veía distintamente en mi pensamiento, no pude conseguir exteriorizar la imagen interior, aun habiéndolas visto anteriormente de este modo. Mi disposición de espíritu me permitía no confundir esas falsas percepciones con la realidad.

Esas visiones eran tan claras y distintas en la soledad como estando acompañado, en mi casa que en la calle, de día que de noche. Cuando cerraba los ojos, desaparecían algunas veces, aunque había casos en que eran visibles, pero en cuanto los abría volvían á aparecer. En general, aquellas caras de hombres y de mujeres, no parecían observarse mutuamente y se movían con aire de indiferencia. En diferentes ocasiones ví personas á caballo, perros y pájaros. En sus miradas, en sus tamaños y en sus vestiduras no había nada de particular; parecían tan sólo algo más pálidas que lo natural.

Unas cuatro semanas después, el número de las apariciones aumentó y empecé á oirlas hablar. Algunas veces me dirigían la palabra y sus discursos eran generalmente cortos y agradables. Los tomé á veces por amigos sensibles que trataban de dulcificar mis penas.

Aunque mi espíritu y mi cuerpo estuviesen en aquella época en buen estado, y á pesar de que aquellas visiones habían llegado á serme familiares y á no causarme la menor inquietud, traté de desembarazarme de ellas por remedios

convenientes. Se decidió entonces hacerme una aplicación de sanguijuelas, lo que se efectuó el 20 de abril de 1891, á las once de la mañana. Durante la operación mi cuarto se llenó de figuras humanas de todas especies y esta alucinación continuó hasta las cuatro y media, hora en que empezó mi digestión. Entonces los movimientos de aquellos fantasmas empezaron á ser más lentos. Pronto empezaron á palidecer y á las siete tomaron un tinte blanquecino. Poco á poco se hicieron más vaporosos y pareció que se confundían con el aire, y á las ocho el cuarto se limpió de todo visitante.

Después de aquella época he creído dos ó tres veces que las visiones iban á presentarse, pero no ha sucedido.

He aquí un caso de alucinación real é incontestable.

El autor ha analizado perfectamente sus sensaciones y ha tenido cuidado de hacer notar que este asombroso desorden del espíritu se explicaba por la influencia de las penas y por el desarreglo de la circulación cerebral que fué su consecuencia.

Walter Scott cuenta en su *Demoniología* que un enfermo del eminente doctor Gregory contó á este médico sus singulares sufrimientos en los términos siguientes:

Tengo la costumbre de comer á las cinco, y en cuanto dan las seis estoy sujeto á una visita fantástica. La puerta de la habitación, aunque haya tenido la debilidad de cerrarla con cerrojo, se abre de repente y una bruja entra con aspecto amenazador é irritado y se aproxima á mí con las demostraciones de despecho y de indignación que caracterizan á las brujas que visitaban á Abdula en los cuentos orientales. Se arroja sobre mí tan bruscamente que no puedo evitarla, y me da un violento golpe con la muleta. Entonces caigo de la silla, sin conocimiento y así permanezco más ó menos tiempo. Tal es el sorprendente objeto de mi consulta.

El doctor le preguntó en seguida si había invitado á alguien á comer para que fuera testigo de semejante visita. El enfermo contestó que no, pues la naturaleza de su mal era tan particular y tan naturalmente achacable á un desarreglo mental, que siempre le había repugnado hablar de él á nadie.

« Entonces, dijo el doctor, comeré hoy con usted, si lo tiene á bien. Veremos si esa terrible mujer viene á turbar nuestra sociedad. »

El enfermo, que había esperado que se rieran de él en lugar de tenerle lástima, aceptó con alegría y gratitud. Comieron, y el doctor Gregory, que suponía allí alguna enfermedad nerviosa, se sirvió del encanto de su conversación, de las más variadas y brillantes, para distraer la atención del enfermo é impedirle pensar en que la hora fatal se aproximaba. Consiguió lo que se proponía, pues dieron las seis sin que su cliente lo advirtiera. Pero apenas habían transcurrido unos minutos cuando el monomaníaco exclamó con voz alterada: « ¡ Ahí está la bruja ! » y cayó desmayado en su silla.

Ese fantasma con muleta se parece un poco á lo que se siente en una pesadilla; una opresión, una sofocación, producen á veces esas imágenes en el cerebro. Todo ruido repentino que se oye estando durmiendo sin que le despierte á uno inmediatamente, toda sensación análoga del tacto, es asimilada al sueño y adaptada á él de manera que entra en la corriente de su pensamiento, cualquiera que sea. Nada más notable que la rapidez con que la imaginación explica esa interrupción según la marcha de las ideas expresadas en el sueño, aunque no disponga más que de un momento para esa operación. Si, por ejemplo, se sueña con un duelo, los sonidos que ocurren son la detonación de las pistolas; si se trata en el sueño de un orador pronunciando su arenga, los sonidos se convierten en aplausos del auditorio; si el que sueña recorre unas ruinas,

cualquier ruido es el de la caída de unos cascotes. En una palabra, durante el sueño funciona un sistema explicativo, con tal rapidez, que suponiendo que el ruido imprevisto y brusco que ha despertado á medias al durmiente haya sido una llamada en alta voz, éste se lo explica perfectamente en sueños antes de que la persona que le despertaba le haya vuelto al mundo de la realidad. La sucesión de nuestras ideas es tan rápida y tan intuitiva durante el sueño, que nos explica la visión de Mahoma, el cual tuvo tiempo de subir hasta el séptimo cielo antes de que el jarro de agua volcado al principio de su éxtasis se hubiese vaciado por completo.

Pero no nos ocupamos aquí del sueño ni de los ensueños, que serán objeto de otro estudio especial. Limitémonos á las alucinaciones.

Existe un fenómeno experimentado por gran número de personas y del cual he hablado varias veces con Alfredo Maury; fenómeno que arroja mucha luz sobre el modo de producirse los sueños : las alucinaciones que preceden al sueño ó acompañan al despertar. Esas imágenes, esas sensaciones fantásticas se producen en el momento en que el sueño nos invade ó cuando estamos aún imperfectamente despiertos, y constituyen un género separado de las alucinaciones á las cuales conviene el epíteto de *hipnagógicas*, derivado de las dos palabras griegas ὕπνος, *sueño*, y ἀγωγεύς, *conductor*, cuya reunión indica el momento en que la alucinación se manifiesta de ordinario.

Las personas que experimentan con más frecuencia esas alucinaciones hipnagógicas son de una constitución fácilmente excitable y predispuestas por lo general á la hipertrofia del corazón, á la pericarditis y á las afeccio-

nes cerebrales. Alfredo Maury lo ha confirmado así con su propia experiencia.

« Mis alucinaciones, escribe, son más numerosas y, sobre todo, más vivas cuando estoy predispuesto á la congestión cerebral, lo que es en mí bastante frecuente. Cuando padezco de cefalalgia, de dolores nerviosos en los ojos, en las orejas ó en la nariz, ó de opresiones en el cerebro, las alucinaciones me asedian en cuanto cierro los ojos. Así me explico por qué he tenido siempre alucinaciones cuando he pasado la noche de viaje, pues la falta de sueño y el sueño imperfecto me producen siempre dolores de cabeza. Un primo mío, Gustavo L..., que experimentaba las mismas alucinaciones, ha hecho en sí mismo observaciones análogas. « Cuando me he entregado por la noche á un trabajo exagerado, las alucinaciones no faltan nunca. Hace unos años pasé una vez dos días traduciendo un largo pasaje griego bastante difícil, y no bien acostado, ví tantas imágenes y tan movibles que me levanté asustado para disiparlas. Por el contrario, cuando estoy en el campo y tengo el espíritu tranquilo, no se verifica casi nunca ese fenómeno.

« El café puro y el vino de Champagne, bebidas que, aun en pequeña cantidad, provocan en mí la cefalalgia, me predisponen mucho á las alucinaciones hipnagógicas; pero en este caso no aparecen hasta que, tras de muchas horas de procurar en vano conciliar el sueño, voy por fin á lograrlo.

« Para confirmar las observaciones que indican la congestión cerebral como una de las causas más marcadas de alucinaciones, diré que todos los que las padecen me han asegurado que son propensos á dolores de

cabeza, mientras que muchas personas, entre ellas m madre, para las cuales la cefalalgia es casi desconocida, declaran que nunca han tenido esas visiones fantásticas. »

Esta observación nos muestra que el fenómeno debe unirse á una sobreexcitación del sistema nervioso y á una tendencia congestiva del cerebro.

La alucinación hipnagógica es indicio de que, durante el sueño que se prepara, la actividad sensible y cerebral estarán notablemente debilitadas. En efecto, cuando esas alucinaciones empiezan, el espíritu ha dejado de prestar atención, no prosigue el orden lógico y voluntario de sus pensamientos y de sus reflexiones, abandona á sí misma á la imaginación y se convierte en un testigo pasivo de las creaciones que ésta hace incesantemente nacer y disiparse. Esta falta de atención y de tensión intelectual es al principio necesaria para la producción del fenómeno y explica por qué éste es un pródromo del sueño, pues para que podamos dormir es preciso que la inteligencia se retire en cierto modo, que afloje sus resortes y que se coloque en un estado de semisopor. El comienzo de ese estado es precisamente necesario para la aparición de esta especie de alucinaciones. La retirada de la atención puede ser efecto, ya del cansancio de los órganos del pensamiento, de su falta de costumbre de funcionar mucho tiempo, ya del cansancio de los sentidos que se agotan momentáneamente, no envían ya sensaciones al cerebro y no proporcionan al espíritu elementos de actividad. De la primera de esas causas resulta el sueño, al cual nos ha conducido una somnolencia previa. El espíritu produce gradualmente el sueño á medida que prescinde de la

atención. Por esto ciertas personas poco acostumbradas á la meditación ó á la atención puramente mental, se duermen en cuanto quieren meditar ó sólo leer. Por esto un discurso ó un libro fastidiosos provocan el sueño; no estando la atención suficientemente provocada por el orador ó por el interés del libro, se retira y el sueño no tarda en apoderarse de nosotros.

En ese estado de falta de atención, los sentidos no están aún dormidos; el oído oye, los miembros sienten lo que está en contacto con ellos, el olfato percibe los olores, pero su aptitud para transmitir la sensación no es tan viva como en el estado de vigilia. El espíritu cesa de tener una idea clara del yo, se vuelve pasivo en cierto modo y permanece entero en los objetos que le impresionan. Percibe, ve y oye, pero sin saber que oye, que ve, ni que percibe. Existe en esto una maquinaria mental de una naturaleza muy particular y semejante en todo á la del desvarío.

Pero en cuanto la atención se restablece, la conciencia recobra sus derechos. Se puede, pues, decir con razón que en el estado intermedio entre la vigilia y el sueño el espíritu es juguete de las imágenes provocadas por la imaginación, las cuales le llenan por completo, le llevan á donde ellas van, le ponen como fuera de sí, sin permitirle en aquel momento reflexionar sobre lo que hace, aunque, en seguida vuelto en sí, pueda recordar perfectamente lo que ha experimentado.

Una vez, bajo el imperio del hambre producida por una dieta impuesta por el médico, M. Maury vió, en el estado intermedio entre el sueño y la vigilia, un plato con un manjar del que tomaba una mano armada de tenedor. Dormido unos minutos después, se encontró

sentado á una mesa muy bien servida y oyó el ruido de los tenedores de los convidados.

Cuando se entra en el sueño surgen algunas veces en la cabeza palabras y frases que no han sido provocadas y que son verdaderas alucinaciones del pensamiento, pues los sonidos impresionan el oído interno como si los articulase una voz extraña.

El fenómeno se produce, pues, lo mismo cuando se trata de un sonido ó de una idea. El cerebro ha sido fuertemente impresionado por una sensación ó por un pensamiento y esta impresión se reproduce espontáneamente después por contragolpe de la acción cerebral, el cual da origen á una alucinación hipnagógica ó á un sueño. Esas repercusiones de los pensamientos, esa reaparición de las imágenes anteriores percibidas por el espíritu, son con frecuencia independientes de las últimas preocupaciones de éste. En ese caso resultan de movimientos interiores del cerebro correlativos con los del resto del organismo y que se producen por encadenamiento con otras imágenes que han sobreexcitado al espíritu, lo mismo que sucede con las ideas en cuanto nos abandonamos al desvarío ó dejamos vagar la imaginación.

Las apariciones vistas en sueños pueden ser igualmente alucinaciones causadas por la reminiscencia de un recuerdo borrado latente en la memoria.

Alfredo Maury cuenta que estando en Meaux, en sus primeros años, iba con frecuencia á una aldea próxima, llamada Trilport, á orilla del Marne, donde su padre estaba construyendo un puente. Una noche se encontró en sueños transportado á los días de su infancia y jugando en Trilport, y vió un hombre vestido con una especie de uniforme, al que preguntó su nom-

bre. El hombre le dijo que se llamaba C... y que era el guarda del puerto, y desapareció para dejar el sitio á otros personajes. Maury se despertó de repente con el nombre de C... en la cabeza. ¿Era una imagen falsa ó había habido en Trilport un guarda así llamado? Él lo ignoraba y no tenía recuerdo alguno en ese punto. Algún tiempo después interrogó á una antigua criada si había conocido un individuo llamado C... y le respondió en seguida que era un guarda que había en Trilport cuando su padre estaba construyendo el puente. Seguramente le conocío como ella, pero no se acordaba. El sueño, al evocarle, le reveló lo que él ignoraba.

Este es un tipo perfecto de alucinación propiamente dicha. Hay que desconfiar de las imágenes latentes, de los recuerdos borrados y de lo inconsciente. Hay más de una impresión de ese género en las relaciones que me han sido dirigidas y que sería inútil publicar aquí.

No dejará, sin embargo, de tener interés el mencionar los cuatro relatos siguientes :

Hace un año, próximamente, estando en ese estado intermedio que sigue al despertar y en el cual no se han recobrado aún completamente los sentidos, vi claramente, en la obscuridad más completa (eran las cinco de la mañana) una forma humana á un metro de mí.

El fenómeno duró unos segundos y la imagen desapareció para presentarse en seguida de nuevo con las mismas facciones que antes. No reconocí á nadie en ella y acaso por esto no he observado coincidencia alguna de muerte.

Hace algunos meses se me apareció en las mismas circunstancias otra figura también desconocida.

Debo añadir que antes de esas manifestaciones tuve ocasión de asegurarme de que al despertarse súbitamente de un ensueño se puede continuar viendo despierto, durante un instante muy corto, los objetos que se veían soñando.

Pero en los dos casos que preceden la visión ha empezado

á producirse después del sueño y no ha sido continuación de una impresión recibida soñando.

Hay, pues, probablemente, una distinción que establecer entre esos géneros de fenómenos.

Ch. Tousche,

Vicesecretario de la Sociedad científica « Flammarión, » de Marsella, miembro de la Sociedad astronómica de Francia y de la Sociedad de altos estudios psíquicos de Marsella.

Se trata probablemente de una alucinación hipnagógica.

Tenía yo doce años. Una mañana á las siete (no recuerdo en qué época del año, pero era de día) estaba en la cama y solo en casa, pues un tío mío que dormía en el mismo cuarto se había levantado para ir á su trabajo (era herrador). Cerca de la cama había una mesa redonda y sobre ella mis efectos y otros objetos.

En el momento de despertarme vi al lado de la mesa y enfrente de mí un hombre que parecía estarse haciendo el lazo de la corbata.

Cerré inmediatamente los ojos reteniendo el aliento, pero medio minuto después la curiosidad pudo más que el miedo, miré de nuevo y vi al mismo hombre que daba vuelta á la mesa *para pasar entre ella y la pared*. Cerré de nuevo los ojos y cuando los volví á abrir no había nada.

Aquel hombre pasó entre la mesa y la pared, que, sin embargo, se tocaban. No oí ningún ruido de pasos ni de cualquiera otra clase. Él no parecía reparar en mí.

No recuerdo los rasgos de su fisonomía, que me era desconocida. Esta aparición no ha coincidido, que yo sepa, con muerte alguna.

G. Lamy,

89, calle Richelandière, Saint-Étienne.

El mismo caso, sin duda.

Hace próximamente dos meses, estando acostado y no dormido todavía, sentí la impresión de un cuerpo pesado sobre las piernas.

Saqué la cabeza de las sábanas y vi distintamente un niño en pañales que me miraba sonriendo. Asustado por aquella aparición di brutalmente un puñetazo en aquella dirección, y el niño saltó por los pies de la cama y desapareció. Yo estaba enteramente despierto. Mi cuarto estaba bien alumbrado por la luna y vi perfectamente la visión.

El cuarto estaba bien cerrado y ningún animal pudo saltar á la cama. Por la mañana me aseguré de que todo estaba en orden. Haré observar que mi recuerdo se dirigió por instinto á un sobrinito, entonces de tres meses, y que hoy está bueno y sano.

I. M.

Manasque.

Se trata también de alucinaciones.

No hace aún quince días, estando acostado, despierto y con los ojos abiertos, tuve la impresión de ver un ser humano.

La impresión duró más de un minuto y me hizo el efecto de un medallón representando un busto de mujer de tamaño natural, que se movía como una proyección luminosa, se desvanecía y cambiaba de forma.

Durante aquel minuto reuní mis recuerdos para ser útil á las investigaciones de usted.

Aquella cara no despertó en mí recuerdo alguno y me pareció enteramente desconocida, por lo que no puedo saber si su aparición coincide con alguna muerte, que en todo caso no ha sido la de ninguno de mis allegados.

No he creído en una aparición, sino, más bien, en una aberración de la vista.

Debo decir que la obscuridad era completa en mi cuarto y que distinguí muy bien las facciones.

Henriot,

Veterinario. Chavanges (Aube).

Sin duda hubo aquí igualmente una especie de sueño alucinador.

Los ejemplos que preceden pueden ser explicados

por la teoría de las alucinaciones. Varios de ellos no ofrecen duda alguna. Se sienten deseos de colocar en la misma categoría todos los hechos en que nos ocupamos aquí, y eso es lo que se cree generalmente. Pero se oponen á ello numerosas objeciones para el que no se contenta con una inspección superficial y se toma el trabajo de analizar á fondo los rasgos observados.

Algunos ejemplos pudieran ser clasificados en la categoría precedente. Así M. V., que estando en Tejas fumando tranquilamente después de comer, al ponerse el sol, ve á su abuelo, que estaba en Bélgica, aparecérsele en el hueco de una puerta. El sujeto dormitaba dulcemente después de una buena comida y se encontraba en condiciones para una alucinación hipnagógica. Se podría admitir aquí ese género de alucinación si su abuelo no hubiera muerto á aquella hora. ¿Por qué una alucinación en ese momento preciso? Se replicará que justamente esa coincidencia es la que la ha hecho notar. No es esto lógico. El sujeto no ha tenido otra aparición, lo que sucede, en general, en todos los relatos. Es muy raro que una misma persona haya visto varias apariciones; generalmente no se ha tenido más que una, coincidiendo con una muerte. El caso no es el mismo que el de los presentimientos, más ó menos vagos, uno de los cuales se realiza por azar y es por eso más notado que los demás.

M. de Kerkhone, el de Tejas, no estaba preocupado por la muerte de su abuelo; como no lo estaba M^me^ Block, que estando en Roma, vió morir en París á su sobrino de 14 años, al que había dejado sano; como no lo estaba M^me^ Berget, que oyó, en Schlestadt, á su amiga la monja en el momento en que moría en un convento de Strasburgo; como no lo estaba M. Gar-

ling que vió en pleno día aparecerse en un camino á su amigo Harrisson, muerto del cólera. Todos nuestros casos están fuera de esas explicaciones fisiológicas y en ninguno de ellos existen las condiciones y asociaciones de ideas comunes en los sueños hipnagógicos.

Otra objeción. Las fechas precisas de muerte, conocidas por las apariciones y en contradicción á veces con los documentos, como sucedió con M^me^ Weatcroft, que vió á su marido, el capitán, muerto el 14 de noviembre, mientras que los datos del ministerio decían el 15 y tuvieron después que ser rectificados.

La explicación de estos hechos es de una insuficiencia notoria. Aunque en los numerosos casos señalados puedan existir *algunas* coincidencias fortuitas, el conjunto no se explica por esa hipótesis. Sin contradicción, hay alucinaciones reales y también coincidencias puramente fortuitas, pero ni las unas ni las otras impiden que haya manifestaciones telepáticas de moribundos. Los tres casos están representados en la serie de nuestros documentos.

Pronto haremos constar, por otra parte, que la acción psíquica de un espíritu sobre otro, á distancia, es un hecho irrecusable.

Brierre de Boismont cita la historia siguiente, que Ferriar, Hibbert y Abercombrie tratan de diferentes modos :

Un oficial del ejército inglés, unido á mi familia, fué enviado de guarnición, á mediados del siglo último, á la vecindad de un noble escocés al que decían dotado de la doble vista. Un día en que el oficial estaba leyendo una comedia á las señoras, el escocés, que se paseaba por la casa, tomó el aspecto de un inspirado. Tiró de la campanilla y mandó al criado que ensillase en seguida un caballo y fuese inmediatamente á un castillo próximo á preguntar por la señora y,

si la respuesta era favorable, que fuese á otro castillo á enterarse del estado de otra dama, á la que nombró.

El oficial cerró el libro y rogó á su huésped le diese la explicación de aquellas órdenes repentinas. Éste vaciló, pero acabó por confesar que le había parecido que se abrió la puerta y que entraba una mujer parecida á aquellas dos señoras, lo que era indicio de la muerte repentina de una persona conocida.

Horas después, el criado volvió con la noticia de que una de las dos señoras había muerto de apoplejía á la misma hora de la aparición.

En otra ocasión sucedió que el escocés tuvo que guardar cama y el oficial le leía en voz alta en una noche de tempestad. El barco de pesca estaba entonces en el mar. El escocés, después de haber manifestado varias veces inquietud por sus pescadores, exclamó de repente : « *El barco se ha perdido.* »

— ¿Cómo lo sabe usted? preguntó el oficial.

— Veo dos pescadores, respondió el enfermo, que transportan á otro, ahogado. Están calados de agua y le colocan al lado de su silla de usted.

Por la noche los pescadores volvieron con el cuerpo de uno de sus compañeros.

Ferriar, añade M. de Boismont, atribuye con razón este fenómeno á las alucinaciones. Según Abercrombie es la reminiscencia de un sueño olvidado. Nosotros creemos que se debe atribuir á las alucinaciones que se manifiestan durante el éxtasis.

Hubiera sido más sencillo confesar que la cosa es inexplicable.

No hay derecho para atribuir á las alucinaciones todos los hechos inexplicables, éste entre otros mil :

Cardan cuenta que estando en Pavía, se alarmó mucho viendo por azar que tenía en el dedo índice de la mano derecha un punto rojo. Por la noche recibió una carta de su yerno, diciéndole que su hijo había sido preso y que deseaba ardientemente verle en Milán,

donde estaba *condenado á muerte*. La marca continuó extendiéndose durante cincuenta y tres días, hasta que llegó al extremo del dedo y se acentuó el color hasta el rojo de sangre. Cuando su hijo fué ejecutado, la mancha disminuyó; al día siguiente se borró casi; dos días después desapareció por completo.

Este hecho extraño es clasificado igualmente por Brierre de Boismont en el número de las alucinaciones. ¿Por qué? ¡Una ilusión de la vista que dura cincuenta y tres días! ¿Y la coincidencia? ¿Es despreciable también aquí? ¿El hijo condenado á muerte, no ha ejercido una influencia física sobre su padre hasta la ejecución?

En su excelente obra sobre el cerebro, Gratiolet, con error según nosotros, pone en el número de las alucinaciones las tres observaciones siguientes:

M. Chevreul, el químico eminente, estaba un día meditando sentado y encorvado delante del fuego. Esto pasaba en 1814, pocos días antes de la ocupación de París por los aliados, cuando reinaba una inquietud general. De pronto se volvió y encontró entre las dos ventanas de su gabinete una forma pálida y blanca, semejante á un cono muy prolongado y terminado en una esfera. Esta forma, poco definida, estaba inmóvil y producia en M. Chevreul un estado particular de angustia. No experimentaba ningún miedo moral y, sin embargo, sentía escalofríos. Volvió los ojos un momento y dejó de ver la aparición; miró de nuevo al mismo sitio y la vió otra vez. La prueba fué repetida varias veces con el mismo resultado, hasta que, cansado, M. Chevreul se fué á acostar, y obligado á pasar por delante de la visión, ésta desapareció.

Tres meses después, el sabio supo con mucho retraso la muerte de un amigo que le legaba su biblioteca como recuerdo. Comparando fechas, vió que entre la muerte de su amigo y la visión había cierta coincidencia. Si yo fuera supersticioso, decía M. Chevreul, hubiera creído en una aparición real.

Esta es, precisamente, la cuestión. ¿Ha habido aparición ó alucinación?

Chevreul ha señalado á Gratiolet el caso siguiente :

Uno de los anatomistas que han ilustrado el fin del siglo XVIII, X... se estaba peinando, cuando de repente se volvió y dijo al peluquero : « ¿Por qué me aprieta usted el brazo ?» El peluquero se excusó y negó haber hecho tal cosa. Un momento después, la misma observación é igual respuesta. El peluquero acabó su faena, renovó sus negaciones y se marchó.

Al día siguiente X... supo la muerte de un amigo, que se había ahogado en el momento mismo en que él se sintió apretar el brazo. X... quedó muy conmovido por esa coincidencia y desde entonces tuvo terrores de niño hasta el punto de no querer quedarse solo en su cuarto.

La alucinación no está demostrada tampoco en este caso.

El tercer hecho de que habla Gratiolet, le ha sido también contado por Chevreul :

Era niño todavía y estaba jugando á los bolos en un cuarto en que, meses antes, murió una tía suya. Un bolo se fué rodando hasta la alcoba; el niño se precipitó á cogerle, pero en el momento en que se inclinaba sintió en la cara un aliento ligero y un beso en la mejilla, al mismo tiempo que una voz murmuraba en su oído : « ¡ Adiós ! »

Gratiolet añade : « Es *evidente* que en este caso la alucinación se ha desarrollado bajo la influencia del principio de la asociación de ideas. »

No; no es en modo alguno *evidente*.

He aquí otro ejemplo muy notable tomado de las *Alucinaciones* de B. de Boismont :

Mlle R..., dotada de un excelente juicio y religiosa sin mojigatería, vivía de soltera en casa de su tío, un médico célebre. Su madre vivía en una provincia y padecía una

enfermedad bastante grave. Una noche, la joven soñó que la veía delante de ella pálida, desfigurada, y expresando, sobre todo, una viva pena por no estar rodeada de sus hijos, de los cuales uno, cura de una parroquia de París, había emigrado á España, y otro estaba en París. La llamó por su nombre y de pronto sus facciones se descompusieron y se cubrieron de la palidez de la muerte y cayó sin vida en la cama.

El día siguiente, Mlle R... se presentó muy triste á su tío, el cual le preguntó la causa de su pena y ella le contó detalladamente su sueño. El tío la estrechó entonces contra su corazón y declaró que la noticia era verdadera y que su madre acababa de morir; pero no dió más explicaciones.

Unos meses después, Mlle R... encontró por casualidad una carta en la que se daban á su tío todos los detalles de la muerte, exactamente iguales á los soñados.

Estas noticas, añade el autor, nos han sido dadas por la interesada misma, en la cual tenemos absoluta confianza.

Para honra de su juicio científico independiente y esclarecido, Brierre de Boismont hace las reflexiones siguientes:

« Conviene sin duda mantenerse en una prudente reserva y decimos francamente que esas explicaciones están lejos de satisfacernos y que este asunto, en el que nos hemos ocupado mucho, toca á los más profundos misterios de nuestro ser. Si quisiéramos citar todos los nombres de los personajes conocidos, de alta posición en la ciencia y de excelente juicio, que han tenido estas advertencias y estos presentimientos, habría materia para muchas reflexiones. »

De este modo los fisiólogos estaban ya dispuestos, hace medio siglo, á dar á *lo desconocido* la importancia que tiene en la teoría de las alucinaciones. El lector está ya al corriente sobre los límites de esa teoría fisiológica y patalógica. Nuestro deber es ahora buscar esa explicación.

VI

LA ACCIÓN PSÍQUICA DE UN ESPÍRITU SOBRE OTRO.

Transmisión de pensamientos. — Sugestión mental. — Comunicaciones á distancia entre vivos.

> El que, fuera de las matemáticas puras, pronuncia la palabra *imposible*, carece de prudencia. ARAGO.

Hemos tenido cuidado de no empezar estos estudios más que por el examen de hechos del mismo orden : as manifestaciones á distancia de moribundos, á fin de encontrar más fácilmente su explicación. Pronto llegaremos á las manifestaciones, reales ó aparentes, de muertos, y á otros problemas, avanzando gradual, y seguramente. El fin de estas investigaciones es saber si la observación científica positiva posee bases suficientes para probar la existencia del alma como entidad real independiente y en supervivencia á la destrucción del organismo corporal. Los hechos examinados en los capítulos precedentes han colocado ya la primera proposición en un buen terreno. Las hipótesis del azar y de la coincidencia fortuita han sido eliminadas por la telepatía y por el cálculo de las probabilidades, y estamos obligados á admitir la existencia de una fuerza psíquica desconocida, que emana del ser humano y puede obrar á grandes distancias.

Es difícil rechazar la primera conclusión ante el conjunto, tan elocuente y tan demostrativo, de esos testimonios.

Los observadores, los que sienten esas impresiones, no son los que transportan su espíritu hacia el moribundo, sino éste hacia ellos. La mayor parte de los ejemplos indican que la causa está allí y no en una clarividencia ó en una doble vista del sujeto impresionado.

Tampoco es necesario suponer que el alma del moribundo cambia de lugar y se transporta hacia la persona de que se trata. Puede existir una especie de irradiación, un modo de energía todavía desconocido, una vibración del éter, una onda que va á herir un cerebro y le da la ilusión de una realidad externa. Todos los objetos que vemos no nos son sensibles más que por medio de imágenes cerebrales.

Esta hipótesis me parece necesaria y suficiente, al menos *en lo que concierne al mayor número de los hechos que acaban de ser expuestos.*

Estos hechos, que representan en realidad un orden de cosas mucho más extendido de lo que se ha pensado hasta hoy, no tienen nada de sobrenatural. La misión de la ciencia es : 1°, no rechazarlos ciegamente, y 2°, tratar de explicarlos. Ahora bien, de todas las explicaciones que puedan ser imaginadas la más sencilla y la que al mismo tiempo parece imponerse con más fuerza, es admitir que el espíritu del moribundo ha obrado á distancia sobre el de las personas que han sido impresionadas. Las apariciones, las audiciones, los espectros, los fantasmas, los movimientos de objetos, los ruidos, todo esto parece ficticio; nada, por ejemplo, podría ser fotografiable. Fuera de ciertos casos, sobre los cuales hablaremos aún, todo ha pasado en el cerebro de las personas impresionadas, pero no por eso ha dejado de ser *real.*

Sentaremos, pues, *como conclusión de las observaciones precedentes*, QUE UN ESPÍRITU PUEDE OBRAR Á DISTANCIA SOBRE OTRO, sin el medio habitual de la palabra ni de ningún otro signo sensible. Nos parece completamente imposible negar esta conclusión si se admiten los hechos.

Esta conclusión va á ser superabundantemente demostrada.

No tiene nada de anticientífico ni de novelesco el admitir que un pensamiento obre á distancia sobre un cerebro.

Haced vibrar una cuerda de violín ó de piano, y otra cuerda de violín ó de piano puesta á cierta distancia vibrará y emitirá un sonido. La ondulación del aire se transmite invisiblemente.

Poned en movimiento una aguja imanada. Á cierta distancia y sin contacto, por simple inducción, otra aguja imanada oscilará sincrónicamente con la primera.

Hablad en París en una lámina telefónica y la comunicación eléctrica irá á hacer vibrar la otra lámina sonora en Marsella. El alambre material no es indispensable, pues no es una sustancia que se transporta, sino una onda que se propaga.

Considérese una estrella á millones de millones de kilómetros de distancia, en la inmensidad de los cielos, y desde la cual la tierra no es más que un punto *absolutamente invisible*. Expongo esa estrella, en el foco de un lente, á una placa fotográfica y el rayo de luz trabaja esta placa, la muerde, desagrega la capa sensible é imprime en ella su imagen. ¿No es este hecho mucho más asombroso en sí mismo que la onda cerebral yendo á muchos miles de kilómetros á herir á otro

cerebro en relación armónica con aquel de que la onda procede?

Á 149 millones de kilómetros de distancia y á través de lo que se llama « el vacío », una conmoción solar produce en la tierra una aurora boreal y una perturbación magnética.

Todo ser viviente es un foco dinámico. El mismo pensamiento es un acto dinámico. No hay pensamiento sin vibración correlativa del cerebro. ¿Qué tiene de extraordinario que ese movimiento se transmita á cierta distancia como en el caso del teléfono ó más aún del fotófono (transporte de la palabra por la luz) y de la telegrafía sin alambre?

Verdaderamente, en el estado actual de nuestros conocimientos físicos esa hipótesis no es ni siquiera atrevida, ni se sale del cuadro de nuestras operaciones habituales.

Todas nuestras sensaciones de placer, de dolor, ó indiferentes, todas, sin excepción, se verifican en nuestro cerebro. Sin embargo, nosotros las localizamos siempre en otra parte, jamás en el cerebro. Me quemo un pie, me pincho un dedo, me doy un golpe en un codo, aspiro un perfume, como un manjar sabroso ó bebo un licor exquisito, y todas esas sensaciones son instintivamente colocadas en el pie, en el dedo, en el codo, en la nariz, en la boca, etc. En realidad, sin embargo, los nervios las han transmitido todas, sin excepción, al cerebro, y en él solamente las percibimos. Podríamos achicharrarnos impunemente un pie, sin experimentar sensación alguna, si los nervios que van del pie al cerebro fuesen cortados en un punto cualquiera de su trayecto.

El hecho está demostrado por la anatomía y por la fisiología. Y lo más curioso es que no es necesario que

un miembro exista para que se le sienta. Los amputados experimentan las mismas sensaciones que si tuvieran el miembro de que se les ha privado. Se acostumbra á decir que esa ilusión dura algún tiempo, hasta que la herida está cicatrizada, pero la verdad es que se conserva con la misma intensidad durante toda la vida. Siempre queda una sensación de hormigueo y de dolor que tiene en apariencia su asiento en las partes que ya no existen. Esas sensaciones no son vagas, pues el amputado siente dolores y hormigueos en tal ó cual dedo, en el dorso del pie ó en la planta, en la piel, etc. Un hombre amputado por el muslo, experimentaba todavía á los doce años las mismas sensaciones que si hubiera tenido los dedos y la planta del pie. Otro tenía el brazo amputado hacía trece años y no habían cesado en él las sensaciones de la mano, que él sentía curvada todavía. Otro, al que una bala de cañón arrebató un brazo, sentía veinte años después dolores reumáticos en ese mismo brazo siempre que cambiaba el tiempo. El brazo que no tenía le parecía sensible á la menor corriente de aire.

La ilusión de los amputados es más fuerte por la noche. Á veces están obligados á llevar la mano al sitio en que debiera estar el miembro ausente, para convencerse de que ya no lo tienen. Así, cuando los nervios subsistentes experimentan un dolor, les cuesta todavía más trabajo reconocer su equivocación. La sensación de dolor no está situada en el miembro que falta y tampoco en el que subsiste. En los dos casos, en el estado normal y en el anormal, la sensación no tiene el sitio que nosotros le atribuímos, sino que está en otra parte y consiste en una conmoción nerviosa que, en el estado normal, ocupa el lugar en que ella parece verificarse.

El nervio es un simple conductor; y cualquiera que sea el punto de que parta la conmoción que va á despertar la acción de los centros sensitivos, se produce la misma sensación con el mismo resultado, que es atribuirla á un sitio que no es el centro sensitivo (1).

Cuando se hace la rinoplastia y se vuelve un pedazo de piel de la frente para pegarle á la nariz, esta nariz postiza conserva, mientras no se corta el pedazo de piel, las mismas sensaciones de la frente, de tal modo que el enfermo siente en la frente los contactos que se hacen en la nariz.

La consecuencia de esto es que cuando una sensación tenga como condición ordinaria la presencia de un objeto más ó menos alejado de nuestro cuerpo, y la práctica nos haya hecho conocer esa distancia, á esa misma distancia colocaremos siempre nuestra sensación. Así sucede, en efecto, con las sensaciones del oído y de la vista. El nervio acústico termina exteriormente en la cámara profunda de la oreja. El nervio óptico termina en la cavidad última del ojo. Y, sin embargo, jamás es allí donde situamos nuestras sensaciones de sonido ó de color, sino fuera de nosotros y á veces á gran distancia. Los sonidos vibrantes de una gran campana nos parece que se verifican en el aire, muy alto y muy lejos. El silbido de la locomotora nos parece oirlo á cincuenta pasos, á la derecha. Estas situaciones, aun lejanas, son más claras aún para las sensaciones visuales, hasta el punto de que las sensaciones de color nos parecen separadas de nosotros y creemos que forman parte de los objetos. Nos parece que el color verde que vemos

(1) Esta explicación nos parece más probable que la del cuerpo flúido ó astral que prolonga indefinidamente los cuerpos amputados.

á tres pies de nosotros extendido en una butaca es una de sus propiedades y olvidamos que no existe más que en nuestra retina, ó más bien en los centros sensitivos, puestos en movimiento por el movimiento de la retina. Si le buscamos allí, no le encontramos. Por mucho que nos prueben los fisiólogos que la sensación nerviosa de color empieza en la retina y que la del tacto empieza en las extremidades nerviosas de la mano; por mucho que nos demuestren que el éter, al vibrar, choca con el extremo de nuestro nervio óptico, nosotros no tenemos la menor conciencia de esa impresión de nuestra retina, aunque dirijamos á ese lado todo el esfuerzo de nuestra atención. Todas nuestras sensaciones de color son así proyectadas fuera de nuestro cuerpo y revisten los objetos más ó menos distantes, muebles, paredes, casas, árboles, cielo y tierra. Por eso, cuando en seguida reflexionamos sobre ellas, cesamos de atribuírnoslas y llegan á parecernos extrañas á nosotros.

El color no está en el objeto ni en los rayos luminosos, puesto que en muchos casos le vemos cuando no hay objeto ni luz. La presencia del objeto y de los rayos luminosos no contribuye más que indirectamente á producir el color; su condición directa y suficiente es la excitación de la retina y más aún de los centros ópticos del encéfalo. Poco importa que esa excitación sea producida por los rayos luminosos ó de otra manera. Poco importa que sea ó no espontánea. Cualquiera que sea su causa, en cuanto ella se produce, nace el color y al mismo tiempo lo que nosotros llamamos la figura visible. En todas partes el color y la figura no son más que sucesos internos, en apariencia externos. Toda la óptica fisiológica reposa en ese principio. Resulta, pues, de nuestra organización que la audición, la visión, la

observación que hacemos de un objeto ó de un ser, son debidas á impresiones cerebrales y que, por consecuencia, para que creamos ver, oir ó tocar un ser, es preciso y suficiente que nuestro cerebro sea impresionado por un movimiento vibratorio que le dé una sensación adecuada al resultado obtenido (1).

El cerebro, al cual van á parar todas las sensaciones, posee muchos miles de nervios aferentes, de nervios eferentes, de células y de nervios intercelulares, en los cuales la corriente nerviosa se propaga por muchos miles de caminos distintos é independientes. Esas comunicaciones tan complicadas están establecidas por miriadas de células y de nervios. Eso es lo que se observa por el microscopio, las vivisecciones y las observaciones patológicas. El eje de la medula espinal, largo cordón de substancia gris, contiene principalmente sesenta y dos grupos importantes de nervios, distribuídos en treinta y una parejas, que pueden hasta obrar sin la cabeza por acciones reflejas. Á un hombre decapitado, cuya medula espinal había sido reanimada por la electricidad, le rascó el doctor Robin con un escalpelo en el lado derecho del pecho y se vió al brazo del mismo lado levantarse y dirigir la mano hacia el sitio irritado, como para ejecutar un movimiento de defensa. El doctor Kuss cortó la cabeza á un conejo con unas tijeras mal afiladas que cortaron desigualmente las partes blandas impidiendo así la hemorragia, y vió al animal sin cabeza recorrer la habitación con un movimiento de locomoción enteramente regular. Los mecanismos vitales están unidos entre sí y subordinados los unos á los otros. Su conjunto no representa una república de iguales, sino

(1) Taine, *De l'intelligence*, t. II, p. 139.

una jerarquía de funcionarios, y el sistema de los centros nerviosos en la medula y en el encéfalo se parece al sistema de los poderes administrativos en un Estado. Se le puede comparar con la red telegráfica que pone en comunicación todos los departamentos con París, los prefectos con los ministros, que transmite los hechos y recibe las órdenes. Una onda de movimiento molecular se propaga á lo largo de un filete nervioso con una velocidad que se calcula en 34 metros por segundo en los nervios sensitivos y de 27 metros en los nervios motores. Llegada esa onda á la célula cerebral provoca en ella un cambio molecular aún más grande ; en ninguna parte se verifica tan gran producción de fuerza. Podemos comparar, con Taine, la célula con un pequeño almacén de pólvora, que á cada excitación del nervio aferente, hace explosión y transmite multiplicada al nervio eferente el impulso que ha recibido del aferente. Tal es el funcionamiento nervioso desde el punto de vista mecánico. Desde el punto de vista físico es una combustión de la substancia nerviosa que al arder produce calor. Desde el punto de vista químico es una descomposición de la substancia nerviosa, que pierde su grasa fosfórea y su neurina. Desde el punto de vista fisiológico, es el ejercicio de un órgano que, como todos, se altera por su propio funcionamiento y tiene necesidad de una reparación sanguínea para funcionar de nuevo. Pero desde todos esos puntos de vista no distinguimos en el hecho más que caracteres abstractos y efectos de conjunto ; no le percibimos en sí mismo y en sus detalles, tal como le veríamos si, con los ojos ó con microscopios más penetrantes, pudiéramos seguirle desde el principio hasta el fin, á través de todos sus elementos y de un cabo al otro de su historia. Desde este

punto de vista histórico y geográfico, el funcionamiento de la célula es ciertamente un movimiento interior de sus moléculas, y ese movimiento puede ser comparado muy exactamente con una *figura de baile*, en la que las moléculas, muy diversas y muy numerosas, después de haber descrito cada una, con cierta velocidad, una línea de determinada longitud y de cierta forma, vuelven á su sitio primitivo, excepto algunos bailarines cansados que desfallecen, son incapaces de volver á empezar y ceden sus puestos á otros nuevos para que la figura pueda ser otra vez ejecutada.

He aquí, en cuanto se puede conjeturar, el acto fisiológico del que la sensación es el corresponsal mental.

Todos los hechos relativos á la producción y á la asociación de las ideas pueden explicarse por las vibraciones del cerebro y por las del sistema nervioso que en él radica, como lo demostró David Hartley en el siglo último. La acústica nos ha ilustrado después en este punto. Un experimento muy conocido de Sauveur demuestra que una cuerda sonora no vibra solamente en toda su longitud, sino que cada una de sus mitades, de sus terceras partes, de sus cuartas, de sus quintas, de sus sextas, etc., vibra separadamente. Un fenómeno de orden análogo puede producirse en las vibraciones de las fibras encefálicas, las cuales estarán entonces en una relación análoga á la de los sonidos armónicos. Una vibración determinada por una idea estaría acompañada por las vibraciones correspondientes á las ideas conexas, y la conexión resultaría, ya de la vecindad de las fibras afectadas, ya de corrientes del mismo género que la inducción electrodinámica.

Sea el que quiera el modo de producción y de reparto,

todo pensamiento y toda asociación de ideas representan un movimiento cerebral, una vibración del orden físico. Las vibraciones, la acción física á distancia, cualquiera que sea, explican, pues, los hechos de telepatía. No hay en ellos alucinación, sino un hecho real.

Si lanzáis en el aire de un salón una nota determinada, ya con la voz, ya con un violín, ya de otro modo, por ejemplo, un si bemol, la cuerda de un piano próximo, al dar ese si bemol, vibrará y resonará, mientras que las otras 48 cuerdas permanecerán sordas y mudas. Si pudieran pensar, al notar la agitación del si bemol las otras cuerdas le tomarían por un alucinado, por un nervioso, por una imaginación enferma, porque ellas habían sido insensibles al movimiento transmitido y le habían ignorado.

Cada sensación, como cada idea, corresponde á una vibración en el cerebro, á un movimiento de las moléculas cerebrales. Recíprocamente, toda vibración cerebral da nacimiento á una sensación, á una idea, lo mismo en la vigilia que en el sueño. Es natural admitir que una vibración transmitida y recibida da nacimiento á una sensación psíquica.

Una idea enteramente interna, una impresión, una conmoción mental, puede, á la inversa, producir efectos fisiológicos más ó menos intensos y hasta producir la muerte. No faltan ejemplos de personas muertas de una emoción, y hace mucho tiempo está probado el poder de la imaginación sobre la vida misma. Nadie ha olvidado el experimento hecho en Copenhague, en 1750, con un condenado á muerte entregado á los médicos para un estudio de ese género y que fué observado hasta su último momento. Aquel desgraciado fué atado sólidamente á una mesa con unas correas. Se le vendaron los

ojos y se le anunció que iba á ser sangrado en el cuello y que se dejaría correr su sangre hasta que se agotara completamente. Después le pincharon ligeramente con la punta de una aguja y pusieron al lado de su cabeza un sifón, de modo que vertiera en el cuello un hilo de agua que caía sin interrupción, con un ruido ligero, en un cubo puesto en el suelo. El condenado, convencido de que había debido perder siete ú ocho libras de sangre, murió de miedo.

Otro ejemplo. El portero de un colegio se había captado el odio de los alumnos sometidos á su vigilancia. Unos cuantos muchachos se apoderaron de él un día, le encerraron en un cuarto obscuro y procedieron delante de él á un simulacro de proceso y de juicio. Se recapitularon todos los crímenes del acusado y se decidió que sólo con la muerte podía expiarlos y que la pena sería aplicada por decapitación. En consecuencia fueron á buscar un hacha y un tajo, que depositaron en medio de la sala, y anunciaron al condenado que tenía tres minutos para arrepentirse de sus pecados y ponerse en paz con el cielo. Pasados los tres minutos le vendaron los ojos, le obligaron á arrodillarse, con el cuello descubierto, al lado del tajo y le dieron un golpe en la nuca con una servilleta mojada, diciéndole, entre grandes risas, que se levantara. Con gran sorpresa de todos el hombre no se movió. Le sacudieron, le tomaron el pulso, y estaba muerto.

Por fin, más recientemente, un periódico inglés, *La Lanceta*, ha contado que una joven, queriendo acabar con su vida, había tragado cierta cantidad de polvos insecticidas, después de lo cual se acostó en su cama, donde se la encontró muerta. Hubo proceso y autopsia y el análisis de los polvos encontrados en el estómago

demostró que aquella substancia era enteramente inofensiva para un ser humano. La joven, sin embargo, estaba muerta.

Mi sabio amigo Ch. Richet cuenta en la *Revue des Deux Mondes*, que su padre se disponía en una ocasión á hacer la operación de la piedra á un enfermo del hospital, y el enfermo murió de miedo en el momento en que el cirujano acababa, sencillamente, de trazar con el dedo la línea que debía seguir la incisión.

Todos estos hechos psíquicos y fisiológicos nos ayudan á comprender la telepatía.

Seguramente, esa explicación de hechos tan extraordinarios debe encontrar numerosas objeciones. La primera es que esas manifestaciones de moribundos, no sólo no se verifican siempre, no sólo no son frecuentes, no sólo son excepcionales, sino que no ocurren en las circunstancias en que precisamente deberían producirse, por ejemplo, cuando la muerte separa bruscamente dos corazones tiernamente unidos, cuando un drama fúnebre rompe de una vez varias existencias, cuando el ser que ha muerto ha prometido, esperado, deseado dar al que queda una prueba de su existencia póstuma. Podemos sin duda responder que ignoramos de qué manera se pueden producir esas manifestaciones; que hay leyes desconocidas, dificultades é imposibilidades; que es necesario que dos cerebros estén en armonía, en sincronismo, para vibrar bajo la misma influencia; que la unión íntima de dos corazones no prueba la igualdad sincrónica de dos cerebros, etc. Pero, puesto que esos sucesos se verifican algunas veces y en casos bastante ordinarios, subsiste la objeción, y muy grave.

Sí, muy grave. Yo mismo me he encontrado muchas

veces con el alma desgarrada por la separación brusca de un ser amado. En mi adolescencia, un amigo íntimo, un compañero de clase murió prometiéndome probar su supervivencia, si era posible. ¡ Habíamos discutido la cuestión con tanta frecuencia ! Algún tiempo después uno de mis más queridos colegas de la prensa científica me propuso el mismo pacto, aceptado mutuamente. Mucho después, una persona que me era particularmente adicta desapareció de la vida, en el momento mismo en que ese problema de la supervivencia nos apasionaba á los dos, dándome la seguridad sincera de que su único deseo era que su muerte prematura sirviera para la demostración de esa verdad. Y nunca, jamás, á pesar de mis esperanzas, á pesar de mis deseos, á pesar de mis votos, nunca he tenido ninguna manifestación. ¡ NADA ! ¡ NADA ! ¡ NADA !

He perdido á mi padre hace algunos años. Es verdad que estaba á su lado y que no necesitaba ser advertido. Pero después, nada.

Tenía yo por mi abuelo y por mi abuela una adoración fuera de tino. Ellos también me amaban con locura y yo les quería tanto, que siempre me ha sido imposible, absolutamente imposible ir á la tumba en que reposan. Mucho tiempo antes de llegar á aquel pequeño cementerio de pueblo, los sollozos me ahogan, me ciegan y me hacen temblar las piernas. Nunca, sin embargo, se me han manifestado de ningún modo, ni en el momento de su muerte ni después de su alejamiento de la tierra.

Mi cerebro no es sin duda apto para percibir esas especies de ondas etéreas ni de orígenes vivientes ni de orígenes muertos. Nada, ninguna sensación me ha anunciado esas muertes, ni después ha llegado á mí manifestación alguna.

Pero el papel del investigador, como el del historiador, es permanecer impersonal y no dejarse influir por sus propias impresiones. La verdad, sin embargo; la lealtad y la franqueza ante todo.

Otra objeción es la extravagancia de ciertas manifestaciones, como ya hemos hecho observar. Si existe la acción á distancia de un cerebro sobre otro, ¿ por qué esa acción da origen á manifestaciones como el abrirse ó cerrarse una ventana, levantarse una cama, golpearse un mueble, rodar una bola por el suelo, rechinar unos goznes, etc.? Parece que esa acción debería ser intelectual y permanecer en el orden psíquico y moral, dando por resultado la audición de la voz amada, la vista de la imagen del ser que nos ha abandonado, etc.

Esta objeción es menos grave que la precedente. Un gran número de manifestaciones, desde luego, consisten en visiones ó audiciones. En los otros casos, podemos suponer que la conmoción que se produce en el cerebro del moribundo se transmite á ciertas células, á ciertas fibras de otro cerebro y *determina* en esa zona cerebral una ilusión, una *impresión* cualquiera. Una ondulación luminosa, calorífica, eléctrica ó magnética que va á herir un objeto, por ejemplo, una esponja, encuentra resistencias diferentes según la naturaleza de la esponja, sus diferencias de densidad, las substancias minerales que pueda tener en suspensión, etc., y cada parte de la esponja es diferentemente impresionada. Los caprichos aparentes del rayo nos ofrecen rarezas no menos extrañas. Aquí el rayo mata á una persona y la hace arder como un haz de paja ; allí reduce á cenizas las manos y deja los guantes intactos ; hace soldarse los eslabones de una cadena

de hierro, como en una fragua, y no dispara la escopeta que un cazador tenía en la mano; funde unos pendientes sin quemar la piel; desnuda enteramente á una persona sin hacerle mal alguno ó se contenta con robarle el calzado ó el sombrero; fotografía en el pecho de un niño el nido que estaba cogiendo en la cima de un árbol fulminado, dora las monedas de plata de un portamonedas, haciendo oficio de galvanoplastia de un compartimiento al otro, sin ser herido el que lo lleva; echa abajo instantáneamente un muro de seis pies de espesor y destruye un castillo secular, ó cae sobre un polvorín sin hacerle estallar. Hay muchas más rarezas inexplicables en los hechos y milagros del rayo que en las manifestaciones telepáticas.

En la investigación de la verdad, nuestro deber es no disimularnos ninguna objeción. Las que acabo de presentar no impiden que los hechos existan, y la única explicación de esos hechos me parece ser la acción á distancia de un espíritu sobre otro.

Ahora, vayamos un poco más lejos. ¿Existen, fuera del orden de cosas que acabamos de examinar, ejemplos que conduzcan á admitir la posibilidad, la realidad de esta acción? ¿Tenemos pruebas experimentales, incontestables, de la *transmisión del pensamiento* sin el concurso de los sentidos?

Sí. Vamos á pasarlas revista, á hacerlas constar, á demostrarlas, pues en este orden de cosas, para estar seguro *hay que estarlo diez veces*.

Veamos desde luego los fenómenos del magnetismo humano.

No hablaré del gran número de experimentos de sugestiones hipnóticas á las que he asistido en casa de los doctores Puel, Charcot, Barety, Luys, Dumontpallier, etc.,

no porque dude de la realidad de la sugestión, sino por que son tan conocidas, que es inútil consignarlas aquí.

Hay también en este orden de estudios experimentos muy dudosos y hasta fraudulentos, como me lo han probado los mismos sujetos con sus acusaciones recíprocas y sus declaraciones. La simulación es muy frecuente en este género de experimentos. Citaré tan sólo un ejemplo. El doctor Luys tenía la costumbre de presentar al pretendido durmiente unos frascos que le ponía en la nuca y que contenían productos diferentes, agua, *cognac*, ajenjo, aceite de ricino esencia de tomillo, agua de laurel cereza, amoniaco, éter, esencia de violeta, etc. El sujeto adivinaba siempre de qué se trataba y con frecuencia experimentaba los síntomas de cada substancia. Por desgracia para el valor del experimento, el doctor presentaba siempre los frascos por el mismo orden, al menos en las sesiones á que yo asistí. Un día le rogué que invirtiese el orden sin decir nada y él no aceptó, diciéndome que no debíamos poner en duda la buena fe de los sujetos. Era aquel una joven histérica, actriz en un teatro de Paris. Volví una vez con ella de Ivry y quedé completamente convencido acerca de su sinceridad y de la de sus compañeros de experimentos.

Para estar seguro de esos experimentos, es necesario que estén fuera de toda sospecha ; que el olor no pueda atravesar el tapón de los frascos, sobre todo para olfatos hiperestesiados ; que el sujeto no pueda adivinar nada ; que el mismo experimentador no pueda sugestionarle por ignorar él mismo el contenido de los frascos, etc. (1).

(1) Esta acción de las substancias tóxicas y medicamentosas de los metales exteriormente al cuerpo, en sujetos sensibles, *es cierta*.

Es indispensable no perder el tiempo en el examen de casos dudosos, pues nada es más absurdo que el tiempo perdido. La vida es corta; no escojamos, no admitamos, no examinemos más que observaciones bien hechas. No salgamos, pues, de nuestro objeto, que es demostrar la acción *psíquica*, *mental*, de un espíritu sobre otro.

El sonambulismo nos dará las primeras pruebas. He aquí, en primer lugar, un *acta* que relata tres hechos de sugestión mental, obtenidos por MM. Guaita y Liébault en el domicilio de este último (en Nancy, el 9 de enero de 1886) :

Los infrascritos, Liébault, Ambrosio, doctor en medecina, y de Guaita, Estanilao, literato, los cuales viven actualmente en Nancy, atestiguamos y certificamos haber obtenido los resultados siguientes:

1° Mlle Luisa L... dormida por el sueño magnético, fué informada de que tenía que responder á una pregunta que le sería hecha *mentalmente*, sin la intervención de ninguna palabra ni signo. El doctor Liébault, con la mano apoyada en la frente del sujeto, se recogió un momento y concentró su propia atención en la pregunta : *¿ Cuándo se curará usted ?* que quería hacer.

Los labios de la sonámbula se movieron en seguida.

« *Pronto* », contestó distintamente.

Se le invitó entonces á repetir delante de todas las personas presentes la pregunta, y la dijo en los mismos términos en que había sido formulada en la mente del doctor.

Lo prueban numerosos experimentos conducidos con perfecta sagacidad científica.

2° M. de Guaita, puesto en comunicación con la magnetizada, le preguntó *mentalmente*.

« ¿ Vendrá usted la semana próxima ?

— *Puede ser* », respondió el sujeto.

Invitada á comunicar á los presentes la pregunta mental, la magnetizada respondió :

« *Me ha preguntado si él vendría la semana próxima.* »

Esta confusión acerca de una palabra de la frase es muy significativa. Parece que la joven ha *tropezado* al leer en el cerebro del magnetizador.

3° El doctor Liébault, á fin de que no se pronunciase ninguna frase, ni aun en voz baja, escribió en un papel :

« *Esta señorita verá, al despertarse, su sombrero negro transformado en sombrero rojo.* »

El papel corrió de mano en mano y después, MM. Liébault y Guaita aplicaron en silencio las manos en la frente del sujeto y formularon mentalmente la frase convenida. Entonces la joven, instruída de que vería en la pieza algo extraordinario, fué despertada. *Sin vacilación* se fijó en su sombrero y exclamó, echándose á reir, que no era el suyo, que se le habían cambiado, que bastaba de bromas y que le dieran inmediatamente su sombrero, pues aquel tenía igual forma pero no era el mismo.

« ¿ Pero qué cambio ve usted en él ? »

— Bien lo saben ustedes, y además tienen ojos como yo.

— Pero, en fin, ¿ qué ve usted ? »

Tuvieron que insistir mucho para que consintiera en decir qué cambio veía en el sombrero, hasta que acabó por decir :

« *Bien ven ustedes que es rojo.* »

Y como se negaba á tomarlo, fué preciso que se pusiera fin á su alucinación afirmando que el sombrero iba á volver á su color primitivo. El doctor sopló en él y vuelto, para ella, á ser negro, la joven consintió en cogerle.

Tales son los resultados que certificamos haber obtenido de concierto. En fe de lo cual redactamos este acta.

ESTANISLAO DE GUAITA. A.-A. LIÉBAULT.

La *sugestión mental* ha sido objeto desde hace algunos años, de estudios muy importantes, á la cabeza de los cuales conviene colocar la obra especial del doctor Ochorowicz. Extraeremos de esta obra algunos experimentos característicos.

M. de la Souchère, antiguo alumno de la Escuela politécnica y sabio químico residente en Marsella, tenía como criada una campesina en la que se producían con la mayor facilidad el sonambulismo y muchos de sus fenómenos más notables. En sueño magnético, dice, Lazarina entraba conmigo en perfecta comunicación de pensamiento y estaba tan *insensible* que le metía agujas en las carnes y en las uñas sin que sintiese el menor dolor y sin que saliese ni una gota de sangre.

En presencia del ingeniero Gabriel y de otros amigos le hice una vez beber agua, y ella decía que percibía el gusto de lo que yo imaginaba : limonada, jarabe, vino, etc. Me indicaron que le hiciese beber arena y la muchacha no adivinó esto. Entonces me puse arena en la boca, é inmediatamente se puso á escupir, diciendo que le daba arena. Estaba yo detrás de ella y era imposible que me viese.

El conde de Maricourt cita un experimento análogo, aunque más avanzado. El sujeto se bebió, *estando des-*

pierto, un vaso de agua con sugestión mental de un vaso de kirsch, y manifestó todos los signos de la embriaguez *durante varios días*.

Los fenómenos de ese género son los que han hecho creer á los magnetizadores que magnetizando á un vaso de agua ó á otro objeto, pueden impregnar su flúido de diferentes cualidades físicas ó químicas. El magnetismo es aquí inútil *pues es el pensamiento el que obra sobre el cerebro*, y no el objeto.

Me dan un libro : *Robinsón Crusoe*; le abro, y veo un grabado que representa á Robinsón en una canoa. Lazarina, cuando le pregunto qué estoy haciendo, responde :

« Tiene usted un libro, pero no lee, sino que mira una estampa en la que hay un barco y un hombre dentro. »

Le digo que me describa el mueblaje de una habitación que no conoce, y me indica los muebles *á medida que yo pienso en ellos*.

No he observado en mi criada la transposición de los sentidos. Se le aplicaron en el epigastrio diversos objetos y si yo los conocía, ella los indicaba; si yo ignoraba cuáles eran, ella no podía nombrarlos.

Era, pues, una transmisión del pensamiento lo que allí se verificaba. Es posible que ocurra esto mismo en muchos casos que se atribuyen á la transposición de los sentidos.

El doctor Texte ha hecho constar, muchas veces, que la sonámbula puede seguir el pensamiento del magnetizador.

Mlle Diana, dice, seguía una conversación en la cual yo no hablaba más que mentalmente, y de este modo respondía á mis preguntas.

Cita después un experimento notable, en el cual la sugestión mental se manifiesta como una *alucinación*.

Imaginé un día á mi alrededor una barrera de madera y,

sin decir nada, hice caer en sonambulismo á Mlle H..., joven muy nerviosa, y le rogué que me trajese mis libros. Llegada al sitio en que yo había imaginado la barrera, se detuvo y dijo que no podía seguir.

« ¡Qué singular idea la de poner aquí estas tablas », dijo.

La cogí de la mano para que pasara, y sus pies permanecieron quietos mientras su cuerpo avanzaba, al mismo tiempo que la joven se quejaba de que el obstáculo le oprimía el estómago.

En general, cuando el sonámbulo *cree ver* algo fuera de las condiciones ordinarias, hay que preguntarse desde luego si no se trata de una simple sugestión involuntaria de nuestra parte.

Un estudiante de medicina preguntó á una de mis sonámbulas qué enfermedades le haría examinar el jurado al graduarse de doctor, y ella describió muy claramente tres enfermos del hospital que habían llamado especialmente la atención del estudiante y que él *hubiera deseado* como sujetos en su examen. La sonámbula añadió (detalle característico), hablando de uno de ellos :

« ¡Oh! qué ojo tiene esa mujer, tan brillante... y tan fijo... ¡Me da miedo ese ojo!

— ¿Ve la mujer con ese ojo brillante? preguntó el estudiante.

— Espere usted... no sé... el ojo está duro... No es natural....

— ¿De qué está hecho ese ojo?

— De algo que se quiebra... y que brilla... ¡Oh! Se le quita... y le mete en agua..., etc., etc. »

La enferma tenía un ojo de cristal, y aquel hecho, ignorado absolutamente por mí, puesto que yo no conocía á los enfermos en cuestión, pero conocido por el estudiante que preguntaba á la sonámbula, fué perfectamente *descrito* por ésta. ¿Dónde tomaba la imagen? En el psiquismo del interrogador, que, por medio del mío, se reflejaba en ella.

Conviene añadir que las predicciones de la sonámbula no se realizaron y que en el dia del examen el estudiante tuvo que examinar otros enfermos.

Ordinariamente, dice el doctor Charpignon, la visión á distancia se confunde con el fenómeno de la transmisión del pensamiento. Así, la mayor parte de los experimentos que se citan consisten en pedir al sonámbulo que vaya á vuestra casa, á un sitio que vosotros conocéis. Como estáis en relación con él, le describís los lugares y los objetos con la más exacta precisión. No hay en esto casi nunca visión real : el sonámbulo ve en vuestro pensamiento las imágenes que vosotros trazáis en él.

Un prestidigitador muy conocido, Roberto Houdin, se interesaba por estas cuestiones, é imitaba la doble vista y la transmisión del pensamiento por medio de una artimaña muy ingeniosa. Incrédulo en materia de sonambulismo y acostumbrado á producir prodigios, hacía muy poco caso de lo maravilloso, siempre creía estar en el secreto, y miraba los altos hechos atribuídos á la lucidez como juegos de habilidad de la misma naturaleza que los que él hacía para divertir al público. En todas las ciudades en que los sonámbulos tenían algún éxito, él ponía empeño en falsificar sus ejercicios y hasta en aventajarlos. M. de Mirville, el célebre demoniólogo, que tenía necesidad del sonambulismo para hacer honor á los espíritus infernales, quiso á toda costa convertir á un adversario tan temible, y pensó con razón que si conseguía demostrarle que la lucidez pertenece á un orden de cosas enteramente extraño á sus estudios y á su práctica, el testimonio de un juez tan experto sería de gran peso para servir á la causa del sonambulismo. Le condujo á

casa del sonámbulo Alexis y M. de Mirville da cuenta en su libro *De los Espíritus*, de la escena que se verificó.

Morín, autor de un libro ingenioso, pero escéptico, sobre el magnetismo afirma que Roberto Houdin le confirmó la exactitud de la narración de M. de Mirville.

Estaba confundido, dice el práctico. Allí no había ni habilidad ni escamoteo. Fuí testigo del ejercicio de una facultad superior, inconcebible, de la que no tenía la menor idea y en la que no hubiera podido creer si los hechos no hubiesen sucedido ante mis propios ojos. Estaba yo tan conmovido que el sudor me inundaba la cara.

El prestidigitador cita, entre otros, el siguiente experimento :

Alexis, cogiendo las manos de mi mujer, que me había acompañado, le habló de sucesos pasados y especialmente de la pérdida, muy dolorosa, de un hijo nuestro. Todas las circunstancias eran perfectamente exactas.

En este caso el sonámbulo leía en la mente de Mme Houdin sus recuerdos y sus sentimientos.

Otro hecho presenta al mismo tiempo la visión y la clarividencia, también por la transmisión de los recuerdos :

Un médico muy incrédulo, el doctor Chomel, queriendo también enterarse por sí mismo, presentó á Alexis una cajita. Éste la palpó sin abrirla, y dijo :

« Es una medalla y se la han dado á usted en circunstancias muy singulares. Estaba usted en Lyon y habitaba una boardilla. Un obrero, al que había usted prestado servicios, encontró esta medalla entre unos escombros, creyó que podría gustarle á usted y subió seis pisos para regalársela. »

Todo era cierto, y como esas cosas no eran de las que se

pueden adivinar por azar, el doctor participó de nuestra admiración.

Hay hechos de *vista á distancia* independientes de la transmisión del pensamiento. Nos ocuparemos de ellos más adelante.

Conviene establecer las distinciones necesarias y evitar confusiones muy frecuentes. Lo que aquí nos proponemos es demostrar la realidad científica de la TRANSMISIÓN DEL PENSAMIENTO y de la sugestión mental. No tenemos para qué hablar de las sugestiones verbales, de las órdenes dadas en voz alta y ejecutadas en tal ó cual plazo. No salgamos de nuestro asunto especial y continuemos nuestro estudio.

En el mes de noviembre de 1885, M. Paul Janet, del Instituto, leyó á la Sociedad de psicología una comunicación de su sobrino M. Pierre Janet, profesor de filosofía en el liceo del Havre, *Sobre algunos fenómenos de sonambulismo*. Este título, prudentemente vago, ocultaba revelaciones enteramente extraordinarias. Se trataba de una serie de ensayos hechos por MM. Giber y Janet, que parecían probar, no sólo la sugestión mental en general, sino también la sugestión mental á una distancia de muchos kilómetros y sin saberlo el sujeto.

Era éste una buena mujer del campo, Léonie B..., una bretona de unos cincuenta años, muy sana, honrada, muy tímida é inteligente aunque sin ninguna instrucción, pues no sabía escribir ni, apenas, deletrear algunas sílabas. Tenía una fuerte y robusta constitución y había sido histérica de joven, pero la curó un magnetizador desconocido. Después, tan sólo en sonambulismo se manifestaban algunos síntomas de histe-

rismo, bajo la influencia de cualquiera contrariedad. Tenía su marido é hijos que gozaban de buena salud. Parece que varios médicos han querido ya hacer experimentos en ella, pero no lo ha consentido. Solamente á petición de M. Gibert, accedió á ir á pasar algún tiempo en el Havre. Se la duerme muy fácilmente, no hay más que cogerle la mano y apretársela durante unos momentos, *con la intención de dormirla*. Después de un espacio de tiempo de dos á cinco minutos, *según quién la duerme*, su mirada se hace vaga y sus pupilas hacen pequeños movimientos muy rápidos hasta que el globo del ojo se oculta bajo los párpados. Al mismo tiempo su pecho se levanta con esfuerzo y parece que le invade un malestar general. Con frecuencia el cuerpo se agita con pequeños estremecimientos. Entonces da un suspiro y se echa hacia atrás, presa de un profundo sueño.

El doctor Ochorowicz hizo un viaje al Havre para presenciar esos hechos.

El 24 de Agosto, dice, llegué al Havre y encontré á los doctores Gibert y Janet tan convencidos de la realidad de la acción á distancia, que se prestaron de buena gana á las minuciosas precauciones que yo les impuse para comprobar el fenómeno.

MM. Myers, el doctor Myers, Marillier y yo, formamos una especie de comisión y convinimos los detalles de todos los experimentos.

He aquí las precauciones que adoptamos para estos ensayos:

1.° La hora exacta de la acción fué sorteada.

2.° Esa hora no fué comunicada á M. Gibert sino unos minutos antes, y en seguida los miembros de la comisión se fueron al pabellón en que habitaba el sujeto.

3.° Ni el sujeto ni ningún habitante del pabellón, situado á un kilómetro de distancia, supieron la hora ni el género de experimento que iba á verificarse.

Para evitar la sugestión involuntaria, nadie entró en el pabellón más que para comprobar el sueño.

Se decidió hacer el experimento de Cagliostro : *dormir al sujeto de lejos y hacerle venir á través de la ciudad.*

Á las ocho y media de la noche se sorteó la hora exacta y resultó que la acción mental debía empezar á las 9 menos 5 y durar hasta las 9 y 10. En este momento no había nadie en el pabellón más que Mme B... y la cocinera, las cuales no esperaban tentativa alguna de nuestra parte. Nadie fué al pabellón y aprovechando esa ausencia las dos mujeres habían entrado en el salón y se divertían en tocar el piano.

Llegamos á los alrededores del pabellón á las nueve dadas. Todo estaba en silencio.

La calle estaba desierta. Sin hacer ruido nos dividimos en dos grupos para vigilar la casa á distancia.

Á las 9 y 25 vi una sombra aparecer en la puerta del jardín. Era ella. Me metí en un rincón para oir sin ser visto.

Pero no oí nada. La sonámbula, después de estar un momento en la puerta se retiró al jardín. (En este momento M. Gibert no ejercía su acción, porque á fuerza de concentrar su pensamiento tuvo una especie de síncope ó desvanecimiento que duró hasta las 9 y 35.)

Á las 9 y 30 la sonámbula reapareció en la puerta y esta vez se precipitó sin vacilar por la calle con la prisa de una persona que está retrasada y que debe absolutamente llegar á su objeto. Los observadores que estaban en el camino no tuvieron tiempo de advertirnos al doctor Myers y á mí, pero habiendo oído pasos precipitados en el camino, nos pusimos en seguimiento de la sonámbula que no veía á nadie ó que, al menos, no nos reconoció.

Cuando llegó á la calle del Bard vaciló, se detuvo un momento y pareció que iba á caer.

De repente se puso vivamente en marcha. Eran las 9 y 35, hora en que M. Gibert, vuelto en sí, empezó de nuevo su acción. La sonámbula anduvo de prisa sin ocuparse de nada.

En diez minutos estábamos todos cerca de la casa de M. Gibert, cuando éste, creyendo que el experimento había fracasado y extrañando no vernos volver, salía á nuestro encuentro y se cruzó con la sonámbula que tenía los ojos cerrados.

Preocupada con su monomanía hipnótica, se precipitó á la escalera seguida por todos nosotros. M. Gibert quiso entrar en su despacho, pero yo se lo impedí y cogiéndole por la mano le llevé á la habitación más lejana de la casa.

La sonámbula, muy agitada, buscó por todas partes, entró en el despacho, tocó los muebles y repitió en tono de desolación : « ¿Dónde está? ¿Dónde está M. Gibert? »

Durante este tiempo el magnetizador permanecía sin hacer el menor movimiento. La sonámbula entró en el cuarto y no le reconoció, pero él quiso entonces atraerla por un esfuerzo de voluntad y, fuera efecto de esto ó de una coincidencia, la mujer se volvió y le cogió por las manos.

En este momento una gran alegría se apoderó de ella. Saltó sobre un sofá como una niña y palmoteó gritando : « ¡Ya está usted aquí! ¡Oh! ¡qué contenta estoy! »

« Por fin, declara el doctor Ochorowicz, comprobé el fenómeno extraordinario de la acción á distancia, que echa por tierra todas las opiniones admitidas actualmente. »

Citaremos también el siguiente experimento :

El 10 de octubre de 1885, escribe M. Janet, convinimos M. Gibert y yo en hacer la sugestión siguiente : « *Mañana á medio día cerrar con llave las puertas de la casa.* » Escribí la sugestión en un papel que guardé y no comuniqué á nadie. M. Gibert hizo la sugestión aproximando la frente á la de Mme B... durante el sueño letárgico y reconcentrando el pensamiento en la orden mental. El día siguiente, cuando llegué á las doce menos cuarto, encontré la casa cerrada con llave. Mme B... acababa de cerrarla y cuando le pregunté por qué lo había hecho, me respondió que « estaba muy cansada y no quería que yo pudiese entrar para dormirla. » Mme B..., que estaba muy agitada, se puso á pasear por el jardín y la vi coger una rosa é ir á visitar el buzón de las cartas colocado en la puerta. Esos actos, sin importancia al parecer, son muy curiosos *porque eran precisamente los que la víspera habíamos pensado sugerirle, antes de decidirnos por el otro.*

El 13 de octubre M. Gibert le ordenó *que el día siguiente*

abriese un paraguas, á las doce, y diese dos vueltas por el jardín. Á la hora marcada dió las dos vueltas, pero no abrió el paraguas, y al preguntarle la causa, estando dormida, respondió que hubiera sido ridículo abrir el paraguas no lloviendo, pero que sabía que debía hacerlo.

Otro experimento.

El doctor Dussart cuenta que todos los días daba orden á su magnetizada de permanecer dormida hasta el día siguiente á una hora determinada.

Un día olvidé esta precaución y lo eché de ver cuando estaba ya á 700 metros de distancia. Pensé entonces que acaso mi orden surtiese efecto á esa distancia como le hacía á dos ó tres metros, y formulé la orden *de dormir hasta el día siguiente á las ocho.* Cuando llegué el día siguiente, la enferma dormía.

« ¿Por qué está usted aún dormida? le pregunté.

— Porque usted me lo ha mandado.

— Se engaña usted. Me marché ayer sin dar orden alguna.

— Es verdad, pero diez minutos después ví perfectamente que me mandaba usted dormir hasta las ocho. »

Como esta era la hora en que yo le hacía despertarse habitualmente, pensé que acaso se tratara de la fuerza de la costumbre y para convencerme, le di la orden de seguir durmiendo hasta que yo le ordenase despertarse y me fuí á mi casa, situada á siete kilómetros de distancia. Á las dos le dí desde allí la orden de despertar y, según supe por la familia, fuí obedecido.

Este experimento, renovado varias veces y á horas diferentes, dió siempre el mismo resultado.

Pero lo más extraordinario es que el 1.° de enero suspendí mis visitas y cesé toda relación con la familia. No había oído hablar de ellos, cuando el 12, estando á diez kilómetros de la enferma, me ocurrió que acaso podría aún hacerme obedecer á pesar de la distancia y de la intervención de otra persona, pues era ya el padre de la enferma el que la magnetizaba. *Prohibí á la enferma que se dejase dormir*, y media hora después, reflexionando que si por acaso la orden era obedecida podría perjudicar á aquella desgraciada, levanté la prohi-

bición y dejé de pensar en esto. El día siguiente recibí un aviso del padre diciéndome que la víspera no había logrado dormir á su hija sino después de una lucha larga y dolorosa, y que una vez dormida, la enferma había declarado que no quería dormir obedeciendo á mi prohibición. Esas declaraciones fueron hechas delante de varios testigos, á los cuales el padre hizo firmar una nota que las hacía constar.

Es, pues, probable que con un conocimiento exacto de las condiciones del fenómeno se podrá llegar á comunicar á distancia pensamientos enteros, como se hace hoy con el teléfono.

El doctor Richet cuenta que estando almorzando con sus colegas en el cuarto de guardia del hospital Beaujon, uno de los internos, llamado Landouzy, afirmó que podía dormir á una enferma á distancia y hacerla venir al cuarto de guardia por un esfuerzo de la voluntad. Á los diez minutos no había venido nadie y se dió el experimento por fracasado. — « En realidad, escribe el doctor, no había fracasado, pues algún tiempo después vinieron á decirme que aquella enferma se estaba paseando, *dormida*, por los pasillos, queriendo hablar al interno y sin poder encontrarle. »

Todos esos experimentos demuestran la acción psíquica á distancia.

Esos hechos curiosos de la acción de la voluntad en los experimentos de magnetismo han sido observados miles de veces.

El doctor Dariex, director de los *Annales des sciences psychiques*, ha publicado los experimentos siguientes de transmisión mental, hechos por un amigo suyo que desea no ser nombrado « en razón de la importante posición que ocupa », lo que es de sentir.

Desde el 7 de enero al 11 de noviembre de 1887, María fué dormida con frecuencia, á fin de librarla por sugestión

de unos dolores de cabeza intolerables y de una sensación de bola en el exófago. Fuera de esto, su salud era excelente, pues en los 17 años que esta mujer llevaba á mi lado jamás había abandonado ni un día sus ocupaciones por causa de enfermedad.

En las numerosas sesiones de sueño había yo intentado en vano la sugestión mental. María tenía el pensamiento siempre despierto, soñaba, y no obedecía sino órdenes verbales.

Una noche estaba yo escribiendo mis notas y ella estaba dormida detrás de mí, cuando tuvo una alucinación muy penosa y se echó á llorar. La calmé con trabajo y á fin de acabar con sus sueños la ordené que no pensase en nada cuando yo la dejaba dormir. Después, reflexionando que si no había logrado la sugestión mental era acaso por aquella abundancia de ideas en su cerebro, insistí en mi sugestión y la formulé así :

« Cuando duerma usted y yo no la hable, no piense en nada; que su cerebro de usted permanezca vacío de pensamientos á fin de que nada se oponga á la entrada del mío. »

María está dormida hace un instante en sonambulismo profundo. Yo estoy vuelto de espalda, y sin ruido ni ademán alguno le doy la orden mental siguiente :

« Cuando se despierte usted, irá á buscar un vaso, pondrá en él unas gotas de agua de colonia y me lo traerá. »

Cuando despertó estaba visiblemente preocupada y vino á ponerse delante de mi diciéndome :

« ¡Esa es buena! ¿En qué está usted pensando?

— ¿Por qué me dice usted eso?

— Porque tal idea no puede venir más que de usted y no puedo obedecer.

— No obedezca usted si no quiere; pero exijo que me diga inmediatamente qué pensamiento tiene en la cabeza.

— Pues bien; pienso en que es preciso que vaya á buscar un vaso y poner en él agua de colonia. ¡Es ridículo! »

Mi orden, pues, había sido perfectamente comprendida por la primera vez. Á partir de ese momento, 6 de diciembre de 1887, hasta hoy, 1893, las transmisiones mentales en sueño ó en vigilia, son de las más claras y no se suspenden

más que en ciertos períodos ó cuando María tiene preocupaciones muy vivas.

El 10 de diciembre de 1887, oculté, sin que María lo supiera, un reloj parado detrás de los libros de mi biblioteca. En cuanto llegó, la dormí y le di la orden mental siguiente :

« Vaya usted á buscar el reloj que está escondido detrás de los libros en mi biblioteca. »

María se levantó de su asiento y fué derecha á la biblioteca, pero no pudo abrirla á pesar de los esfuerzos que hizo para ello.

« Está aquí; está aquí; estoy segura; pero este cristal me estorba... »

Abrí yo mismo y ella se precipitó á los libros, los sacó, cogió el reloj y me le dió, muy contenta por haberle encontrado.

Un amigo común llegó un día á mi despacho, estando María dormida, y me dió un papel que decía :

« Dele usted la orden de que vaya á la antecámara á buscar un cigarrillo y me le traiga encendido. »

Sin dejar mi butaca, di la orden mental.

« Me fastidian ustedes, dijo. ¿Cómo quieren que me levante?

— Puede usted muy bien hacerlo, respondí mentalmente; descruce usted los pies. »

Después de algunos esfuerzos, llegó á separar los pies, que tenía cruzados, se levantó, fué hacia un cajón de cigarros, lo tocó y se echó á reir.

« ¡Oh! no; no es esto. Me engaño. »

Y sin dudar ya, se encaminó á la antecámara, cogió un cigarrillo y se le presentó á mi amigo.

(Orden mental.) « Queda algo que hacer. Enciéndalo usted en seguida. »

María cogió un fósforo, pero no pudiendo encenderle, la detuve y la envié á su asiento.

Esto prueba igualmente la transmisión del pensamiento.

He tenido ocasión de hacer personalmente algunos experimentos de transmisión del pensamiento ó suges-

tión mental, en enero de 1899, en casa de M. Clovis Hugues, con Ninof, el « lector de pensamientos » y he observado: 1°. que para que adivine alguna cosa es preciso que el que le pregunta la conozca; 2°. que es preciso que el que le manda lo haga mental pero enérgicamente. Á veces obedece hasta en los más mínimos detalles la orden mental; si esta es clara y precisa: 3°. que esa transmisión de pensamiento se opere de cerebro á cerebro, *sin ningún contacto*, sin ningún signo, á un metro ó dos de distancia, por la sola concentración del pensamiento del que ordena; 4°. que no son raros los casos en que el experimento no resulta, ya por la falta de relación entre los dos cerebros, ya por el cansancio del sujeto, ya por existir corrientes contrarias.

Por ejemplo: pienso que Ninof debe ir á coger una fotografía que se encuentra al lado de otras muchas en el extremo del salón, y llevársela á un caballero á quien no conozco y al que he escogido por ser la sexta persona sentada entre otras treinta. Esta orden mental es ejecutada puntualmente y sin ninguna vacilación.

M. Clovis Hugues piensa que el sujeto debe ir á buscar un grabado que representa á Michelet y que está sobre el piano, é ir á ponerlo delante de una estatua de Juana de Arco en el lado opuesto del salón. La orden es ejecutada sin vacilación.

Era la primera vez que Ninof iba á aquella casa y había ido solo, sin que nadie le acompañase.

Tenía los ojos vendados con una toalla, para aislarse, decía, de toda distracción.

Cuatro cabellos que M. Ad. Brisson tomó de cuatro personas diferentes, son hallados en un escondite,

llevados á sus dueños y puestos en sus cabezas y en el sitio mismo de que han sido arrancados.

Hasta aquella ocasión no había yo visto nunca más que juegos de compadres. En las lecturas de pensamientos y buscas de objetos había observado que guiaban al adivino los movimientos inconscientes de la mano. Allí no se le tocaba y aun en el caso de que pudiera ver por debajo de la venda, esa suposición no explicaría nada, pues estábamos detrás de él.

Entre los 1130 hechos psíquicos recibidos y admitidos á examen cuando mi información, y de los cuales he dado á conocer las manifestaciones de moribundos, debo señalar varias cartas muy interesantes sobre *comunicaciones psíquicas ó transmisiones mentales entre vivos*. Voy á entresacar algunas muy instructivas y variadas:

1. — ¿Quiere usted permitir á uno de sus lectores más asiduos que le pregunte su parecer sobre un hecho que usted seguramente conoce?

Está usted en la calle.

De repente ve á distancia una persona cuyo aspecto le es familiar, y dice usted : « ¡Calla! Ahí está M. X. »

Se acerca usted y no es él.

Sigue usted andando y á los pocos minutos *encuentra*, esta vez sin duda alguna, *á la persona que antes había creído ver*.

Esto me ha ocurrido con frecuencia, y sin duda á usted también. ¿Cuál es la causa?

La he buscado mucho tiempo y he acabado por convencerme de que se trata de una irradiación emanada del personaje á quien se debe ver al fin.

Se dirá de esto, como de la telepatía : « Eso es absurdo y no tiene sentido común. ¿Cómo admitir la irradiación de una calle á otra sin que se quiebre cien veces por la gente que pasa, por los coches, etc., etc. »

Sin embargo, hasta físicamente, no hay imposibilidad de

creer que cada individuo proyecte al rededor de sí una irradiación susceptible de escapar á las causas de alteración de que acabo de hablar.

L. DE LEIRIS,
Juez del Tribunal civil, Lyon.

II. — Me sucede con frecuencia que estando en la calle, la silueta de un transeunte me hace pensar en una persona que se le parece en el traje, en el modo de andar, etc. Una hora después encuentro á la persona que esa semejanza había evocado en mi espíritu, pero hasta que ese encuentro se verifica no me acuerdo de haber pensado en ella.

BERGER,
Maestro en Roanne.

III. — Casada hace algunos años en provincias, he permanecido en correspondencia diaria con mi padre, que vive en París. Él también me escribe todos los días y nos dedicamos los dos á esta correspondencia á la caída de la tarde.

Con frecuencia nos sucede que uno de nosotros hace una pregunta y el otro escribe la respuesta *el mismo dia* y á la misma hora. Esta pregunta se refiere muchas veces á personas extrañas á las que no hemos visto hace mucho tiempo.

Si alguna vez estoy mala y no se lo digo á mi padre, él lo adivina casi siempre y me pide con insistencia noticias de mi salud.

L. R. R.

IV. — Cuando paso por la calle y una persona me mira, aunque sea desde un quinto piso, mis ojos se vuelven involuntariamente y se cruzan con los suyos. Me gustaría saber el porqué de ese fenómeno.

J. C.
Pézenas.

V. — Hace poco tiempo, mi madre me dijo, al entrar en un almacén y estando todavía á unos veinte metros: « Acabo de ver á N..., al que Dios me guarde de encontrar. » Le

había visto, sin duda, por intuición, pues al entrar en el almacén se encontró precisamente en su presencia.

J. B. VINCENT,
Lyon.

VI. — ¿Cómo explicar que nueve veces de cada diez, después de haber pensado en una persona que tiene un vago parecido con otra encontrada en la calle, me encuentro precisamente en presencia de aquélla, por lo menos en el día?

J. RENIER,
Verdun (Meuse).

VII. — Una mañana, hace dos meses, estaba yo todavía en la cama, pero perfectamente despierta, y tuve la intención de llamar á mi madre para darle los buenos días. Pensé en gritar « ¡Mamá! » pero estoy *segura* de no haberlo hecho, porque tenía entera conciencia de mis acciones. En este momento entró mi madre en el cuarto y yo le dije : « Justamente pensaba llamarte. » Ella me respondió : « Pero si me has llamado... Te he oído desde el otro extremo de la casa y por eso he venido. » Yo estaba segura de no haber dicho nada y mi madre segura de haberme oído, lo que nos hizo reir por lo extraordinario del caso.

I. DUBOIS,
8, calle de la Monnaie, Nancy.

VIII. — Sucede con frecuencia el ver inopinadamente á una persona en la que se acaba de pensar ó de hablar de ella, y esto ha sido observado hace mucho tiempo, pues existe la expresión proverbial : « En nombrando al ruin de Roma, luego asoma. »

ALPHONSE RABELLE,
Farmacéutico, Ribemont (Aisne).

IX. — Todo el mundo ha oído hablar de una creencia bastante extendida, según la cual el ruido de oídos indica que en alguna parte se ocupan de nosotros. Me he burlado con frecuencia de las personas que daban crédito á esta creencia, pero me ha ocurrido un hecho muy penoso de

esta naturaleza, que ha modificado mi opinión. ¿No habrá en esto una transmisión del género de las que usted estudia? Si lo cree usted así, estoy á sus órdenes para hacerle conocer lo que me ha sucedido, con todas las pruebas necesarias, y acaso el testimonio de una de las personas causa de la transmisión.

A. L. R.

X. — Soy maestro de escuela y casado desde hace nueve años. Mi mujer y yo tenemos casi los mismos gustos y la misma educación, y observamos desde que nos casamos, una semejanza de pensamientos que nos parece extraña. Con frecuencia uno de nosotros formula en voz alta un pensamiento ó una opinión en el momento en que el otro iba también á expresarla del mismo modo. Para juzgar de las personas y de las cosas nos vienen á la boca términos idénticos y las palabras del uno son las mismas que el otro iba á pronunciar.

¿Es este un fenómeno común que ocurre cuando hay simpatía entre dos naturalezas ó nos es personal? ¿Cuál es, en todo caso, su explicación?

F. Dalidet,

Maestro y Secretario de la Alcaldía, Saint-Florent (Deux-Sèvres).

Visto, para la legalización de la firma de M. Dalidet, maestro en Saint-Florent.

Alcaldía de Saint-Florent, 28 de marzo de 1899.

El Alcalde: A. Favrion.

XI. — Mi madre, casada con un capitán de navío, era siempre advertida por algunos signos extraños cuando mi padre corría algún peligro. Era esto tan frecuente, que había tomado la costumbre de apuntarlo y siempre era confirmado por los hechos. Estos casos se multiplican al infinito en casi todas las mujeres de marinos. Recuerdo muy bien que las conversaciones de las visitas que mamá recibía versaban con frecuencia sobre la telepatía.

María Strieffert,

Calais.

XII. — Lectora apasionada de los recientes artículos de usted, veo con gusto la potencia del pensamiento humano. Yo no tengo que señalar más que un hecho. Durante mi estancia en Alemania oí distintamente á mi padre llamarme por mi nombre y supe que me estaba escribiendo en ese mismo momento.

MADELEINE FONTAINE,
Colegio de Mlle Bertrand (Calais).

XIII. — Un día tuve un presentimiento que, aunque difiere en sus circunstancias de los fenómenos que usted estudia, pertenece acaso al mismo orden.

Yendo una mañana al hospital Lariboisière, en el que era externo, tuve la idea de que iba á encontrarme en la puerta del hospital á M. P... á quien había visto una vez ocho meses antes en casa de un amigo y en el que desde entonces no había vuelto á pensar. Este señor pensé que había ido á visitar á un cirujano de Lariboisière.

No me había engañado mucho. En la puerta del hospital vi á M. P... que venía á ver, no al cirujano en cuestión, sino al jefe de la sala de partos.

Nótese que yo había tenido el presentimiento en el *boulevard Magenta*, esquina á la calle de *Saint-Quentin*, y que M. P... estaba parado junto á la puerta del hospital hacía veinte minutos, según me dijo, sin que yo le hablase de mi presentimiento.

Debo añadir que no siendo supersticioso y sí muy escéptico, he buscado una explicación física de este hecho y no la he encontrado.

G. MESLAY,
Estudiante de medicina, 27, calle de l'Entrepôt.

XIV. — Una joven amiga mía que vivía en París estando yo en una provincia, fué atacada por una enfermedad que la puso á la muerte en pocos días. Sin saber nada, tuve en aquel momento un sueño en el que yo asistía al casamiento de aquella amiga y veía á todo el mundo, parientes y amigos, vestidos de negro y llorando á lágrima viva. La impresión fué tan dolorosa que me desperté. Quince días des-

pués, supe el peligro á que había escapado aquella persona.

Me sucede también con frecuencia pensar sin motivo aparente en una persona que ha pensado también en mí, puesto que recibo una carta suya que nada hacía necesaria. Esto pasa con tal frecuencia que espero siempre noticias de las personas en quienes he pensado involuntariamente. El hecho, sin embargo, tiene excepciones.

A. B.
Chagny.

XV. — Tuve en tiempos un amigo á quien las cicunstancias (era explorador) obligaban á vivir muy lejos de nosotros. Habíamos tomado la dulce costumbre de escribirnos con mucha regularidad y poco á poco nuestras almas habían adquirido tal afinidad, que nos sucedía con frecuencia escribirnos á la misma hora y decirnos cosas idénticas. Inquieto un día por no haber recibido noticias suyas, cogí la pluma y escribí dos palabras : « ¿ Estás enfermo ? ». En el mismo momento, según hicimos constar después, él me escribía : « No estés con cuidado, el mal se pasó. » Yo no digo que esto sea una visión, pero ciertamente, en los momentos trágicos de la vida dos almas unidas por la más profunda amistad deben « confundirse » y unificarse á distancia.

E. Asinelli,
Ginebra.

XVI. — Me sucede con frecuencia cantar mentalmente un aire conocido, y un momento después mi marido canta en voz alta el mismo aire que yo tenía en la cabeza. Esto nos ocasiona ciertas discusiones que acaban siempre por divertirnos.

M. C.,
Grenoble.

XVII. — Mi tía y madre adoptiva me amaba en extremo, y era muy nerviosa. Yo también lo soy bastante. Nuestra correspondencia era muy frecuente, sobre todo en los primeros tiempos de nuestra separación y he notado que

siempre que debía recibir carta suya, mi pensamiento iba hacia ella con gran intensidad la víspera de la llegada de la carta, cuya llegada no tenía nada de regular. Esas observaciones me han preocupado con frecuencia.

O.

Comandante retirado. Riversé.

XVIII. — Una noche, hace muchos años, me desperté de repente con la conciencia de que uno de mis clientes, M. X... que vivía á tres kilómetros, iba á venir á buscarme. Salté de la cama, me puse á la ventana y ... le vi llegar unos minutos después. Su mujer estaba mala y él venía á buscarme.

Me ocurren con frecuencia hechos de este género.

Doctor N.

XIX. — En este orden de ideas, he aquí la única observación que yo he hecho. Tengo dos amigas en el extranjero que me escriben con frecuencia, pero no en épocas fijas. Cuando sueño con una de ellas es raro que el correo no me traiga carta de la que ha figurado en mi sueño. He comprobado el hecho muy frecuentemente. Además, el sueño es siempre precedido de un pensamiento más particular que puede acaso prepararle y explicarle.

Cl. Charpoy,

Tournus.

XX. — Mi amiga íntima ha sufrido durante un día una angustia física intensa que ninguna causa conocida podía explicar, en el momento mismo en que yo era herido por una gran pena, sin que ella pudiera saber lo que pasaba. Yo estaba en Nimes y ella en Ginebra.

Ch. Champury,

Ginebra.

XXI. — He curado últimamente por el magnetismo á la mujer de un amigo mío, que sufría hacía mucho tiempo de una penosa enfermedad. El tratamiento duró unos seis meses y como sucede siempre en estos casos, entre el magne-

tizador y el sujeto, cayó bajo mi dependencia absoluta. Además de los fenómenos corrientes y conocidos del magnetismo, aquella mujer percibía, sin que yo quisiera, todas mis sensaciones, aun á distancia, y aquí no puede creerse que obraba la imaginación. Así me decía : « Ayer disputó usted á tal hora » ó « Esta mañana estaba usted triste; ¿ qué le sucedía? » En una palabra, comprobé que participaba de mis sensaciones á una gran distancia, á veces á 15 kilómetros.

Tuve también un enfermo al que hacía venir á mi casa á voluntad, para lo cual me bastaba pensarlo fuertemente. « ¿ Por qué, le dije un día, ha venido usted con este tiempo tan espantoso? — No sé, me respondió. De repente he tenido gana de ver á usted y aquí estoy. » ¿ Dónde está en esto la imaginación ?

Así como hay un sonambulismo natural y otro provocado, hay el magnetismo voluntario y el involuntario, lo que explica las simpatías y las antipatías naturales que todos observamos.

Doctor X,
Valparaíso.

Estos casos no pueden razonablemente ser atribuídos al azar, como tampoco los precedentes. (Algunos de esos encuentros adivinados pueden haberlo sido por un parecido fortuito con los que les han precedido, pero esa es evidentemente la excepción). Estos hechos prueban la comunicación de los pensamientos. Presentaremos aún otros á la atención de nuestros lectores. El siguiente está tomado del *Phantasms of the Living*.

M. A. Skirving, maestro albañil de la catedral de Winchester, escribe á los redactores de esa publicación :

XXII. — Yo no soy un sabio. Salí de la escuela á los doce años, y espero que perdonaréis mis faltas gramaticales. Soy

maestro albañil en la catedral de Winchester y vivo en esa ciudad hace nueve años. Hace más de treinta años vivía en Londres, cerca del sitio que hoy ocupa el Great Western Railway, y trabajaba en Regent's Park, para MM. Mowlem, Burt y Freeman. La distancia hasta mi casa era demasiada para ir á comer y me llevaba el almuerzo y no dejaba el trabajo en todo el día.

Cierto día sentí de repente un intenso deseo de volver á casa. Como no tenía nada que hacer allí, traté de rechazar esa obsesión, pero no pude lograrlo. El deseo de irme á mi casa aumentó de minuto en minuto. Eran las diez de la mañana y no había nada que pudiera hacerme dejar el trabajo á esa hora. Me puse inquieto é incómodo y sentí que debía irme, aun á riesgo de ser puesto en ridículo por mi mujer. No podía dar ninguna razón para dejar el trabajo y perder seis peniques cada hora por una tontería. No pude, sin embargo, quedarme y me fuí á mi casa.

Cuando llegué á la puerta llamé y la hermana de mi mujer vino á abrir. Pareció sorprendida y me dijo : « ¿ Pero cómo lo has sabido? — ¿ Qué? — Lo sucedido á Marie Anne ». Yo respondí : « No sé nada ». — Entonces ¿ qué te trae á esta hora? — No lo sé, respondí. Me pareció que hacía falta aquí. Pero ¿ qué ha sucedido? »

Mi cuñada me contó que un coche había atropellado á mi mujer hacía una hora y que estaba gravemente herida. Desde su accidente no había cesado de llamarme. Me tendió los brazos, los enlazó á mi cuello y apoyó mi cabeza en su pecho. La crisis pasó inmediatamente y mi presencia la calmó ; se durmió y se quedó tranquila.

Su hermana me contó que me había llamado á gritos, aunque no había la menor probabilidad de que yo viniese.

Este relato no tiene más que un mérito, el de ser estrictamente verídico.

ALEXANDRE SHIRVING.

El accidente había ocurrido hora y media antes de mi llegada. Esta hora concuerda exactamente con la de mi obsesión de dejar el trabajo. Necesitaba una hora para llegar á mi casa y antes de partir había vacilado durante media hora.

Todos estos ejemplos prueban que hay corrientes entre los cerebros, entre los espíritus, entre los corazones, debidas á una fuerza desconocida todavía. He aquí otros no menos evidentes.

El profesor Silvio Venturi, director de la casa de locos de Girifalco, escribía el 18 de septiembre de 1892:

XXIII. — En julio de 1885 vivía yo en Nocera. Un día fuí con un compañero á visitar á mi hermano en Pozzuoli á tres horas de ferrocarril.

Dejé á todo el mundo en casa en buena salud. De ordinario me estaba en Pozzuoli dos días y más, á veces. Llegamos á las dos de la tarde y después de comer proyectamos dar un paseo en barco con mis padres. Pero de pronto me detuve pensativo y declaré enérgicamente que no quería ya embarcarme, sino volver á Nocera. Me preguntaron, diciéndome que aquello era raro, y yo mismo conocía la extravagancia de mi resolución, pero no vacilé, porque sentía una necesidad irresistible de volver á mi casa.

Viendo mi empeño me dejaron marcharme. Mi compañero me siguió de mala gana. Alquilé un carricoche con un caballo flaco y lento que iba al paso en vez de trotar. Estuve á punto de no llegar al tren de las siete de la noche, pero cambiando de coche logré llegar á tiempo.

Mi casa en Nocera está situada á trescientos metros de la estación, pero no tuve paciencia para hacer ese trayecto á pie y monté en el coche de un amigo dejando á pie á mi compañero. Al llegar á mi casa, palidecí viendo cuatro médicos: MM. Ventra, Canger, Roscioli y el del pueblo. Todo el mundo estaba al rededor de la cama de mi querida hija, atacada del garrotillo y amenazada de muerte.

En la región no había esa enfermedad, que se había declarado á las siete de la mañana, acaso á la hora misma en que yo sentí vivos deseos de llegar á mi casa. Tuve la alegría de haber así contribuído á la curación.

Esos hechos tan numerosos, ¿no indican la existencia de corrientes psíquicas entre los seres vivientes? Estas observaciones son de la mayor importancia para

el conocimiento que tratamos de adquirir, por medio de estos estudios, de la naturaleza y de las facultades del alma humana.

Otro documento enteramente del mismo orden. Así se confirman los unos á los otros.

M. Lasseron, escribano en Châtellerault, escribe con fecha 31 de enero de 1874:

XXIV. — Un abogado, que formaba parte de la guardia nacional, se encontraba en el cuerpo de guardia y tuvo el capricho de salir sin prevenir á nadie. Estando sobre las armas ni el mismo jefe del puesto hubiera podido permitírselo, pero era tan fuerte su deseo de volver á casa, que arrostró la prisión que le amenazaba (fué condenado en efecto por este hecho á ocho días de prisión) y realizó su proyecto.

Al llegar, se encontró con su hija atacada del *croup* y próxima á morir. Su presencia, sin embargo, determinó en la enferma una crisis favorable que fué el principio de la curación. Aquella hija del abogado es hoy cuñada de un juez que me ha contado el hecho.

Fué preciso emplear las más grandes influencias para que le levantaran el castigo de los ocho días de prisión y sólo se consiguió gracias á aquel extraño hecho de telestesia.

LAISSERON,
Châtellerault.

El doctor Aimé Guinard, cirujano de los hospitales de París, calle de Rennes, expone el hecho siguiente:

XXV. — Mi dentista habitual me obliga siempre á tan largas esperas en su antesala, que para ciertos casos concurro á la clínica de uno de sus colegas que ejerce á pocos pasos de mi casa, M. Lagrange.

Doy este detalle para demostrar que no estoy en relaciones con este último, al que he visto por primera vez á principios de año.

Una noche de septiembre, me acosté como de ordinario á

las once y media y hacia las dos de la mañana me atacó un dolor de muelas rabioso que me hizo estar despierto toda la noche. El dolor era bastante para impedirme dormir, pero no pensar en mis asuntos, y como estaba á punto de terminar una memoria sobre el tratamiento quirúrgico del cáncer en el estómago, pasé la noche meditando sobre este punto y haciendo el plan de mi último capítulo, sin dejar de afirmarme en el proyecto de ir muy de mañana á casa de M. Lagrange á hacerme sacar la muela enferma.

Insisto en decir que durante mi insomnio y en el aislamiento de la obscuridad, mi pensamiento estuvo reconcentrado en estos dos puntos : la extirpación del cáncer del estómago por medio del bisturí y el dentista en cuestión y la extracción de mi muela.

A las diez de la mañana llegué al salón de espera y en cuanto M. Lagrange levantó la cortina de su gabinete exclamó : « ¡Calla! Es extraño... Toda la noche he estado soñando con usted. »

Yo le respondí bromeando : « Cuento con que ese sueño no habrá sido desagradable, aunque yo haya figurado en él.

— Al contrario, me respondió. Ha sido una horrible pesadilla. He soñado que tenía un cáncer en el estómago y que iba usted á abrirme el vientre para sacármelo. »

Ahora bien; afirmo que M. Lagrange ignoraba absolutamente que yo estudiase esa cuestión. No le había visto hacía seis meses y no teníamos ningún amigo común.

He aquí el hecho en toda su sencillez. ¿Se trata de una simple coincidencia? No me parece probable. ¿No sería más bien un caso auténtico de telepatía?

Estas observaciones no datan de hoy. He aquí un experimento que cuenta mi llorado amigo el doctor Macario en su interesante libro sobre el sueño:

XXVI. — El doctor Grosnier, después de haber dormido una noche por el magnetismo á una mujer histérica, pidió permiso al marido para hacer un experimento, y véase lo que pasó. Sin decir ni una palabra, la condujo mentalmente al mar. La enferma estuvo tranquila mientras duró la calma en las olas; pero pronto el magnetizador levantó en su pensa-

miento una gran tempestad y la enferma se puso en seguida á dar gritos de espanto y á agarrarse á los objetos que tenía á su alcance. Su voz, sus lágrimas y la expresión de su fisonomía indicaban un terror sin límites. Entonces el doctor, siempre con el pensamiento, redujo sucesivamente las ondas á sus límites naturales. El navío dejó de sufrir sus sacudidas y la calma renació en el espíritu de la sonámbula, aunque aún conservaba una respiración agitada y un temblor convulsivo en todos sus miembros. « No me lleve usted más al mar, exclamó después de unos instantes; he tenido mucho miedo... ¡ Y ese miserable capitán que no me dejaba subir al puente ! »

Esa exclamación nos admiró tanto más, dice el doctor Grosnier, cuanto que yo no había pronunciado una sola palabra que pudiese indicar la prueba que tenía intención de hacer.

El doctor Macario cuenta también el hecho siguiente:

XXVII. — M. Recamier venía de Burdeos y atravesando en silla de posta una aldea, se rompió una rueda y hubo que ir á casa del carretero que vivía cerca de allí. Pero aquel hombre estaba enfermo y fué necesario ir á buscar otro de sus colegas del pueblo próximo. Esperando que se reparase el accidente, M. Recamier entró en casa del carretero enfermo y le hizo algunas preguntas sobre su enfermedad. El aldeano le respondió que estaba malo por la falta de sueño.

« No puedo dormir, dijo, porque un calderero que vive al otro lado del pueblo y á quien había rehusado la mano de mi hija, me lo impide golpeando toda la noche en sus calderos. »

El doctor se fué á ver al calderero y le dijo sin preámbulos :

« ¿Por qué golpeas toda la noche en los calderos?

— ¡Pardiez! respondió; para no dejar dormir á Nicolás.

— ¿Cómo puede oir Nicolás tus golpes viviendo á media legua de aquí.

— ¡Oh! exclamó el calderero con aire malicioso; yo sé bien que los oye. »

M. Recamier conjuró al aldeano á cesar en sus golpes, so pena de hacerle perseguir si moría el carretero. Aquella

noche, éste durmió pacíficameute y pocos días después volvía á sus ocupaciones.

En las consideraciones que acompañan al relato de este hecho, el doctor Recamier le atribuye al poder de la voluntad, cuya energía no se conoce todavía. El fenómeno no parecerá extraño á los que conocen el magnetismo.

He aquí un hecho muy curioso que cuenta el doctor Bertrand:

XXVIII. — Un magnetizador muy imbuído en las ideas místicas, tenía un sonámbulo que durante su sueño no veia más que ángeles y espíritus de todas especies, visiones que servían para confirmar más y más al magnetizador en sus creencias religiosas. Como él citaba todos los sueños de su sonámbulo en apoyo de sus ideas, otro magnetizador se encargó de desengañarle probándole que su sonámbulo no tenía aquellas visiones sino porque el que le magnetizaba se las metía en la cabeza. Para probarlo, propuso hacer ver al mismo sonámbulo la reunión de *los ángeles del paraíso sentados á la mesa y comiéndose un pavo.*

Durmió, pues, al sonámbulo y al cabo de cierto tiempo le preguntó si veía algo extraordinario, á lo que él respondió que veía una gran reunión de ángeles.

« ¿Qué hacen? preguntó el magnetizador.

— Están sentados al rededor de una mesa y comiendo. »

No pudo indicar, sin embargo, qué era lo que comían.

Con independencia de estos hechos notables y de otros muchos, gran número de observaciones generales concurren á probar que las ideas, y principalmente las opiniones de los magnetizadores, pueden ser percibidas por los sonámbulos.

Se ha observado, por ejemplo, que todos los sonámbulos dormidos por la misma persona tienen las mismas ideas sobre el magnetismo y precisamente las de su magnetizador. Así, cuando un magnetizador persuadido de la existencia de un flúido magnético

pregunta á su sonámbulo si siente la acción de ese flúido, éste responde que lo siente y asegura haber visto al magnetizador rodeado de una atmósfera luminosa tan pronto brillante, tan pronto azulada, etc. Los sonámbulos, por el contrario, dormidos por personas que no admiten ningún flúido particular, pretenden que no existe el flúido magnético. Los dormidos por hombres supersticiosos, ven demonios y ángeles que vienen á comunicar con ellos y á hacerles revelaciones de secretos. Los sonámbulos observados por la Sociedad swedenborgiana de Stokolmo, se creían todos inspirados por espíritus del otro mundo que durante algún tiempo habían habitado cuerpos humanos. Esos espíritus daban noticias de lo que pasaba en el paraíso y en el infierno y contaban mil cuentos que llenaban de santa admiración á los que los escuchaban. Los católicos que creen en el purgatorio, ven almas pidiendo misas y oraciones y conversan con ellas por el espiritismo y el magnetismo ; los protestantes, jamás.

No puede, pues, haber dudas sobre la transmisión de las ideas y sobre todo de las opiniones más pronunciadas de los magnetizadores. Pero es muy singular que esos magnetizadores, que desde el origen del sonambulismo artificial reconocieron la influencia que su voluntad ejercía en los sonámbulos, hayan estado tanto tiempo sin descubrir el fenómeno de la transmisión de las ideas. La ignorancia en que han permanecido respecto de esto es una de las causas que los han hecho caer en la exageración y en el error, pues concediendo una confianza sin límites á sus sonámbulos, los interrogaban sobre todos los sistemas que ellos se habían forjado y las respuestas estaban siempre de acuerdo con esos sistemas, lo que hacía que las opiniones más

absurdas se convirtiesen para ellos en certezas que les alejaban más y más del camino de la verdad.

La simpatía ha sido admitida por todos los pueblos en todas las épocas. Sin embargo, esa palabra está todavía vacía de sentido para los que no creen en la influencia recíproca y misteriosa que dos seres pueden ejercer el uno sobre el otro. Hay pocas personas que no hayan hecho en su vida algunas observaciones sobre la simpatía y las afinidades, que son, después de todo, transmisiones del pensamiento, comunicaciones armónicas entre los cerebros y entre las almas. El mundo psíquico es tan real como el mundo físico, aunque ha sido menos estudiado hasta ahora.

Acaso estamos nosotros respecto de las manifestaciones de la energía psíquica en el estado de los animales inferiores, que no tienen aún nuestros sentidos. ¿ Pero qué dificultad hay en admitir que esa fuerza, como todas las demás, obra á distancia? Lo más curioso, lo más inadmisible sería que si esa fuerza existe no pudiera obrar á distancia. Esa sería una paradoja sin ejemplo.

Hemos dicho ya cien veces que es una extraña presunción, por no decir una profunda ignorancia, suponer que no existen al rededor de nosotros, en materia de movimientos, más que los que somos capaces de percibir. Nuestros sentidos son evidentemente muy groseros si se compara la suma de lo que nos transmiten con la masa probable de lo que son incapaces de percibir. Sabemos que hay colores, sonidos, corrientes eléctricas, atracciones y repulsiones magnéticas, etc., etc., que se escapan á nuestra percepción y cuya existencia podemos, sin embargo, comprobar por medio de aparatos delicados. ¿ No estamos autorizados por los datos

actuales de la ciencia á considerar todos los cuerpos que nos rodean como puestos en relaciones infinitas y constantes los unos con los otros según todos los modos de la energía? ¿ No debemos mirarnos como sumergidos en la red inextricable de todas esas acciones recíprocas, caloríficas, eléctricas, atractivas, que cada cuerpo ejerce sobre los que le rodean, acciones dinámicas de las cuales sólo percibimos al paso las más groseras?

Pero la evolución de los organismos prosigue su curso, diremos con M. Héricourt, y sin duda algunos seres empiezan ya á ser impresionados por ciertas vibraciones errantes en medio de esos torbellinos de acciones y de reacciones que dejan á los demás insensibles.

Los fenómenos sorprendentes de acción á distancia y de clarividencia, dice también ese autor, observados en las personas hipnotizadas, es decir, sometidas á una especie de desequilibrio experimental en el que ciertas partes del sistema nervioso parecen haber aumentado su sensibilidad á expensas de otras, deben indicarnos el sentido y la naturaleza de los fenómenos de la telepatía. Esos fenómenos serán sin duda los que servirán de puente entre la ciencia positiva de hoy y la ciencia de mañana.

Según todo lo que precede, la comunicación entre cerebros, en condicionos especiales, seguramente, no es dudosa. Los pensamientos, las ideas, las imágenes, pueden ser transmitidas. Los cerebros son centros de irradiaciones. Se dice algunas veces que « ciertas ideas están en el aire ». Esta metáfora es una realidad.

Algunos investigadores han tratado de hacer experimentos sobre la transmisión mental. Se pueden encon-

trar en las obras especiales los de MM. Richet, Héricourt, Guthrie, Lodge, Schmoll, Desbeaux, Pickering, etc., experimentos que remontan á los años 1883 y 1884 y prueban que se han adivinado números, reproducido dibujos, etc., en proporción suficiente para probar la realidad de la transmisión.

En los ensayos de M. Richet, por ejemplo, 2997 experimentos dieron 789 resultados satisfactorios, cuando el número probable era de 732. M. Marillier ha comprobado los resultados de 17 series de experimentos, que ascendieron á 17653, entre los cuales el número de éxitos fué de 4760, que excedió en 347 el número probable. En junio de 1886, Mlles Wingfield obtuvieron 27 éxitos completos en 400 experimentos de cifras, cuando el número probable era el de 4. Esos experimentos, sin ser definitivos, tienen su valor.

Sé muy bien que el juego de la transmisión del pensamiento se hace en los salones y en el teatro por los prestidigitadores y que existen para ello secretos tan sencillos como ingeniosos. He asistido más de una vez con gusto á las sesiones de los hermanos Isola, de Cazeneuve y de sus émulos. Pero aquí se trata de experimentos científicos, en los cuales los experimentadores no engañan á nadie.

Citaré, por ejemplo, el siguiente :

Mi erudito colega Émile Desbeaux, autor de obras muy apreciadas, ha hecho, entre otras, las pruebas que damos á continuación y cuyo relato ha redactado él mismo :

XXIX. — El 23 de mayo de 1891, hice sentar en un rincón obscuro del salón á M. G... licenciado en ciencias físicas, para el cual este género de experimentos era enteramente desco-

nocido. Eran las nueve de la noche y M. G... tenía los ojos vendados y la cara vuelta hacia la pared.

Me coloqué á cuatro metros de él delante de una mesita en la que había dos lámparas.

PRIMER EXPERIMENTO.

Sin ruido y sin que M. G... lo supiera, tomé un objeto y le coloqué en plena luz; concentré en él mis miradas y quise que M. G... viese este objeto.

Á los cuatro minutos y medio M. G... me anunció que veía un *redondel metálico*.

El objeto era una cucharilla de plata, cuyo mango desaparecía en mi mano y que no presentaba más que un óvalo un poco prolongado.

SEGUNDO EXPERIMENTO.

M. G... vió un *rectángulo brillante*.

Yo tenía una *tabaquera de plata*.

TERCER EXPERIMENTO.

M. G... vió un *triángulo*.

Yo había trazado en gruesas líneas, en un cartón, un *triángulo*.

CUARTO EXPERIMENTO.

M. G... vió un cuadrado con *aristas luminosas* y *perlas brillantes*. Tan pronto veía dos perlas solamente, como veía varias.

Yo tenía un objeto cuya presencia en mi casa no se podía suponer; un gran dado de cartón blanco cuyas *aristas* estaban vivamente iluminadas y cuyos puntos tenían reflejos de *perlas negras*.

QUINTO EXPERIMENTO.

M. G... vió un *objeto transparente con filetes luminosos formando un óvalo* en el *fondo*.

Yo tenía *un vaso para cerveza, de cristal tallado y fondo oval*.

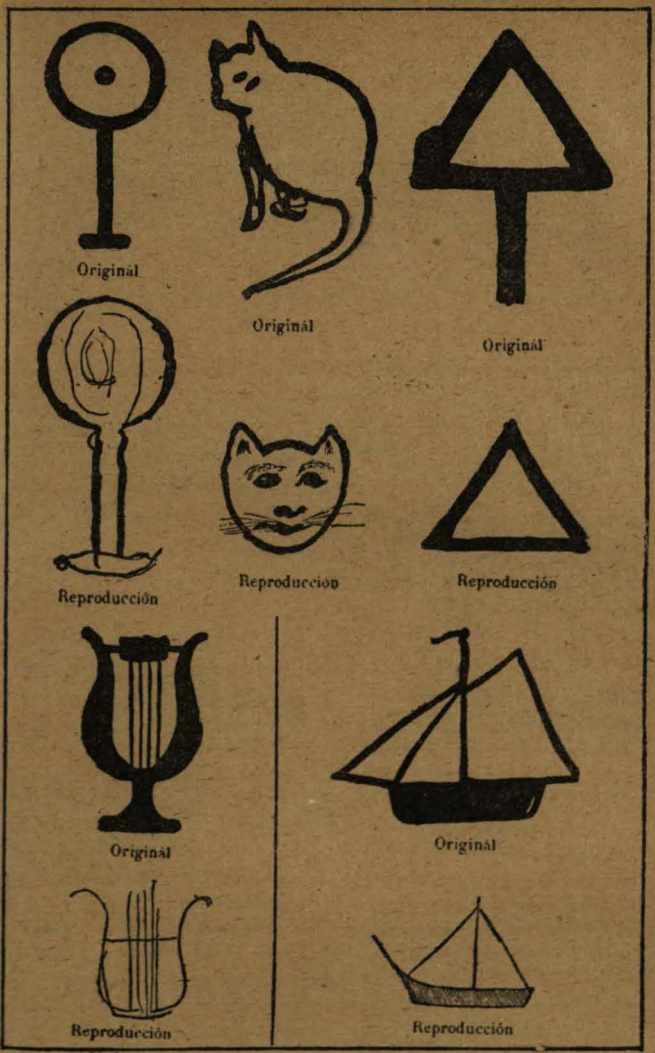
Pienso que estas cinco pruebas, hechas en excelentes condiciones de comprobación y de sinceridad, pueden ser consideradas como concluyentes.

Es también interesante reproducir á este propósito algunas de las pruebas hechas con éxito por mi amigo M. Schmoll, uno de los fundadores de la sociedad astronómica de Francia.

XXX. — A. Schmoll hizo la prueba con varias personas, las cuales, á su vez, experimentaron entre ellas. El problema consistía en adivinar y dibujar el objeto en que pensaba el autor del experimento y que él dibujaba también sin que los demás pudieran verlo, por estar vueltos de espalda y con los ojos vendados. Reproduzco sencillamente las pruebas que resultaron mejores. La duración de la prueba era por término medio de 13 minutos. De 121 experimentos, 30 no resultaron, 22 tuvieron éxito completo, y 69 dieron respuestas más ó menos aproximadas.

Todos estos estudios nos prueban que el espíritu puede ver y adivinar sin el concurso de la vista material.

La teoría de las corrientes psíquicas capaces de transmitir á otros cerebros distantes impresiones cerebrales y hasta pensamientos, explica muchos hechos inexplicables hasta hoy. Por ejemplo: estamos en un teatro ó en un concierto y tenemos delante de nosotros cincuenta ó sesenta personas más ó menos atentas. Fijamos la mirada y el pensamiento en una de ellas, proyectamos sobre ella con insistencia nuestra voluntad, y no se pasan muchos minutos sin que se vuelva y nos mire. Se atribuye esa coincidencia al azar, pero éste no explica todos los casos. El hecho depende de los operadores y de los sujetos. Otros hechos: estamos en correspondencia irregular con una persona simpática, y no es raro que nuestras cartas se crucen por haber pensado el uno en el otro al mismo tiempo y con igual intención. Estamos en la mesa, hablando, y hacemos



Ensayos de reproducción de dibujos por transmisión mental.

una pregunta ó una reflexión: « ¡ Calla! Yo iba á decirlo » nos responde nuestra mujer, nuestra hermana ó nuestra madre, que han tenido igual idea en el mismo momento. Estamos en la calle y pensamos : « Si encontráramos al señor X... » y un momento después nos cruzamos precisamente con él. ¡ Le habíamos olido! Otras veces creemos reconocer en un transeunte á tal ó cual persona y poco tiempo después la encontramos en efecto. Hemos citado ejemplos curiosos de los que antes se atribuían al azar, explicación fácil, vulgar y sencilla que dispensa de todo estudio.

Hay casos de *lectura de pensamientos* que son debidos á la sugestión mental. Los lectores observadores habrán visto ya casos de estos en nuestros ejemplos. He aquí uno muy curioso observado en un niño, en 1894, por el doctor Quintard y comunicado por este sabio con todas las garantías de autenticidad á la Sociedad de medicina de Angers :

XXXI. — Ludovico X... es un niño de menos de siete años, vivo, alegre, robusto y dotado de excelente salud. Su temperamento no es nervioso y sus padres no presentaban tampoco nada sospechoso desde el punto de vista neuropatológico. Eran personas de carácter tranquilo que no conocían las rarezas de la vida.

Á la edad de cinco años, sin embargo, el niño pareció que iba á parecerse al célebre Inaudi. Su madre quiso en esa época enseñarle la tabla de multiplicar y vió con sorpresa que en seguida la recitaba mejor que ella. Pronto el muchacho tomó afición á la materia y llegó á hacer de memoria multiplicaciones con un multiplicador formidable. Actualmente no hay más que leerle un problema cogido al azar en una aritmética, para que dé sin tardar la solución. Éste por ejemplo :

« Si me meto en el bolsillo 25 fr. 50, tendré tres veces lo que tengo, menos 5 fr. 45. ¿ Qué suma es la que tendré? »

Apenas enunciado el problema, el niño responde sin reflexionar : « 15 fr. 45 », que es la verdad. Se busca en seguida al fin del libro este otro problema de los más difíciles :

« El radio de la tierra es igual á 6 366 kilómetros : encontrar la distancia de la tierra al sol, sabiendo que es de 24000 radios terrestres, y expresar esta cantidad en leguas. »

El muchacho da, igualmente sin vacilar, esta solución, que es la del libro : 38 196 000 leguas.

El padre del niño no se fijó mucho al principio en esta cualidad, pero acabó por preocuparse de ella y como es algo observador por profesión, no tardó en observar : 1° que el niño escuchaba poco y á veces nada la lectura del problema; 2° que la madre, cuya presencia era necesaria, debía tener siempre á la vista ó en la memoria la solución del problema. De esto dedujo que su hijo no *calculaba*, sino que *adivinaba*, ó mejor dicho, *leía el pensamiento* de su madre. Resolvió cerciorarse y rogó á su mujer que abriese un diccionario y preguntase á su hijo qué página tenía delante. El niño respondió en seguida : « la página 456 », lo que era exacto. Diez veces seguidas obtuvo el mismo resultado.

La notable cualidad del niño no se ejercía solamente con los números. Su madre se fijaba en una palabra cualquiera del libro y él la repetía. Se escribía una frase en un papel y, por larga que fuera, á medida que la madre pasaba los ojos por ella, el niño la repetía palabra por palabra. No había necesidad de que los números ó las palabras estuviesen escritos; bastaba que la madre los fijase bien en la memoria para que el hijo hiciera la lectura mental.

Pero el triunfo del muchacho estaba en los juegos de sociedad. Adivinaba una tras otra todas las cartas de una baraja : indicaba sin vacilar qué objeto se había ocultado en un cajón; se le preguntaba qué contenía un bolsillo y decía hasta los céntimos el dinero que contenía. Se hubiera dicho que conocía todas las lenguas extranjeras, y el nombre del *pequeño* prodigio corría de boca en boca.

Se ve bien que hay que establecer distinciones en estos estudios. La lectura del pensamiento se hace aquí sin sugestión. Los fenómenos sugestivos se verifican

por la penetración de la idea del experimentador en el cerebro del sujeto. Para que hubiese sugestión en el caso que nos ocupa, era preciso que la madre realizase cierta concentración psíquica, cierto grado de *querer* absolutamente el éxito de la prueba, y la lectura del pensamiento se realizaba las más veces *contra su deseo*. Toda medalla tiene, en efecto su reverso. Cuando el niño tuvo edad para aprender á leer, su madre notó con pena que no hacía con ella progreso alguno, pues como lo adivinaba todo, no ejercitaba ni la inteligencia ni la memoria.

He aquí una nueva observación, que confirma las precedentes:

XXXII. — En abril de 1874, en Baumont-la-Ferrière (Nièvre), mi pobre madre, de 72 años, estaba moribunda y mi mujer y yo la cuidábamos asiduamente.

Una mañana, nos retiramos á instancias suyas á nuestro cuarto, situado en el mismo piso, pero á gran distancia del de la enferma, y hablamos de la desgracia inminente recordando con este motivo la muerte de un hermano mío, militar, ocurrida dos años antes. Yo no tenía ningún recuerdo suyo y había siempre deseado un látigo de montar que mi madre guardaba con todos los efectos de su hijo difunto. Hablé de esto también con mi mujer, *con la puerta cerrada* y sin que nadie en la casa pudiese oírnos, y al volver al cuarto de mi madre la encontramos casi agonizando.

Antes de que yo hubiera dicho una palabra, mi madre me dijo con voz débil: « Luis, tú deseas el látigo de tu hermano. Te le doy en recuerdo suyo y de tu madre que va á morir. »

Hizo el signo de la cruz y exhaló el último suspiro.

Mi mujer, testigo del hecho, firma conmigo para certificar su exactitud.

FOUPURAY.

Château de Malpeyre (Haute-Loire).

He sido testigo de todo lo que mi marido cuenta más arriba.

C. FOUPURAY.

Podríamos multiplicar indefinidamente estos ejemplos, pero creemos que nuestros lectores están ya convencidos por completo de la certeza de la transmisión de pensamientos, impresiones y sensaciones.

La correlación de las fuerzas y sus transformaciones mutuas nos ayudan á comprender los casos de impresiones psíquicas análogas á las relatadas.

Admitiremos, pues, como demostrada la acción de un espíritu sobre otro, la transmisión de pensamientos y la sugestión mental, aunque este hecho sea puesto en duda por muchos sabios, aun siendo especialistas. Así, por ejemplo, el doctor Bottey afirma « que la pretendida transmisión del pensamiento y la doble vista no pueden existir y no son más que *juegos explotados por los prestidigitadores.* » Nosotros creemos que la moneda falsa no impide el que exista la buena.

Gran número de sabios profesan la misma negación de estas transmisiones psíquicas, especialmente en Inglaterra, donde sir William Thomson (lord Kelvin) y Tyndall, se han hecho notar por el profundo desprecio que afectan acerca de este género de estudios.

El astrónomo francés Laplace dió prueba de un espíritu muy superior cuando escribió:

« Los fenómenos singulares que resultan de la extremada sensibilidad de los nervios en algunos individuos, han dado origen á diversas opiniones sobre la existencia de un nuevo agente, al que se ha llamado *magnetismo animal.* Es natural pensar que la causa de esta acción es muy débil y puede ser fácilmente turbada por gran número de circunstancias accidentales. Así de que en muchos casos esa fuerza no se haya manifestado no se debe deducir que no existe. Estamos tan lejos de conocer todos los agentes de la naturaleza y su modo

de acción, que sería poco filosófico negar la existencia de un fenómeno sólo porque es inexplicable en el estado actual de nuestros conocimientos. »

Esas son palabras que deben meditar los que estén tentados de pronunciar aquí la palabra *imposible*. Á los que temen sobre todo el ridículo, les aconsejan, al menos, la prudencia en la crítica.

Está admitido en física que el éter, ese flúido imponderable que llena el espacio, atraviesa todos los cuerpos y que, hasta en los minerales más densos, los átomos no se tocan y flotan en el éter.

Ese flúido transmite á través de la inmensidad los movimientos ondulatarios producidos en su seno por las vibraciones luminosas de las estrellas, y transmite la luz, el calor y la atracción á distancias considerables.

¿ Qué tiene de inadmisible que penetrando, como lo hace en efecto, nuestros cerebros en vibración, transmita también á distancia las corrientes que invaden nuestras cabezas y establezca un verdadero cambio de simpatías y de ideas entre los seres que piensan, entre los habitantes del mismo mundo y, acaso, á través del espacio, entre la tierra y el cielo?

Podemos concebir que en ciertos casos, en ciertas condiciones, un movimiento vibratorio, una irradiación, una corriente más ó menos intensa, se lance de un punto del cerebro y vaya á herir á otro cerebro y á comunicarle una excitación repentina que se traduce en una sensación de audición ó de visión. Cuando los nervios se ponen en ejercicio de tal ó de cual manera, aquí se cree ver y reconocer al ser del que ha partido la conmoción, allí se cree oírle, más allá la excitación cerebral se traduce en la ilusión de un ruido ó de un movimiento de objetos. Todas esas impresiones ocu-

rren en el cerebro del sujeto, como en un sueño. Por otra parte, en el estado normal, no percibimos igualmente las cosas más que por una excitación cerebral obscuramente realizada en el interior de nuestro cráneo.

El cerebro, material y localizado en el cráneo, ¿ es un órgano del que emanan irradiaciones, un foco que irradia á su alrededor, como una campana en vibración, como un centro luminoso ó calórico, y emite ondas psíquicas análogas á las de la luz? ¿ Ó bien el espíritu es un foco de otro orden más etéreo, de naturaleza psíquica, que emite irradiaciones invisibles de gran potencia y que pueden transportarse á grandes distancias? El hecho de una irradiación emanada del ser pensante parece necesario para explicar los hechos observados, venga del espíritu ó del cerebro. ¿ Se efectúa en ondas esféricas? ¿ Se proyecta en línea recta? ¿ Entra en ella la electricidad? (Existe seguramente en el organismo humano, como he podido comprobar cien veces.) No podemos todavía hacer más que plantear la cuestión. Pero el HECHO de la acción del alma á distancia está hoy demostrada, y ruego á mis lectores que no me hagan decir más de lo que digo. Yo planteo las hipótesis explicativas, como interrogaciones, simplemente. Hace cien años era admitida y enseñada por la ciencia la teoría de la emisión; hoy ha sido abandonada por la de las ondulaciones del éter; pero nada prueba que ésta deba explicarlo todo, ni, sobre todo, los hechos del orden psíquico. No es necesario explicar una cosa para admitirla. Por ejemplo: recibimos un violento puñetazo, nos volvemos y no vemos á nadie; pero no por eso hemos dejado de recibir el golpe y tenemos que darlo por un hecho. Lo importante, el valor esencial de esta obra, es demostrar que esos hechos existen,

que hay un orden de cosas invisible y desconocido al lado del mundo conocido y visible, y que ese desconocido merece ser estudiado.

La acción de un ser sobre otro, á distancia, es un hecho científico tan cierto como la existencia de París, de Napoleón ó de Siro.

Si se detuvieran aquí las investigaciones emprendidas en nuestro trabajo y no hubieran servido más que para afirmar ese hecho, tendrían la mayor importancia y no sentiríamos haberlas emprendido; pero conducen á otras comprobaciones no menos audaces, no menos sorprendentes y no menos ciertas.

Los ocultistas enseñan que el hombre está compuesto de tres partes: el alma, el cuerpo astral y el cuerpo físico, y explican las manifestaciones diciendo que el cuerpo astral del moribundo se escapa y se transporta hacia la persona impresionada.

Esta explicación no nos parece satisfactoria á causa de la diversidad de las impresiones. Unos son advertidos de una muerte por la apertura ó el cierre de una ventana ó de una puerta, otros oyendo golpes ó pasos, otros por la aparición de seres, siempre vestidos, otros por peticiones de oraciones, cuando se trata de muertos que quieren salir del purgatorio. Evidentemente se trata aquí de impresiones personales producidas por una causa telepática, y no de manifestaciones de un cuerpo astral que se ha transportado.

Se proclama algunas veces en las ciencias como un principio axiomático que una hipótesis debe explicarlo todo y esto es un error. Una hipótesis puede explicar ciertos hechos y no otros.

Esto es lo que sucede aquí, pero no por eso dejamos de admitir como demostrada la acción psíquica de un

espíritu sobre otro, á distancia, y sin el intermedio de los sentidos, aunque esa acción no lo explique todo.

Explica las impresiones del cerebro y las apariciones ficticias, pero no los movimientos reales de los objetos.

Una teoría que podría dar razón de gran número de las impresiones registradas, sería esta:

Una persona, al morir, queriendo ó no, lo que es un punto que hay que elucidar, produce en el éter un movimiento, el cual va á herir á un cerebro que funciona sincrónicamente y determina en él, hacia la región de los nervios ópticos y auditivos, una impresión que varía *según el estado particular de esta región* en el sujeto que la percibe.

No tenemos la pretensión de encontrar de pronto bajo qué forma se opera la transmisión.

La hipótesis de las ondulaciones esféricas del éter parece la más racional, pero no basta para explicar todos los casos. En los casos de transmisión mental magnética parece acusarse una especie de proyección del pensamiento, como una llamada silenciosa. En una llamada, en un grito, aun lanzado expresamente en una dirección determinada, el sonido se transmite también por ondulaciones esféricas á través de la atmósfera, lo mismo que la luz á través del espacio. ¿ Se producirá acaso una proyección más completa del espíritu, una especie de exteriorización de la fuerza que se escapa del ser en peligro de muerte, para ir á tocar al amigo á quien se dirige? La hipótesis es sostenible. Hasta parece, á veces, que el « fantasma » constituído por el ser subconsciente del sujeto — causa del efecto observado — se ha llevado consigo algunos elementos materiales del organismo. Una proyección de fuerzas psíquicas se puede transformar en efectos físicos, eléc-

tricos ó mecánicos. De los estudios modernos resulta con exactitud la correlación de las fuerzas y sus transformaciones mutuas. El movimiento y el calor se transforman diariamente en electricidad. Cuando Crémieux, fusilado, hizo oir á Clovis Hugues unos golpes en la mesa, es posible que no hubiera allí sólo una impresión cerebral, sino una producción real de golpes. Esos efectos pueden no ser siempre ficticios y subjetivos. Las impresiones producidas en los animales, un piano que toca solo, un servicio de porcelana que se viene al suelo, las sensaciones experimentadas á la vez por varias personas, indican realidades objetivas. No creemos, sin embargo, que los elementos del problema estén bastante estudiados hasta ahora para autorizar una conclusión definitiva, con tanto mayor razón cuanto que muchas veces el moribundo ha podido no pensar en la persona que ha conocido telepáticamente su muerte.

Acaso espíritu, fuerza y materia no son más que manifestaciones diversas de una misma entidad inconocible para nuestros sentidos. Acaso existe un principio único, á la vez inteligencia, fuerza y materia, que abraza todo lo que existe y todo lo que es posible, causa primera y causa final, cuyas diferenciaciones no sean más que formas diversas de movimiento. Notemos de pasada, á este propósito, que si el pensamiento no debe ser considerado científicamente como una secreción de la materia, sino como un modo de movimiento del principio único, no es lógico afirmar que la inteligencia se reduzca á la nada por la muerte del organismo.

Las manifestaciones de los moribundos no representan sin duda un hecho general, una ley de la natu-

raleza, una función de la vida ó de la muerte, y son una excepción sin causa conocida y sin razón aparente. Su proporción no es acaso de uno por mil, y esta proporción daría todavía unas 50 manifestaciones de moribundos cada año, en París. ¿ Tenemos siquiera ese número?

La electricidad atmosférica no se traduce tampoco con frecuencia en rayos.

Ni la inteligencia, ni el saber, ni el valor moral del ser que muere ó del que recibe la manifestación producen esas comunicaciones. Tampoco se distinguen leyes aparentes en los efectos del rayo. Una chispa eléctrica va á herir á un ser viviente ó á un objeto á consecuencia de una relación momentánea, sin que la ciencia descubra las causas.

Esas diversas observaciones psíquicas, sin embargo, nos ponen en el camino de un orden de cosas dignas de toda nuestra atención. Le Verrier me ha expresado con frecuencia el pensamiento de que lo más importante y lo que más interesa á la ciencia, son las anomalías y las excepciones. Ejemplo él mismo con el descubrimiento de Neptuno.

Podemos decir con Ch. du Prel, que mientras haya progresos posibles habrá fenómenos inexplicados, y que cuanto más imposibles nos parezcan esos fenómenos, más nos harán avanzar en el conocimiento del enigma del universo.

Añadiremos, con los autores de los « Phantasms of the Living », que se ha producido un divorcio entre las opiniones científicas de los hombres cultos y sus creencias. La vieja ortodoxia religiosa era muy estrecha para contener la ciencia del hombre, pero la nueva ortodoxia materialista lo es á su vez para contener sus aspi-

raciones y sus sentimientos. Ha llegado el momento de elevarnos sobre el punto de vista materialista y de llegar á concepciones que nos permitan considerar como posibles esas sutiles comunicaciones de espíritu á espíritu, esas relaciones entre las cosas visibles y las invisibles, cuya idea ha fecundado en todos los tiempos al arte y á la literatura.

Star to star vibrates light; may soul to soul
Strike thro' some finer element of her own ?

El amante, el poeta, todos los que se han entusiasmado por una causa generosa, han respondido inconscientemente, en todos los siglos, á esta pregunta de Tennyson. En algunos, como en Gœthe, esa sutil comunicación de los espíritus ha aparecido con una luminosa claridad. En otros, como en Bacon, ese convencimiento se ha formado lentamente por los menudos indicios que revela el estudio cotidiano del hombre.

Decimos que esa fuerza es de orden *psíquico* y no *físico*, ni fisiológico, ni químico, ni mecánico, porque produce y transmite ideas y pensamientos y se ejerce sin el concurso de nuestros sentidos, de alma á alma, de espíritu á espíritu.

Nuestra fuerza psíquica da sin duda origen á un movimiento etéreo que se transmite á lo lejos como todas las vibraciones del éter, y resulta sensible para los cerebros en armonía con el nuestro. La transformación de una acción psíquica en movimiento etéreo, y recíprocamente, puede ser análoga á la que se observa en el teléfono, en el que la placa receptora, idéntica á la transmisora, reconstituye el movimiento sonoro transmitido, no por el sonido, sino por la electricidad. Pero estas no son más que comparaciones.

La acción de un espíritu sobre otro, á distancia, sobre todo en circunstancias tan graves como la de la muerte, y de la muerte repentina en particular, la transmisión del pensamiento, la sugestión mental, la comunicación á distancia, no son más extraordinarias que la acción del imán en el hierro, que la atracción de la luna sobre el mar, que el transporte de la voz humana por la electricidad, que la revelación de la constitución química de una estrella por el análisis de su luz ni que todas las maravillas de la ciencia contemporánea. Esas transmisiones psíquicas son de un orden más elevado y pueden ponernos en camino del conocimiento del ser humano.

Cuando completemos nuestro examen, llegaremos acaso á admitir que hay apariciones reales, objetivas, sustanciales, apariciones de vivos y puede ser también que manifestaciones de muertos. Pero no anticipemos las ideas.

Sea como quiera:

La telepatía puede y debe ser inscrita de hoy más en la ciencia como una realidad incontestable;

Los espíritus pueden obrar los unos sobre los otros sin la mediación de los sentidos;

La fuerza psíquica existe. Su naturaleza es aún desconocida.

BIBLIOTECA PROVINCIAL MURCIA

ÍNDICE DE CAPITULOS

INTRODUCCIÓN..... v
I. — Los incrédulos..... 1
II. — Los crédulos..... 24
III. — Las manifestaciones telepáticas de los moribundos... 40
IV. — Admisión de los hechos..... 116
V. — De las alucinaciones propiamente dichas..... 142
VI. — La acción psíquica de un espíritu sobre otro. — Transmisión de pensamientos. — Sugestión mental. — Comunicación á distancia entre vivos..... 162

Paris. Librería é Imprenta de la V^da de Ch. Bouret.

Universidad de Murcia
S-XIX 600
261968

UNIVERSIDAD DE MURCIA
1429252
261968